

BELOT

LA
SEA. VITEL

V LA
PA. BELLEYS

PQ2193

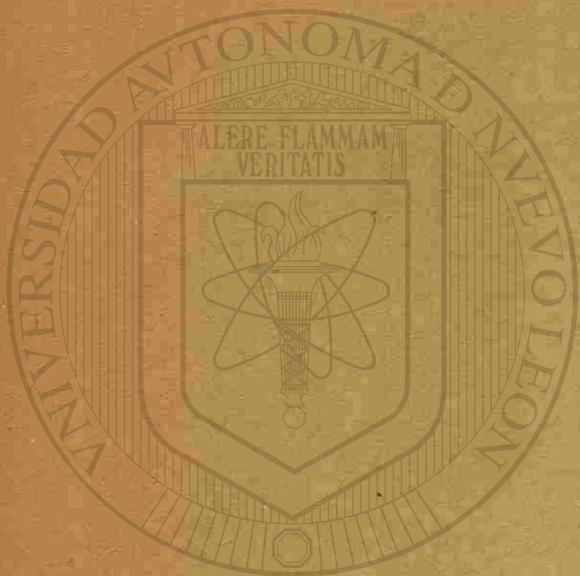
.B7

S98

98151



1020026107



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SEÑORA VITEL Y LA SEÑORITA LEBEVRE

Núm. Clas

Núm. Autor

Núm. Adg.

Procedencia

Precio

Fecha

Clasificó

Catalogó

N
B 5432

29746

- 8 -

529

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

ADOLPHE BELOT

La Boca de la Sra. X.....	1	tomo.
Flor de crimen.....	2	"
Las Fugitivas de Viena.....	1	"
Reina de Hermosura.....	1	"
La Sultana Parisiense.....	1	"
La Fiebre de lo desconocido.....	1	"
La Venus Negra.....	1	"
Los Misterios Mundanos.....	1	"
Las Bañistas de Trouville.....	1	"
La Cárcel de Clermont.....	1	"

ARTHUR A. MATTHEY

La Bella Julia.....	1	"
La Virgen Viuda.....	1	"

EMILE RICHEBOURG

La Señora del Velo Negro.....	1	"
Juan Lobo.....	3	"

JULES CLARETIE

El Tren 17.....	1	"
-----------------	---	---

OCTAVE FEUILLET

El Diario de una Dama, tercera edición.....	1	"
---------------------------------------------	---	---

PONSON DU TERRAIL

El Diamante del Comendador.....	1	"
---------------------------------	---	---

XAVIER DE MONTÉPIN

Su Majestad el Dinero.....	5	"
Su Alteza el Amor.....	6	"
La Hija de Margarita.....	6	"
Madame de Treves.....	1	"
El último Duque de Hallali.....	2	"
Una nueva Bailarina.....	1	"
Simona y María.....	3	"
El Proceso de Saint-Maixent.....	1	"
La Confesión de un Bohemio.....	1	"
La Vizconde Rafael.....	1	"
La Fatalidad.....	1	"
La Venganza del Vizconde.....	1	"
El Chalet de las Lilas.....	1	"
El Secreto de la Condesa.....	1	"
Pivoine.....	1	"
Mignonne.....	1	"
La Señorita de Compañía.....	2	"
La Perla del Palais-Royal.....	1	"

ADOLPHE BELOT

LA SEÑORA VITEL

LA SEÑORITA LELIEVRE

TRADUCCIÓN DE

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA



Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
 TIPOGRAFÍA HISPANO-AMERICANA
 65 - Calle de Atocha - 68
 1884

098151

29746

843

12

PQ2193

B7

598



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

La Sra. Vitel y la Srta. Lelievre.

I

Reunidos en el salón de Marcela de Baud, y sentados cerca de ella, Didier de Prades, Jorge Saire y su esposa Lucila, habían pasado la noche enterándose del manuscrito que les había entregado el prefecto de policía.

Quedáronse atónitos al leer las últimas palabras escritas por Carmen Lelievre: «Pongo fin á estas Memorias. Mi vida será de aquí en adelante demasiado activa y acaso demasiado criminal para que tenga tiempo y audacia de hacer todos los días confesión general.»

• El episodio que antecede lleva por título *Las Bañistas de Trouville*.

—No están terminadas sin embargo— dijo Lucila, que hojeaba aquellos papeles sobre los cuales nadie había puesto aún los ojos.—Las revelaciones de esta horrible mujer continúan aún. Habla de su entrada en casa de la marquesa de Tourves, donde su amiga, Lucrecia Vitel, había conseguido colocarla, como ella la había dicho, al cabo de un mes.

—Nada más sencillo—replicó Jorge.— «Si el vino sabe á pez, beber otra vez», dice el refrán; lo mismo puede decirse de Carmen Lelievre; no ha podido resistir al placer de referir sus infamias. ¿Pero pensaba utilizar este trabajo enviándole á sus víctimas?

Mientras Jorge hablaba, Didier se había apoderado del segundo manuscrito y le recorría con avidez, esperando encontrar algún indicio respecto á su hija.

—Estas páginas—dijo continuando la

lectura—no están redactadas de la misma manera que las primeras. No se trata ya de una confesión regular, día por día, son notas esparcidas sin orden.

—Poco importa—replicó Jorge;—lémoslas si queremos tener informes seguros. No tenemos duda ninguno de nosotros de que Carmen Lelievre, para vengarse de Didier, después de haberle perseguido como artista, le ha herido como padre. No tenemos tampoco necesidad de que ella nos lo diga, lo adivinamos, lo sabemos. Pero conviene estar al corriente de los menores detalles de su vida. Esas notas pueden servirnos de mucho en nuestras pesquisas. El prefecto de policía lo ha comprendido del mismo modo, y casi os ha impuesto la obligación de leerlas antes de volver á verle.

— Son ya las ocho—replicó Marcela,— nuestra audiencia es á las diez, no tene-

mos tiempo para leer ese segundo cuaderno con la atención debida. Y además, me da lástima de vosotros—añadió apretando las manos de Lucila y de Jorge;—debéis estar rendidos de cansancio. Volveos á vuestra casa, allí iremos á buscaros en cuanto veamos al prefecto.

—Marcela—replicó Lucila,—es la tercera proposición de esa especie que me haces, y la rechazo con tanta fuerza como las anteriores. He pasado en mi vida muchas noches entregada á las diversiones, al placer, para que no pueda pasar una al lado de unos amigos que sufren. Además quiero á nuestra pobre Luisa como si fuese hija mía, y he de hacer cuanto pueda por encontrarla. Continuemos, y, por favor, no te ocupes más de nosotros.

Jorge, para dar testimonio de ser del mismo parecer que su esposa, había cogido el manuscrito y se preparaba á leerle en

voz alta, cuando sonó la campanilla de la puerta de entrada.

—Una carta sin duda—dijo con emoción Marcela, levantándose.—Es hora de repartir el correo, y puede ser...

—Me habéis prometido tener calma—dijo Jorge, obligándola á sentarse.

La criada entró y dijo:

—Un hombre desea hablar con la señora.

—¿Cómo se llama?—preguntó Jorge, que contuvo á Marcela, dispuesta de nuevo á levantarse.

—Dice que no le conocen, pero que alguien de aquí ha estado esta noche en su casa á darle dinero para su hija, que está enferma.

—¡Ah!—dijo Jorge asombrado;—¿qué querrá?

Reflexionó un instante y volviéndose hacia Marcela, dijo:

—Creo que debemos recibirle. ¿Me dáis permiso para que entre aquí?

—¡Ya lo creo!—respondió Marcela con ansiedad.

—Pero no tenemos tiempo que perder—añadió Lucila.

—Sí, ciertas sospechas que os he comunicado se confirman—replicó Jorge con viveza; —la persona en cuestión puede servirnos de mucho para abreviar la lectura de esas notas.

Mientras hablaba se había dirigido hacia la puerta y había dicho á Richard que pasase.

Este saludó á todos, que le miraban con curiosidad, y dirigiéndose á Jorge, que le había llevado hacia una ventana, le dijo con voz conmovida:

—Señor, al portaros esta noche conmigo tan generosamente, me contenté con agradecerlos en nombre de mi hija Jua-

na. Pero después de marcharos me he reprochado mi proceder.

—¿Por qué?—preguntó Jorge.

—Debía haberos ofrecido mis servicios. Buscáis una niña; ¿no podía yo ayudaros á encontrarla? ¡Oh! caballero, os lo pido por favor, dejadme que una mis esfuerzos á los vuestros. Haced de mí lo que queráis; empleadme en lo que os parezca útil, os obedeceré en todo. Iré donde me digáis que vaya; recorreré todas las calles, todas las casas, todas las madrigueras. Me habéis devuelto mi hija; permitidme confiar que podré devolveros la vuestra, ó más bien la de las personas á quienes queréis tanto.... Mi Juanita tiene menos fiebre desde esta mañana, habéis llevado la alegría á mi casa; se la he confiado á una vecina, que cuidará de ella, y os pertenezco en cuerpo y alma.

Marcela no había perdido de vista á

Richard desde que entró, había estudiado su fisonomía, oído sus últimas palabras, y, obedeciendo á un impulso irresistible, se dirigió á él y exclamó:

—Yo soy la madre de la niña robada. ¡Tengo confianza en vos, y acepto vuestros ofrecimientos!

—Os lo agradezco mucho, señora—replicó sencillamente Richard.

Para ocultar su emoción, se volvió hacia Jorge y añadió:

—Cuando pienso, caballero, que esta noche, en vez de ocuparnos de la niña cuya pérdida lloráis, os he entretenido tanto hablándoos de mí, siento remordimientos. En vez de deciros, como ahora lo he hecho, «Os ayudaré en vuestras pesquisas», me atreví á pedirlos que buscáseis á otra persona, á la que me dejó solo después de mi enfermedad, á esa madre que reniega de su hija.

Jorge miró á Richard y le dijo:

—Tenéis razón en quererla hallar. Es á la que buscamos también nosotros. Después de haceros traición y abandonaros, después de olvidarse por completo de su hija, nos ha robado la nuestra.

—¡La vuestra!—exclamó Richard.

Jorge, sin responderle, le llevó hacia la mesa, y poniendo en sus manos las Memorias de Carmen, le dijo:

—Mirad.

—Es mi letra—exclamó Richard después de un rápido examen,—es el manuscrito que me dió á copiar, por encargo de una amiga suya literata, según decía.

—Pues era por encargo suyo—replicó Jorge,—son sus Memorias. Cómo, ¿no lo habéis comprendido por el retrato que hace de sí misma?

—¿Dónde está ese retrato?—preguntó Richard.

—Aquí—dijo Jorge indicándosele con el dedo.

—No he copiado yo este párrafo—dijo Richard.—Mirad la diferencia que hay, vos no os habéis apercibido de ello; pero á mí no se me podía escapar.

—Es verdad. Todo se explica entonces. Por prudencia, y para que no conociereis que era ella, no os ha entregado ciertas páginas de su manuscrito.

—¿Y esta segunda parte?—preguntó Lucila, presentando á Richard la continuación de las Memorias de Carmen,—¿la habéis escrito vos?

La hojeó rápidamente y contestó:

—No, señora; estas notas por separado, estas reflexiones, no son de mi letra; el principio tan sólo es de mi mano. ¡Sí, sí, me acuerdo!... ¡la marquesa de Tourves!... ¡la señora de Roizel! Esos nombres me son familiares, los veo de nuevo, y me

parece estarlos escribiendo. ¡Y yo creía que copiaba una novela!

—¡Ay! escribáis una historia, una triste historia—replicó Jorge.—¿Os acordáis de las aventuras ocurridas á esas dos mujeres que acabáis de nombrar?

—Sí, casi por completo. Me llamaron la atención.

—Si nos las contaseis en breves palabras, ahorraríamos un tiempo precioso. Además podéis consultar esas notas, y os ayudarán á recordarlas.

—Trataré de hacerlo.

Mientras Richard leía rápidamente, á fin de tomar la embocadura á su narración, las primeras páginas del manuscrito, Jorge le dijo:

—Las Memorias que leéis en este momento son las de la persona que habéis conocido tanto sin saber su verdadero nombre, que es el de Carmen Lelievre.

Podéis, pues, saber ahí sus condiciones y cualidades.

.....
 Dejaremos á Richard que hable; añadiendo tan sólo á su narración, muy extractada, detalles interesantes tomados de esos papeles que hemos tenido á nuestra disposición.

II

El hotel de la marquesa de Tourves, en el que Carmen Lelievre debía dedicarse á sus nuevas hazañas, está situado hacia la mitad de uno de los magníficos *boulevares* que se hicieron en la época del Imperio. Abre sus puertas de entrada directamente sobre la vía pública, sin tener delante patio ni jardín que le separe

de ella, y linda por la derecha con un hotel particular, y por la izquierda con una casa de cuatro pisos, que se escapó á las demoliciones allí hechas y que parece estar asustada de verse en aquel barrio elegante, después de haber vivido tanto tiempo en una de las antiguas calles borradas del plano de París por el barón Haussmann.

Las habitaciones principales, destinadas á las recepciones, que ocupan todo el entresuelo, son vastos y de una ornamentación severa y fría. Los muebles datan de la época de la Restauración, y cansan la vista por la regularidad de sus líneas. Las butacas y los sofás no tienen ni la gracia, que tanto se apreciaba en tiempo de Luis XVI, ni el *comfort* de nuestros asientos modernos. Los numerosos cuadros que penden de sus muros pertenecen á la escuela española, que no blasona de

Podéis, pues, saber ahí sus condiciones y cualidades.

.....
 Dejaremos á Richard que hable; añadiendo tan sólo á su narración, muy extractada, detalles interesantes tomados de esos papeles que hemos tenido á nuestra disposición.

II

El hotel de la marquesa de Tourves, en el que Carmen Lelievre debía dedicarse á sus nuevas hazañas, está situado hacia la mitad de uno de los magníficos *boulevares* que se hicieron en la época del Imperio. Abre sus puertas de entrada directamente sobre la vía pública, sin tener delante patio ni jardín que le separe

de ella, y linda por la derecha con un hotel particular, y por la izquierda con una casa de cuatro pisos, que se escapó á las demoliciones allí hechas y que parece estar asustada de verse en aquel barrio elegante, después de haber vivido tanto tiempo en una de las antiguas calles borradas del plano de París por el barón Haussmann.

Las habitaciones principales, destinadas á las recepciones, que ocupan todo el entresuelo, son vastos y de una ornamentación severa y fría. Los muebles datan de la época de la Restauración, y cansan la vista por la regularidad de sus líneas. Las butacas y los sofás no tienen ni la gracia, que tanto se apreciaba en tiempo de Luis XVI, ni el *comfort* de nuestros asientos modernos. Los numerosos cuadros que penden de sus muros pertenecen á la escuela española, que no blasona de

ser alegre y se complace en usar tintas sombrías. Muchos de ellos, una *Mater Dolorosa*, *La Adoración de los Pastores*, *Martirio de San Javier*, magníficas copias de Ribera, estarían seguramente mejor colocadas en los salones de un obispo que en los de una mujer á la moda.

Los señores de Tourves tienen sus habitaciones en el primer piso, distintas y separadas por el vestibulo y la caja de escalera.

Las de la marquesa se componen de tres piezas: un recibimiento pequeño, donde esperan los almacenistas y proveedores de la casa, una alcoba muy grande, alta de techo, amueblada con una cama estilo Luis XIV, colocada sobre un estrado, grandes butacas de respaldar recto, un reclinatorio, regalo, según dicen, de la señora de Maintenon á la abuela del actual marqués de Tourves y un arcón gran-

de, de la Edad Media, de ébano, con incrustaciones de marfil.

No hay nada que llame la atención en esta pieza, por decirlo así, austera, nada que indique en ella la presencia de una mujer. No se ve ninguno de esos objetos encantadores que dan tanta animación y vida á las moradas parisienses. Las *chaises-longues*, divanes, *poufs*, butacas almohadilladas, almohadones para apoyar la cabeza y cintura, sillas bajas de chimenea, taburetes donde se apoya un pie breve y delicado, en fin, todas las invenciones de la tapicería moderna han sido cuidadosamente desterradas de este santuario. Los que le ven experimentan un ligero estremecimiento cuando en él penetran, y buscan al momento la ventana para que les reanime algún rayo de sol.

Un cuarto tocador sigue después de la alcoba y fija por aquella parte el límite

del hotel. Una de sus paredes es la medianería de la casa inmediata, que hemos dicho consta de cuatro pisos. Estos detalles de arquitectura son indispensables para lo que vamos á referir, y por eso rogamos á los lectores que no los olviden.

Se ha dado á este cuarto, por medio de una armazón de carpintería, una forma circular que podía permitir espacios vacíos en los rincones, de utilidad incontestable para una mujer. Pero la marquesa no puede apreciar sus ventajas; se contenta con un solo armario abierto en el maderamen de la pared, que le separa de su alcoba, es decir, en la opuesta á la medianería del hotel con la casa contigua. Este armario, así como los muros y el techo, se halla cubierto con cortinajes.

Un diván ancho y muy bajo corre por las paredes del tocador. Es lo más elegante que se ve entre los muebles del hotel;

pero esa elegancia y ese lujo desagradan sin duda á la marquesa de Tourves, porque el raso negro con botones de color paja, de que está cubierto, desaparece bajo una funda blanca.

Los demás adornos de esta pieza, que debe haber sido amueblada sin consultar el gusto de la marquesa, sufren la misma suerte que el diván: una gasa cubre un precioso espejo de cristal de Venecia; y los candelabros, estilo Luis XVI, que se ven sobre la chimenea, están resguardados del polvo por unas fundas de muselina. Cuatro cuadros, cuyo asunto, sin ser muy ligero, no es muy ortodoxo, están también púdicamente velados como todos los demás objetos. La alfombra tan solo es la que se ha librado de la humillación de estar tapada. Es de una blandura y de un espesor verdaderamente orientales. La dueña de la casa, de carácter triste y re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA U. N. L.
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

cogido siempre, la agrada sin duda el silencio y no quiere ni aun oír sus propios pasos. Tiene aversión también á los ruidos que puedan venir de la calle, porque las hojas de las ventanas, forradas de cuero, las cierran herméticamente por la noche. De este retiro no puede salir ruido alguno y los del exterior mueren antes de llegar á él.

III

Las amigas de la señora de Tourves, por la época en que Carmen Lelievre entró en su casa, decían que tendría treinta años, que aceptaba sin titubear, tanto porque no los representaba, como porque no se la acusase nunca de ser coqueta.

Era lo que se dice una mujer hermosa, lo cual no es lo mismo que una mujer preciosa. Su estatura elevada, su porte, el aire de su cabeza, que daban cierta majestad á su persona, la habían hecho merecer la primera denominación. Pero, á pesar de su nariz muy acentuada, merecía también la segunda, gracias á sus cabellos rubios, sus ojos azules de un brillo y de una limpieza notables y á su fresca boca. El exterior de la marquesa no tenía derecho á vanagloriarse de su superioridad corporal; de tal modo se hacía justicia á sus cualidades morales.

Habíase casado, muy joven, con el marqués de Tourves, cumplido caballero, de fisonomía agradable, rico, de veinticinco años escasos de edad, agregado diplomático en el Ministerio de Estado, y destinado á tener, según se creía, un brillante porvenir político. Por espacio de muchos

años, el nuevo matrimonio fué la admiración y la envidia de todo París. Nada había tan simpático como aquellos dos jóvenes, guapos, elegantes, aficionados á los placeres lícitos, enamorados uno de otro y haciéndolo ver á todo el mundo. Llegó un día en que la belleza de la marquesa estaba en su apogeo, por haber llegado á esa época de la vida en que la mirada de la mujer se dulcifica, los labios están más húmedos la sonrisa se acentúa, el pecho se desarrolla, el talle se redondea, la cara ha dado cuanto prometía, en que la Naturaleza da su última mano, y hace de un simple boceto un cuadro: se vió, de repente, por espíritu de oposición, sin duda, que el marqués perdía el color, se volvía amarillento, se encorvaba y caía en una postración absoluta.

Los médicos, con quienes se consultó al momento, declararon que padecía una

enfermedad de la médula espinal, ya muy avanzada, y le dieron orden de que renunciase á las comidas, á los bailes, á las cenas, al trabajo, y que hiciese una vida de anacoreta. Con abnegación sublime, su esposa le ayudó á seguir las prescripciones facultativas. No aceptó las invitaciones que la hacían, devolvió sus palcos y declaró que renunciaba á frecuentar la sociedad, puesto que el marqués no podía acompañarla.

No se abrieron ya sus puertas más que para ciertos amigos íntimos, de reputación intachable y de edad madura. Si recibía en su casa mujeres jóvenes y hermosas, habían de ser de irreprochable conducta, que estuviesen al abrigo de la maledicencia. Formó, pues, una reunión silenciosa, recogida, apropósito para acompañar á un convaleciente, fastidiosa tal vez, pero donde hasta los más aficionados al mundo les

gustaba pasar media hora ó una antes de marcharse al baile, para decir que venían de casa de la señora de Tourves, lo cual hacía tener buena fama.

Estas transformaciones morales no la bastaron; dejó su gran vivienda de la *Chaussée d'Antin*, cuyo lujo y elegancia no convenían ya á su género de vida, se hizo construir el hotel de que hemos hablado, en un barrio entonces bastante tranquilo por ser moderno, lo amuebló lo más severamente posible y se encerró en él en compañía de su marido.

Estas precauciones, unidas á un régimen severo, no hicieron mejorar al marqués. Su enfermedad era más grave de lo que en un principio se creyó; y se le veía empeorar de día en día. Si salía por casualidad era para dar un corto paseo, en coche, por el Bosque. No vivía ya, pero podía vegetar mucho tiempo en tan triste

estado, teniendo cautiva á su lado á su cariñosa enfermera, su querida Antígona, calificativo puesto por sus amigos á la marquesa.

Y mientras sus fuerzas se iban consumiendo, la posición moral de su esposa engrandecía. Como no se prodigaba, ni su lujo ni su elegancia causaban perjuicio á nadie, se tenía verdadero placer en admirarla. No había elogio que no se usase en pro de la que había sabido con tanto valor renunciar á los placeres de que en su posición y su edad podía disfrutar, y enterrar en vida una juventud y una belleza en todo su esplendor.

Los maridos, cansados de tener que ir por las noches á los bailes, deseosos de descansar y sintiendo tal vez la enfermedad del marqués, ponían á su esposa por modelo á sus mujeres. Estas, para poner á cubierto el disfrute de esos placeres, para

retrasar cuanto pudiesen tenerse que retirar á la vida privada, se permitían, á veces, pérfidas insinuaciones: la reserva del modelo podía no ser más que aparente, decían. Largo ayuno podía verse cortado por algún hartazgo oculto; debía desconfiarse de aquella existencia de anacoreta que podría encubrir algún misterio. Pero apenas si se formulaban esos rumores en voz baja; en el mundo no tenían eco.

La señora de Tourves era inexpugnable: bastaba verla, oírla y estudiarla. Si salía por la mañana, iba en su carruaje con su cocheró y su lacayo (espías naturales de quien no se fía nunca la mujer pecadora) á casa de los proveedores de la suya, ó á la de alguna señora presidenta de cualquier establecimiento benéfico. A las tres de la tarde ocupaba su sitio en carretela descubierta, en todo tiempo, al lado de su marido, ó de una señorita de

compañía, que no se separaba nunca de ella. Las puertas del hotel no se abrían más que de noche á las personas que iban á verles y la actitud de la señora de Tourves, su frialdad, acaso exagerada, no permitían ninguna suposición ofensiva. Los más maldicientes se veían obligados á inclinarse ante aquella virtud resplandeciente, comprobada, y por decirlo así, clasificada.

Por eso la marquesa era un árbitro en los asuntos litigiosos y en las causas delicadas. Como antiguamente se tomaba el parecer del marqués Du Halley en materia de duelos, se consultaba á la señora de Tourves si ocurría un conflicto entre esposos, cuando una reputación femenina, sin tacha hasta entonces, había sido ofendida y se trataba de castigar ó de perdonar.

Generalmente se inclinaba al perdón

y lo ordenaba en estos términos á la que la consultaba:

«Sed indulgente con esa pecadora— decía,— continuad viéndola y admitiéndola en vuestras reuniones, para llevarla al bien y librarla de una caída total. En cuanto á mí, las revelaciones que me habéis hecho me hacen que rompa toda relación con ella y cerrarla mi puerta. Ya comprendéis la posición excepcional en que estoy; me veo condenada á tener una gran reserva. Ya lo comprenderéis y no me echaréis en cara que debía predicar con el ejemplo.»

Se separaban de ella encantados de su dulzura, de su benevolencia, la facilidad de su palabra, la gravedad de su postura, la castidad de su mirada, la elevación de su espíritu, y, por parecerse á ella, se daban prisa, á pesar de sus consejos, á inmolar á la oveja extraviada, que había en-

viado al sacrificio, haciendo como que la protegía.

Junto á esta mujer encantadora, pero algo soberbia, al lado de esta viuda por adelantado, fué donde Carmen Lelievre se vió colocada en calidad de señorita de compañía.

¿A qué influencias acudiría Lucrecia Vitel para conseguir su objeto? Carmen no hacía con referencia á ese punto alusión ninguna en sus Memorias. Séanos permitido suponer que uno de los amigos íntimos de la señora de Tourves debía grandes favores á Lucrecia Vitel, la obedecía ciegamente y había accedido á complacerla recomendando á su protegida y respondiendo de ella.

Por lo demás, el pasado de Carmen no debía dañarles en nada. Su falta no era conocida más que de dos personas; una, Didier de Prades, no hablaría de ella; la

otra, Lucrecia Vitel, tenía interés en callarla. Las excéntricas maneras de Carmen era lo único que pudiera asustar á la gazmoñería de la marquesa; pero Carmen era demasiado inteligente para no saberse atemperar á las exigencias de su nueva posición.

IV

La señorita Lelievre obtuvo desde su presentación las simpatías de la marquesa.

«Así debía ser—decía amargamente en sus Memorias.—Todo cuanto los hombres me aborrecen, soy agradable á las mujeres: las feas creen serlo menos cuando me miran, y las bonitas se figuran más hermosas. Soy la sombra hábilmente dispuesta en un cuadro para hacer resaltar más los efectos luminosos.»

—Señorita—dijo la de Tourves á Carmen, el día de su presentación,—he estado á punto de no admitiros á mi lado, cuando he sabido que veniais del hotel de las Rocas Negras en Trouville. Ese establecimiento no estaba tan cuidado por vuestro padre como estaba antes. Mi marido, á quien los médicos mandan todos los años á los baños de mar, y del que no me separo nunca, encontró antes más recogimiento y silencio en él. Yo misma estaba expuesta á encontrarme en la escalera con mujeres como la señora Vitel. Pero vuestros protectores me han hecho la observación de que no érais responsable de los errores de vuestra familia y que vuestra conducta era de la más irreprochables y de la más juiciosas. Podéis, pues, consideraros desde hoy como formando parte de mi casa, si os convienen las condiciones pecuniarias.

otra, Lucrecia Vitel, tenía interés en callarla. Las excéntricas maneras de Carmen era lo único que pudiera asustar á la gazmoñería de la marquesa; pero Carmen era demasiado inteligente para no saberse atemperar á las exigencias de su nueva posición.

IV

La señorita Lelievre obtuvo desde su presentación las simpatías de la marquesa.

«Así debía ser—decía amargamente en sus Memorias.—Todo cuanto los hombres me aborrecen, soy agradable á las mujeres: las feas creen serlo menos cuando me miran, y las bonitas se figuran más hermosas. Soy la sombra hábilmente dispuesta en un cuadro para hacer resaltar más los efectos luminosos.»

—Señorita—dijo la de Tourves á Carmen, el día de su presentación,—he estado á punto de no admitiros á mi lado, cuando he sabido que veniais del hotel de las Rocas Negras en Trouville. Ese establecimiento no estaba tan cuidado por vuestro padre como estaba antes. Mi marido, á quien los médicos mandan todos los años á los baños de mar, y del que no me separo nunca, encontró antes más recogimiento y silencio en él. Yo misma estaba expuesta á encontrarme en la escalera con mujeres como la señora Vitel. Pero vuestros protectores me han hecho la observación de que no érais responsable de los errores de vuestra familia y que vuestra conducta era de la más irreprochables y de la más juiciosas. Podéis, pues, consideraros desde hoy como formando parte de mi casa, si os convienen las condiciones pecuniarias.

—Acepto esas condiciones, señora, sin examinarlas siquiera—respondió Carmen con seguridad.—Obligada, por reveses de fortuna, por no ser gravosa por más tiempo á mi familia, á aceptar una posición relativamente subalterna á los ojos de la sociedad, me elevo á mis propios ojos al ofrecer mis servicios á una señora á quien todo París tiene en gran estima. Eso me basta; los intereses materiales me preocupan poco.

La marquesa recibió sin pestañear aquellos ofrecimientos lanzados á quema-ropa, y puso al momento á Carmen al corriente de sus obligaciones.

—Las primeras horas de la mañana os pertenecerán por completo. Tengo tertulia todas las noches, me acuesto tarde, leo hasta una hora bastante avanzada y no me levanto hasta las once. Os rogaré tan sólo, que cuando despierte me deis

noticias del marqués. Su ayuda de cámara os dirá cómo ha pasado la noche, cuántas horas ha dormido y si su sueño ha sido agitado ó tranquilo. Los más pequeños detalles de la salud de mi marido me interesan y os interesarán pronto á vos. Ordinariamente almuerzo en mi cuarto; también á vos se os servirá en el vuestro. A las dos, salgo en carruaje, y me acompañaréis cuando mi esposo no se encuentre bien para ir al Bosque. De cinco á siete me leeréis algo, pero, entendedlo bien, nada de obras frívolas ó novelas modernas. Los lances amorosos ó apasionados no tienen cabida aquí. Vivimos en la morada de un enfermo y somos hermanas de la caridad... Comeréis con nosotros, es decir, conmigo sola; la mayor parte del tiempo el marqués no puede levantarse y no admito en mi mesa á ningún extraño. Por la noche es tan sólo cuando se llenan mis

salones de hombres serios y mujeres intachables. Estaréis en buena compañía, si os agrada estar con nosotros. Pero no creáis que os veréis obligada á gastar mucho en trajes. Desde el día en que mi marido cayó enfermo yo no he dejado el vestido cerrado ni he usado ninguna alhaja. Os pido—añadió sonriendo—que os conforméis con esta ley santuaria; nada más fácil ni que cueste menos.

Tal fué el discurso que precedió á la instalación de Carmen Lelievre en el hotel de los señores de Tourves.

Carmen se le repitió con toda fidelidad á su protectora, á quien veía por la noche en secreto y muy de tarde en tarde, para no despertar sospechas, porque era evidente que á una mujer como la marquesa no la hubiese gustado enterarse de que la señorita de compañía que tenía en su casa sostenía relaciones amistosas con la

señora Vitel. Naturalmente se había guardado muy bien de que supiese (pues lo ignoraba) que Carmen había sido, durante seis semanas, una de las más asiduas concurrentes á los salones de la señora Vitel en Trouville.

—Busco en vano—decía Carmen á su rubia amiga,—la clase de servicio que os podré prestar con respecto á la señora de Tourves. Me parece que merece la reputación de que goza, y no veo cómo, por mucho que lo desee yo, se podrá empañar el brillo de su virtud.

—No sabemos—respondió la señora Vitel,—es preciso esperar. Sobre todo es preciso que os veáis directamente interesada en descubrir alguna mancha en el blanco armiño que encubre á la marquesa. Por ahora deseáis tan sólo serme útil, y no sabéis cómo. Pero sucede cualquier día que os véis menospreciada, que os humi-

llan, y sentís herido vuestro amor propio; entonces vuestra perspicacia y vuestra malicia habituales aumentarán en proporciones asombrosas, y me serviréis á mí, al serviros á vos misma. Hoy dejemos mi venganza á un lado, para hablar de la vuestra: otro de mis protegidos, pues tengo muchos, se ocupa ya de vuestro tenor. Si continúa siendo tan cruel con vos y negándose á veros, me lo diréis, y puesto que no podéis herir al hombre que se oculta, os procuraré medios de dañar al artista, que no tiene más remedio que exponerse al público todas las noches en el escenario. Soy muy justiciera, y no espero, para que os venguéis de Prades, sino que me hayáis vengado á mí de la marquesa.

Esta generosidad preocupaba á Carmen; cada día, cada hora, se veía obligada á confesar que la señora de Tourves no daría motivo á la maledicencia.

Al mismo tiempo no podía reprocharla ningún mal proceder. La marquesa se mostraba reservada en sus relaciones con su nueva dama de compañía; no la hacía nunca confidencias íntimas, era muy atenta con ella, y sabía, si era preciso, mostrarse agradecida y amable. Hubiese sido muy sensible verse obligada á hacerla traición, á causarla daño, y Carmen acaso no hubiese consentido en ello. Apasionada, vengativa, pronta á contestar y á poner en práctica la máxima india: «Ojo por ojo, y diente por diente», era apática y casi benévola cuando se tenía la prudencia de no irritarla.

Pero la señora de Tourves tuvo la desgracia de ofenderla, y las buenas disposiciones de Carmen con respecto á ésta volaron como por encanto.

Una tarde estaba la marquesa escribiendo una carta en su cuarto, y Carmen,

sentada á pocos pasos de ella, cortaba las hojas de un libro, cuya lectura debía empezar pronto, cuando vinieron á decir á la marquesa que su esposo la llamaba.

Al quedarse sola, Carmen tuvo la maldita idea, por pasar el tiempo, de echar una ojeada sobre la carta á medio escribir.

Estaba concebida en estos términos:

«Querida amiga:

»Me habéis comprendido perfectamente: he podido abstenerme de todos los placeres, y no tengo por eso gran mérito; no es la música tan sólo lo que echo de menos, y me decido á salir de mi celda para ir con vos esta noche á los Italianos. Pero sabéis mis costumbres: no dejo que me acompañen ni aun los amigos íntimos de mi esposo. ¿Podréis reservar algún sitio á la señorita de compañía que tengo? Es pequeña, delgada, endeble; ni ocupa sitio

ni mete ruido; la pondréis en un rincón, donde no la vean... felizmente para la concurrencia, á no ser que preferáis colocarla en primera fila, junto á vos. Haría resaltar inmensamente vuestra beldad, y serviría de sombra á la que es toda luz, porque la señorita Lelievre, así se llama, ¡ya veis qué apellido tan bonito, es un Botador!...»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V "ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La lectura de esta carta debía bastar para hacer de Carmen una enemiga mortal de la señora de Tourves. ¡El momento elegido para recordarla su fealdad era tan

29746

inoportuno! Si sufría cruelmente desde hacía muchos meses, si había sido abandonada, si la habían desdeñado, ¿no era por causa de su fealdad? Si desde que volvió á París habían sido vanas las tentativas puestas por ella en juego para tener una entrevista con Prades, ¿no era preciso declarar culpable de esa nueva afrenta á sus deformidades, cada vez más en relieve?

Y, en efecto, la felicidad embellece á veces; da á los ojos más brillo, á la sonrisa más gracia; el alma dichosa y satisfecha irradia, en cierto modo, en la cara y la presta una tranquilidad que es una forma de belleza. Las penas, por el contrario, el dolor, el odio, afean y ajan las facciones, vician la sangre, hacen que el color se ponga amarillo, arrugan la frente, se blanquean los cabellos y el cuerpo adelgaza.

Carmen Lelievre había sufrido esa

transformación, y la conocía; pero no perdonaba á nadie que se lo dijese y se la arrojase al rostro, clasificándola oficialmente en la clase de monstruos, poniendo la etiqueta, por decirlo así, del género y atreverse á escribir sobre ella esta palabra humillante y cruel: *¡Botador!*

Como la señora Vitel esperaba, y lo había previsto, Carmen no iba á vengar á su protectora de los desdenes que la había hecho la de Tourves, sino que iba á castigar en la marquesa la afrenta personal y directa que ésta acababa de hacerla. Para Lucrecia el resultado era el mismo: la pérdida de su enemiga. Pero Carmen conservaba su libre albedrío, no obedecería á ninguna sugestión extraña y haría el mal por su cuenta.

Aquí ya se detenía, y se veía extremadamente confusa.

¿Cómo hacer el mal? ¿Cómo echar aba-

jo del pedestal, en que el mundo la había encumbrado, á esa diosa de la Prudencia que se llamaba la virtuosa marquesa de Tourves?

¿Calumniándola? Si hubiera podido serlo, hace tiempo que Lucrecia se habría encargado de ese cuidado, y no hubiese mostrado tanto empeño en hacer partícipe á Carmen de su odio.

La maledicencia, pérfida hermana de la calumnia y más hábil que ella, puesto que se inspira en la verdad y se apoya en hechos, debería ser lo único que tuviese éxito.

¿Pero de qué se podía hablar mal? ¿Qué verdad, que pudiese confundir á la marquesa, podría tener la dicha de descubrir para que la pudiese revelar? Otra que no fuese Carmen hubiese vacilado en buscarla; pero ella, por el contrario, resolvió escudriñar tan profundamente como pu-

diese la existencia de la de Tourves, para encontrar en ella algún punto oscuro.

Empezó, ante todo, por fijarse en la idea de que una mujer, de natural tierno, que ha gustado durante tres años las dulzuras del matrimonio, con un marido joven, amado y muy amante, puesto que, según los médicos, estaba enfermo hoy por no haber sabido dominar su corazón; que esa mujer, decimos, bajo el dominio aún de esos recuerdos, no podía de la noche á la mañana haberse condenado al celibato sin esperanza de salir de él.

Casada y viuda al mismo tiempo, casada sin marido y viuda sin libertad, era probable que en esta situación irregular se hubiese entregado á ciertas irregularidades. Aquella vida tranquila y sin mancha debía ocultar algún misterio. La superficie de ciertos lagos es completamente tersa, no la agita ninguna ola, el agua

clara y límpida refleja el azul del cielo. Sin embargo, á pocos metros de profundidad, hay remolinos que horadan el lecho, y arrancan arenas y guijarros. Carmen Lelievre se había propuesto descubrir ese remolino. Con el carácter de que estaba dotada, con su maravilloso espíritu de observación, era evidente que no tardaría en descubrirle si desgraciadamente para la marquesa existía.

Dedicóse en primer término á estudiar á los visitantes de la marquesa. ¿Cuál, entre ellos, debía suponerse le gustaba? Los examinó uno por uno y se vió obligada á reconocer que una mujer joven y guapa no podía haber tenido la ocurrencia de pecar con aquellos inválidos de sentimiento, con aquellos militares retirados del servicio del amor. Tanto pensaban en la marquesa, como ésta en ellos, y era fácil ver que, si simpatizaban con la

marquesa, sus corazones respectivos no tenían nada de común.

¿Podría suceder que por el día la señora de Tourves recibiese algún visitante más joven y de más agraciada presencia? No, hasta las ocho de la noche, los proveedores tan solo eran los que entraban en el hotel, y el portero decía invariablemente á todo el mundo:

«No está visible la señora.»

Y cuando ésta salía, ¿dónde iba? A algún almacén, ya lo hemos dicho, ó á casa de algún amigo íntimo de la familia, incapaz de prestarse á encubrir intrigas de esa especie.

Pero Carmen había leído muchas novelas, era por intuición demasiado parisién, para no estar iniciada en todas las intrigas de la sociedad. Sabía que ciertos enamorados, aficionados á correr aventuras, desdeñando relaciones ruidosas y entre-

gados al culto de mujeres recatadas, ocultan su cuarto de soltero en la casa habitada por una costurera ó una modista célebre.

A lo mejor se ve parar un coche en la calle de la Paz, ó en el *faubourg* Saint-Honoré. Baja una mujer de él y dice al cochero: «Voy á casa de Fulana, y mandaré que bajen por un lío que he dejado en el carruaje; entregádselo». Entra en la casa con la cara descubierta, sin preocuparse si la siguen ó no, sube la escalera, llama, entra en efecto donde dijo, hace que bajen por el envoltorio, se prueba un vestido ó un sombrero, y sale por fin. Pero en vez de volver á salir á la calle, y bajar todos los pisos, se desliza en una habitación del entresuelo, cuya puerta se abre misteriosamente á su paso. Los caballos que la condujeron á la casa aquella, piafan en el exterior; creen que su ama hace

una visita algo pesada en casa de su modista; però aunque echan de menos la avena de la cuadra, no sospechan nada, no se permiten ningún mal pensamiento; se han guardado las formas; ¡estaban tan bien tomadas toda clase de precauciones!

Al cabo de una hora, el alojamiento del piso entresuelo se abre de nuevo. Un joven se asoma al descansillo, mira hacia arriba, vuelve sobre sus pasos, y murmura estas palabras: «¡No hay nadie! ¡sal sin cuidado!» y la dama se lanza á la escalera. Después de haber bajado con emoción una docena de escalones, recobra su calma habitual, su marcha regular, dirige una mirada tranquila á las personas que encuentra, y sube orgullosamente á su coche.

Los caballos, incapaces siempre de tener un mal pensamiento, la llevan al Bosque, donde las mujeres más virtuosas, las más inmaculadas se creen en el deber de

saludarla, y donde jóvenes solteras, puras y sin mancha, se inclinan ante ella. Otras veces la lleva el coche al domicilio conyugal, al lado de su marido, á quien se apresura á decir para explicar su larga ausencia: «He pasado la mitad del día en casa de la modista; he tenido que esperar turno; ¡todas esas artistas que tienen fama son insoportables!»

Carmen Lelievre conocía todas esas máculas. Por eso observaba con cuidado á los proveedores del hotel y las casas donde iba.

Reconoció bien pronto que perdía el tiempo, y que aun por ese lado la marquesa era invulnerable.

Desesperábase ya, y estaba decidida á renunciar á abrir brecha en una virtud tan fuerte, cuando la casualidad vino en su auxilio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Después de haberse dedicado tanto tiempo y tan inútilmente á estudiar á los concurrentes á casa de la marquesa y haber vigilado sus salidas, sus paseos y sus excursiones, Carmen Lelievre decidió, para asegurarse bien, entregarse al examen profundo de las habitaciones ocupadas por la marquesa.

Una mujer que tiene relaciones ilícitas, un día ú otro, por olvido, por negligencia, se hace traición á sí misma delante de las personas que forman parte de su servidumbre ó que viven en su intimidad: una carta olvidada en el bolsillo de una bata, un medallón que guarda una miniatura

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



saludarla, y donde jóvenes solteras, puras y sin mancha, se inclinan ante ella. Otras veces la lleva el coche al domicilio conyugal, al lado de su marido, á quien se apresura á decir para explicar su larga ausencia: «He pasado la mitad del día en casa de la modista; he tenido que esperar turno; ¡todas esas artistas que tienen fama son insoportables!»

Carmen Lelievre conocía todas esas máculas. Por eso observaba con cuidado á los proveedores del hotel y las casas donde iba.

Reconoció bien pronto que perdía el tiempo, y que aun por ese lado la marquesa era invulnerable.

Desesperábase ya, y estaba decidida á renunciar á abrir brecha en una virtud tan fuerte, cuando la casualidad vino en su auxilio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Después de haberse dedicado tanto tiempo y tan inútilmente á estudiar á los concurrentes á casa de la marquesa y haber vigilado sus salidas, sus paseos y sus excursiones, Carmen Lelievre decidió, para asegurarse bien, entregarse al examen profundo de las habitaciones ocupadas por la marquesa.

Una mujer que tiene relaciones ilícitas, un día ú otro, por olvido, por negligencia, se hace traición á sí misma delante de las personas que forman parte de su servidumbre ó que viven en su intimidad: una carta olvidada en el bolsillo de una bata, un medallón que guarda una miniatura

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



comprometedora, que se quedó sobre la chimenea al alcance de la indiscreción, muchas veces una llave que no se retiró de la cerradura de una caja depositaria de secretos íntimos, revelan su secreto.

Carmen tenía toda la comodidad apetecible, durante dos horas del día, para inquirir, rebuscar si había algo que encontrar. El primer invierno que había pasado en casa de la señora de Tourves acababa de pasar; principiaba la primavera, radiante, resplandeciente, cálida como un verano. El señor de Tourves se aprovechaba de ésta para salir de sus habitaciones particulares, de las que apenas había salido durante el invierno y dar todos los días un paseo por el Bosque. Fiel á su papel de enfermera, la marquesa no dejaba nunca de acompañarle, y el hotel, privado de sus dueños, no tardaba en quedar á merced de los criados. El ayuda de cáma-

ra, ó más bien, el enfermero del marqués, se daba prisa á marcharse á tomar el aire por las calles, mientras que los demás criados y el cocinero se marchaban á la taberna más próxima. No quedaba en la casa nadie más que la criada. Pero era tan excesivamente tonta, que Carmen se podía ver libre de ella con facilidad, y no tenía que temerla.

Esa misma tontería la había hecho reflexionar y acaso contribuyó á despertar sus primeras sospechas. ¿Por qué la marquesa de Tourves había elegido una sirviente de ese género? ¿Por qué obstinarse en no dejarse servir más que por ella? ¿Por qué desterrar de sus habitaciones á toda la servidumbre de la casa? ¿Sería porque una criada tan estúpida como aquella no pudiese sorprender algún secreto suyo? En vez de tener junto á sí un espía, cuyo silencio ó cuya complicidad tendría

que comprar, ¿preferiría la marquesa entregarse á los cuidados de una sordo-muda?

Dueña del hotel, Carmen se instalaba en el cuarto de la marquesa, y como si fuese un juez de instrucción que se hallase en el teatro de algún crimen, dirigía por todas partes miradas investigadoras, se hacía preguntas, se contestaba, sosteniendo consigo misma un acalorado diálogo.

Durante los últimos días de Abril no pudo descubrir nada: ningún billete perdido, ninguna llave olvidada en la cerradura, ningún recuerdo amoroso dejado en una mesa ó sobre la chimenea. Pero el día 2 de Mayo (esta fecha exacta se encuentra en las Memorias de Carmen), gracias á un espléndido sol que, á pesar de los cortinajes, había conseguido deslizarse en el cuarto tocador, de improviso, y cerea del diván, apareció á los ojos de Carmen un pequeño objeto brillante, redondo, que

parecía una alhaja. Se dirigió hacia él, despacio, con la paciencia de un indio que sigue una pista, se arrodilló, extendió la mano y cogió el objeto en cuestión. Era un botón de puños de camisa, de grandes dimensiones, de oro mate, con una gran cifra, una S de rubíes.

No admitía duda: aquel botón era de algún hombre. No había mujer ninguna, á no ser alguna aficionada á esas excentricidades, que gastase un botón de aquella forma, y la señora de Tourves era conocida por la sencillez de sus trajes.

En fin, y era el punto capital, la letra S no era inicial de ninguno de los nombres y apellidos de la marquesa. Carmen Lelievre estaba, pues, en la pista de un misterio: tenía acaso en sus manos el honor de aquella que, tan imprudente como Didier de Prades, había herido cruelmente su amor propio.

¿Recibiría alguna visita la marquesa? ¿Por dónde entraba? ¿A qué hora? ¿Cómo se llamaba?

Así que la viese de nuevo, la daría cuenta de la pérdida que había tenido. El que olvida ó pierde en casa de su querida un objeto que pueda comprometerla, la avisa al momento la imprudencia cometida por él, y encarga que inmediatamente lo busque. Carmen acechó la vuelta de su señora y prestó atención á sus menores gestos. Pero ésta volvió de su paseo sin preocuparse del peligro que la amenazaba. Apenas entró en su cuarto, llamó á Carmen, que empezó á leerla un artículo de una Revista. Bajó poco después á comer con la señorita de compañía, sin separarse de ella ni un instante. Durante las primeras horas de la noche, no sorprendió Carmen ninguna palabra cambiada con nadie, ninguna confidencia en voz baja entre la

marquesa y sus contertulios, ni aun con aquellos que, por empezar su nombre ó su apellido con una S, fueron vigilados por ella con mayor cuidado.

A media noche, cuando se marcharon todos, la señora de Tourves rogó á su lectora que continuase el artículo suspendido cuando fueron á comer. Por espacio de más de una hora, su mirada permaneció tranquila, sin que pareciese que buscaba ningún objeto perdido.

De todas estas observaciones era fácil sacar una conclusión: que el dueño de la alhaja no había visto á la marquesa en todo el día, y no podía ser ninguno de los contertulios de por la noche.

Carmen, á la una de la noche, pidió permiso á la marquesa para retirarse y oyó cómo ésta echó los cerrojos, precaución que no dejaba nunca de tomar desde su infancia, decía, y que nunca ocultaba.

Al entrar en su cuarto, Carmen se entregó, gran parte de la noche, á hacer comentarios. A la mañana siguiente, á eso de las once, después de haber adquirido, según costumbre, noticias del marqués, entró en el cuarto de su señora. Estaba más pálida que de costumbre, inquieta, agitada, á pesar de los esfuerzos que hacía por aparentar tranquilidad. Su voz estaba bastante conmovida, cuando al cabo de unos minutos, dijo, afectando dar poca importancia al asunto:

—Tened la bondad de ayudarme á buscar un objeto que se me ha perdido: ayer estuve enredando en una caja donde tengo alhajas, y una de ellas, que estimo en mucho, se me ha caído sin duda, y habrá rodado hasta esconderse debajo de algún muelle. Es un botón de puños de camisa. Era de un pariente mío y tiene una cifra.

Carmen se apresuró á ponerse á disposición de su señora. Pero mientras estaba buscándolo se decía para sus adentros que como la marquesa no había recibido á nadie por la mañana, durante la noche debía habérsela noticiado la pérdida de la alhaja que tanto podía comprometerla. El asunto tomaba unas proporciones inesperadas.

VII

Carmen Lelievre, el día en que tuvo interés de hallar alguna mancha en la vida de la señora de Tourves, había procedido de una manera completamente arbitraria. No se había preguntado si la marquesa tenía un amante, sino que se

había dicho: debe tener uno, le tiene, no se trata ya más que de encontrarle.

Ese sistema le había salido demasiado bien para que le abandonase. En vez de vacilar con respecto á la procedencia de aquel botón, y de aceptar que pudiese ser una alhaja de familia, como decía su señora, se convenció de que pertenecía á algún visitador misterioso. No buscó nada que pudiese disuadirla de su idea, debilitar su creencia, ó adormecer sus sospechas. Como ciertos jóvenes que ejercen el cargo de Jueces interinamente se inclinan á creer culpables á todos los que son acusados de cualquier crimen, redactó un acta de acusación, y concluyó pidiendo un castigo ejemplar.

Unicamente que si las pruebas morales abundaban, las materiales faltaban por completo. Ante todo, ¿cómo entraba en el hotel? ¿Por la ventana? No podía aceptar

esa sospecha inverosímil. ¿Por la puerta? Era preciso entonces que el portero fuese cómplice de su señora. Nueva suposición tan increíble como la anterior. La señora de Tourves que, por exceso de prudencia, había buscado una criada casi idiota, no era tan inocente que se entregase á un individuo de una corporación que es tenida por todo el mundo por indiscreta, curiosa y habladora.

No. Indudablemente se habría opuesto á valerse de porteros, y habría inventado alguna estratagema, si no nueva, original y casi desconocida. Ciertas mujeres muestran verdadero refinamiento y coquetería en todas sus cosas.

Instruída en estas ideas, Carmen aprovechó la primera salida de la marquesa para estudiar con más cuidado que antes los menores detalles de sus habitaciones.

¿Por qué había colocado un cerrojo tan

grueso en la puerta de su alcoba, única pieza por donde se podía entrar en su tocador? Porque ese cerrojo recordaba la época de los demás muebles. Era del más puro estilo de Luis XIV, como la cama y las butacas. Después de reflexionarlo bien, no quiso conceder Carmen á la marquesa de Tourves tan exquisito gusto por la unidad en la decoración. Demasiadas cosas, pero poco armónicas, llenaban el hotel; demasiados estilos se veían en él, y en la misma alcoba donde parecía reinar como soberano Luis XIV, los adornos de la chimenea recordaban á su sucesor, mientras que los morillos que se veían en ella eran del tiempo de Enrique III. Aquel cerrojo debía estar allí colocado por su solidez y lo grueso que era. La cerrajería moderna, de pacotilla á veces, no ofrece muchas garantías y se recurre á los siglos anteriores en que sabían forjar el hierro.

¿Era natural, además, encerrarse como lo hacía la marquesa? Si su marido se ponía peor de repente, si la llamaba, ¿cómo podría llegarse hasta ella? Era preciso que tuviese motivos poderosos para separarse así de todos los que vivían en el hotel, y el temor á los ladrones no justificaba la costumbre que había tomado de ser carcelera de sí misma.

¿Cómo explicar tampoco, en una mujer de costumbres austeras, de vida arreglada, y en un ama de su casa como ella, que cuidaba de los más mínimos detalles del servicio, vigilante y entendida, la prohibición absoluta de entrar en su cuarto antes de las once de la mañana, esas costumbres perezosas, que apenas se permiten tener esas mujeres de mundo que pasan la noche entera en el baile?

Un reposo tan largo, ¿no debía ser perjudicial á la salud de la señora de Tour-

ves? En virtud, sin duda, del proverbio «Cuantomás se duerme más se quiere dormir», la marquesa estaba soñolienta gran parte del día. Las doce horas que pasaba en su retiro, lejos de satisfacerla, parecían predisponerla al sueño, y muchas veces le había ocurrido á Carmen, mientras leía algo, preguntarse si verdaderamente era oída ó si sería mejor dejarlo.

La señorita Lelievre se decía, en fin, que los largos celibatos, las existencias consagradas al deber, la austeridad de costumbres dan, á la larga, á las fisonomías una expresión particular: los ojos tienen menos brillo y se empañan, el color se pierde y se cubre de una especie de palidez mate, la voz adquiere entonaciones broncas, las líneas de la cara se hacen más rígidas, más acentuadas, el talle pierde su flexibilidad. La señora de Tourves, por el contrario, tiene la mirada dulce, su

voz tonos musicales, su andar gracioso. Con facilidad se la encontraba sumida en actitud pensativa, pero más bien parecía complacerse en el recuerdo de goces terrestres, que aspirando á volar al cielo.

A excepción de las observaciones hechas por Carmen y la existencia de aquel cerrojo, las pesquisas hechas por ésta no produjeron resultado. En el cuarto tocador, al contrario, todo cuanto en él veía la chocaba y la hacía reflexionar.

¿Para qué aquella espesa y blanda alfombra, cuando las demás piezas del hotel carecían de ella? ¿Para qué aquella persiana rellena de pelote, con objeto de amortiguar los ruidos que viniesen del exterior? ¿No hubiese sido más lógico ponerla en la alcoba donde dormía?

¿Para qué aquel lujo relativo, no usado en las piezas de recibir, y que se veía en aquel cuarto donde nadie entraba? En el

piso bajo creía uno encontrarse en el palacio de algún obispo; en el primer piso, ni aun en la alcoba, nada permitía adivinar la presencia de una mujer joven y elegante; un hombre grave no hubiese amueblado su habitación de otro modo. Aquí, por el contrario, todo respira alegría, todo sonríe, todo canta. Las colgaduras de seda tienen reflejos tornasolados. A pesar de la gasa que la envuelve, la araña de cristal de Venecia transporta el pensamiento á un país pintoresco donde luce un sol deslumbrador. Los cuadros, en vez de parecerse á los que hay en el salón, se animan, viven, y se hallan firmados por nombres ilustres, jóvenes aún. En fin, en un gran vaso de porcelana del Japón se abren todos los días y en todas estaciones flores rarísimas, de exquisitos perfumes.

El diván era lo que más llamaba la atención de la señorita Lelièvre: la pare-

cía demasiado almohadillado, demasiado blando, de tela demasiado rica para una mujer que no tenía empeño especial en que los demás asientos de su casa fuesen confortables. Levantó la funda y vió que, mediante un mecanismo ingenioso, bastaba tirar de un cordón para que toda la funda desapareciese á la vez. Un diestro tapicero había, por decirlo así, vestido aquel diván, como pudiera estarlo una actriz en cualquiera comedia de magia; basta un gesto, y la bruja, cubierta de harapos, deja caer los vestidos y se convierte en joven, y se la ve cubierta de seda y joyas de oro y pedrería.

A fuerza de buscar y rebuscar por un lado y por otro, descubrió Carmen indicios más graves aún: los candelabros que había sobre la chimenea, aunque estaban cubiertos como ya dijimos por una funda de muselina, estaban manchados de esper-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ma. Aquellas manchas habían pasado desapercibidas á la marquesa de Tourves, pero su inquisidor se apoderó de ellas para sacar nuevas deducciones: por la noche se quitaban á los candelabros y á la araña las cubiertas que tenían por el día, se ponían bujías en todos ellos, y había iluminación *á giorno*. Las persianas almadilladas no tenían otro objeto que impedir que los vecinos pudiesen aperebirse de aquel despilfarro de luz.

De modo que cuando todos descansaban en el hotel y se echaban los cerrojos, cuando todo el mundo creía que la marquesa dormía, era cuando daba principio á sus recepciones íntimas.

Tal era al menos la opinión de Carmen. Pero estaba demasiado predis puesta á la malevolencia, y sobre todo tenía mucho interés en juzgar desfavorablemente á la marquesa, para que esta opinión prevale-

ciese, sin pruebas incontestables que vienesen en su apoyo. Para descubrirlas se tomó dos días de término.

VIII

Enterada, como creía estarlo, de muchos puntos, no trataba ya Carmen más que de hallar el camino misterioso por donde se penetrase en el tocador de la marquesa.

Sin ocuparse ya de las persianas almadilladas, del diván, de la alfombra y de la araña, Carmen fijó su atención en las paredes del cuarto.

La forma circular del tocador la llamó la atención. Para obtener aquella especie de rotonda, habían tenido que sacrificarse los ángulos y disminuir mucho la magni-

ma. Aquellas manchas habían pasado desapercibidas á la marquesa de Tourves, pero su inquisidor se apoderó de ellas para sacar nuevas deducciones: por la noche se quitaban á los candelabros y á la araña las cubiertas que tenían por el día, se ponían bujías en todos ellos, y había iluminación *á giorno*. Las persianas almadilladas no tenían otro objeto que impedir que los vecinos pudiesen aperebirse de aquel despilfarro de luz.

De modo que cuando todos descansaban en el hotel y se echaban los cerrojos, cuando todo el mundo creía que la marquesa dormía, era cuando daba principio á sus recepciones íntimas.

Tal era al menos la opinión de Carmen. Pero estaba demasiado predis puesta á la malevolencia, y sobre todo tenía mucho interés en juzgar desfavorablemente á la marquesa, para que esta opinión prevale-

ciese, sin pruebas incontestables que vienesen en su apoyo. Para descubrirlas se tomó dos días de término.

VIII

Enterada, como creía estarlo, de muchos puntos, no trataba ya Carmen más que de hallar el camino misterioso por donde se penetrase en el tocador de la marquesa.

Sin ocuparse ya de las persianas almadilladas, del diván, de la alfombra y de la araña, Carmen fijó su atención en las paredes del cuarto.

La forma circular del tocador la llamó la atención. Para obtener aquella especie de rotonda, habían tenido que sacrificarse los ángulos y disminuir mucho la magni-

tud de esta pieza, que, de todos modos, no hubiera sido muy grande. Si la señora de Tourves no hubiese tenido más que un objeto, el procurarse armarios en el espesor del maderamen, se hubiese apresurado á utilizar los rincones, pues una mujer tiene siempre vestidos ó trapos que guardar. Sin embargo, no había más que una puerta; la que debía haber estado colocada frente á ella no existía. ¿Estaría oculta por las colgaduras? Carmen emprendió la tarea de dar con ella.

Por más que pasó sus manos por las colgaduras no halló ninguna cerradura, ningún botón, ninguna aspereza. Iba á desistir de sus investigaciones, cuando notó en la tela pliegues sin utilidad y sin razón de ser. Examinó con más cuidado y distinguió una hendidura divinamente disimulada. No era ya posible dudar: Carmen adivinó que en el maderamen había

una puerta secreta que debía abrirse exteriormente.

El día en que hizo este descubrimiento, se vió obligada Carmen á interrumpir bruscamente sus pesquisas; la marquesa hacía tiempo que había salido con su marido, podía entrar de un momento á otro y sorprenderla. Pero al día siguiente, á las tres de la tarde, así que se vió sola, la señorita Lelievre, que había pensado mucho en la situación, entró en el tocador, y en vez de perder tiempo en tratar de abrir la puerta misteriosa, esquivó la dificultad. Dijose que entre el maderamen, construído después, y las paredes del cuarto debía haber en todo el circuito, ó más bien en la circunferencia de la pieza, un espacio libre, ancho en los ángulos, muy estrecho hacia la mitad de las paredes, pero bastante grande para poder pasar por él. Examinó con prolija

atención las maderas y molduras de la ventana, levantó las telas que la cubrían, que, gracias á la falta de tablillas, se ostentaban al aire libre, y buscó el paso deseado. Existía, como lo había previsto, de tal manera oscuro, y tan impracticable casi, que no se había pensado en disimularle. Pero si era estrecho, Carmen, como se sabe de antiguo, tenía la inapreciable ventaja de ser muy delgada, á lo cual contribuían más las penas que su corazón sentía. Algunos días antes, la señora de Tourves se había permitido con ella esta broma: «La señorita de compañía que tengo es tan delgada que podría bañarse en un frasco de agua de Colonia». Estas palabras imprudentes, que supo Carmen había dicho, la habían exasperado más contra la marquesa, y venían á su mente y la daban seguridad de que, si tan fácil la era introducirse en un frasco de agua de

Colonia, debía, con más razón, pasar por aquel pasadizo, por muy estrecho que fuese. No tenía ninguna exuberancia que pudiese impedirselo, y no se vería obligada á aplastársela contra el muro, porque naturalmente lo estaba ya bastante.

Carmen consiguió, en efecto, dar media vuelta al tocador, partiendo de la ventana, y llegar á la puerta que había presumido debía existir. Con la luz de una cerilla halló donde estaba emplazada; puso la mano en un resorte, cuyo mecanismo estudió, y tuvo el placer de ver cómo cedía el maderamen y la dejaba libre el paso. Para entrar en el tocador no tenía ya necesidad de recorrer el camino anteriormente seguido; estaba en puerto de salvación.

Pero su empresa no había terminado. ¿Cómo se llegaba desde fuera hasta el re-

BIBLIOTECA ALFONSO DE BORBÓN Y BORBÓN
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE LEÓN

sorte de esa puerta oculta? Se volvió, y como el pasadizo estaba iluminado por la luz que penetraba por la puerta, vió enfrente de ella en la medianería de la casa inmediata otra puerta que, á imitación de la primera, se abría exteriormente.

Estaba enterada de todo.

Con la sonrisa en los labios y los ojos brillantes, volvió á dejar todas las cosas en el mismo estado en que las halló, abandonó el teatro de sus pesquisas, subió á su cuarto, abrió la ventana y empezó á examinar las cercanías.

Al cabo de una hora, un hombre, de unos treinta años, bajo de cuerpo, ancho de espaldas, muy moreno, con toda la barba, de color encendido, ojos animados, de maneras distinguidas y de elegante apostura, se apeó de un carruaje delante de la casa inmediata al hotel, señalada con el número 32.

Carmen le conoció por haberle visto muchas veces salir y entrar en aquella casa.

Dotada de buenas disposiciones intuitivas y puesta en el camino verdadero, no dudó un instante de que tenía delante de ella al vecino de la marquesa. Dudó mucho menos de ello, porque en vez de subir á su casa, el recién venido encendió un cigarro y se puso á pasear por la acera. Para Carmen esperaba evidentemente que la de Tourves, al venir del Bosque, pasase por delante de él. Bien pronto, en efecto, se vió venir por el *boulevard* la carretela de la señora de Tourves; hizo alto delante del número 32 y al mismo tiempo que un lacayo se dirigía á abrir la puerta, dió vuelta bruscamente y entró en el hotel.

Como todo parisién desocupado, que no deja pasar sin apereibirse un carruaje elegante, en el que se ve sentada una mujer

hermosa, el transeunte se detuvo un momento al llegar el coche por delante de él. Pero conservó la mayor impassibilidad, no se quitó el sombrero ni se permitió ningún movimiento, ningún gesto; nadie hubiese podido figurarse que conocía á la marquesa. Tan sólo Carmen sorprendió una mirada cambiada entre aquellas dos personas, en apariencia tan indiferentes una á otra, y esa mirada la bastó.

IX

Al día siguiente, y mediante informes recogidos por ella con suma discreción, y gracias, sobre todo, á su perspicacia, la señorita Lelievre se trazó el pasado de la señora de Tourves, desde hacía diez años. El vecino en cuestión era el conde de

Sanneteyre. ¿Dónde le había conocido? En algún establecimiento de baños, sin duda, el primero ó el segundo año de la enfermedad de su marido.

¿Por qué le había amado? Poco importaba. Lo único que sería curioso saber cómo pudo conciliar su amor y su reputación. Moralmente, sabemos con qué habilidad consiguió engañar al mundo. Materialmente, se arregló de este modo:

Ella había llevado al matrimonio, como dote, dos casas medianeras y cuyos pisos principales de ambas comunicaban entre sí. La primera de estas casas era la ocupada ahora por el conde de Sanneteyre; la segunda, que estaba fuera de la alineación acordada para aquella calle, había sido demolida, y sobre el terreno, apoyándose en el muro existente, había hecho construir la marquesa un nuevo hotel. Cuando la construcción llegaba al primer piso, el ar-

hermosa, el transeunte se detuvo un momento al llegar el coche por delante de él. Pero conservó la mayor impassibilidad, no se quitó el sombrero ni se permitió ningún movimiento, ningún gesto; nadie hubiese podido figurarse que conocía á la marquesa. Tan sólo Carmen sorprendió una mirada cambiada entre aquellas dos personas, en apariencia tan indiferentes una á otra, y esa mirada la bastó.

IX

Al día siguiente, y mediante informes recogidos por ella con suma discreción, y gracias, sobre todo, á su perspicacia, la señorita Lelievre se trazó el pasado de la señora de Tourves, desde hacía diez años. El vecino en cuestión era el conde de

Sanneteyre. ¿Dónde le había conocido? En algún establecimiento de baños, sin duda, el primero ó el segundo año de la enfermedad de su marido.

¿Por qué le había amado? Poco importaba. Lo único que sería curioso saber cómo pudo conciliar su amor y su reputación. Moralmente, sabemos con qué habilidad consiguió engañar al mundo. Materialmente, se arregló de este modo:

Ella había llevado al matrimonio, como dote, dos casas medianeras y cuyos pisos principales de ambas comunicaban entre sí. La primera de estas casas era la ocupada ahora por el conde de Sanneteyre; la segunda, que estaba fuera de la alineación acordada para aquella calle, había sido demolida, y sobre el terreno, apoyándose en el muro existente, había hecho construir la marquesa un nuevo hotel. Cuando la construcción llegaba al primer piso, el ar-

quitecto, en vez de encontrarse con un muro macizo, vió que había en él una puerta y quiso tapiarla con cascotes.

—No hagáis tal cosa—dijo la marquesa;—si más adelante tuviésemos necesidad de ensancharnos, no habría más que abrir esa puerta.

Dejóse tal como estaba.

Construido el hotel, el conde de Sanneteyre, sin ver siquiera á la marquesa de Tourves, para regatear el precio de ella, compró la casa medianera al hotel por mediación de su notario. Ni el conde, ni la marquesa quisieron aparentar que se conocían ni poco ni mucho: pocos hay que sean tan prudentes. Firmada la escritura de compra-venta, para salvar las apariencias y adelantarse á toda sospecha, se hizo ostensiblemente, á ciencia y presencia de todo el mundo, tapiar la famosa puerta con buenos ladrillos huecos, que el con-

de, en una noche, y antes de que se secase mucho el mortero que los unía, fué quitando uno á uno, y de los cuales, también poco á poco se fué desembarazando. Por su parte, la marquesa llamó al maestro de obras de su casa, y con el pretexto de aislarse más aún de una casa que no la pertenecía ya, había hecho rodear de gruesa madera su tocador, muy próximo, decía, á la casa contigua.

Gracias á estas precauciones y á esta astucia, nadie pudo enterarse de las relaciones que existían entre el conde y su vecina.

Antes de sospechar sus relaciones era preciso saber que se conocían. ¿Cómo podía saberse eso? Nunca, jamás había puesto el conde los pies en el hotel de la señora de Tourves; jamás se le había visto hablarla en ninguna reunión de la alta sociedad, ni saludarla en la calle; jamás

se le había oído pronunciar el nombre de la marquesa.

En apariencia, completamente extraño uno á otro, vivían, sin embargo, en una intimidad absoluta. Eran las relaciones más cómodas, las más fáciles, las mejor arregladas, las menos comprometidas que imaginarse pudieran. En sociedad, en el Círculo, Sanneteyre tenía reputación de hombre de costumbres ejemplares; siempre volvía á su casa antes de la una de la madrugada, y sus más íntimos amigos no habían visto en su casa á ninguna mujer. En cuanto á la de Tourves, pasaba por una santa á los ojos de su marido, de sus amigos y de cuantos la conocían.

Carmen, tan solo, era quien sabía ahora su secreto, y todo hacía presumir que le divulgaría con escándalo.

Mientras aguardaba ocasión oportuna para hacerlo, se regocijaba de encontrarse,

por esta vez, en pleno siglo XVIII. Se acordaba de que en Trouville creyó hallarse en aquella época que tanto le gustaba á ella y vió que sólo existía en su imaginación. Hoy se le presentaba clara, animada, viviente. La señorita Lelievre veía los amores de Richelien con la bella señora de la Popelinière, amores tan bien descritos en las *Nuevas Memorias del mariscal duque de Richelieu* por Lescure, uno de los escritores franceses más eruditos y más notables.

El conde de Sanneteyre y la marquesa de Tourves vivían también en el siglo anterior, del mismo modo que el duque y su querida. No se trataba, con respecto á estos últimos, de conservar en el mundo una reputación inmaculada. En el reinado de Luis XV se hacía, con desenfado, almoneda de la virtud para que se rindiese culto á la hipocresía. Pero tenían que te-

mer á un marido celoso, lleno de sospechas, irascible. Por eso los dos amantes idearon la famosa chimenea, que pasó al dominio de la historia, y de que el rey, la Pompadour, las aldeas, las provincias y hasta el reino entero se ocuparon por espacio de un mes y se rieron con tan buena gana al finalizar el año de 1748.

He aquí la aventura. El duque de Richelieu dicta, y Lescure escribe lo que él dice, aunque más bien lo redacta de nuevo, lo cual permite suponer que por ser el duque poco literato fué admitido en la Academia:

«Uno de mis confidentes, muy hábil y muy seguro, y por eso le pagaba bien, llamado Dunoyer, había alquilado, en su nombre, mediante el pago de dos mil cuatrocientas libras, la casa inmediata al hotel de la señora de la Popelinière.

»Era una casa agradable, tranquila,

bien guardada, que alquilaban, en detalle, á pequeños rentistas ó á entendidos empleados en Correos.

»La habitación inmediata á la casa de la Popelinière, separada de ella por una gruesa pared medianera, estaba ocupada por un honrado matrimonio, modelo ideal de virtudes caseras, dos viejos que se querían como Filemon y Baucis, y que seguramente no hubiesen jamás abierto su puerta para que en su casa se cometiese una traición con nadie.

»Una noche, durante una partida de campo, á la cual no pudo asistir la de la Popelinière, dos hábiles obreros, cerrajero el uno, albañil el otro, embaucados por mi ayuda de cámara italiano Stefano, con la finura de su país y de su raza, engolosinados también con el cebo de un salario de cincuenta lises que podían ganar en una noche, fueron introducidos misterio-

samente por mi hombre, con los ojos vendados, en la casa alquilada por Dunoyer, el portero de la cual, que se llamaba Gerard, estaba á mi disposición.

• El coche que les llevó allí se estacionó bajo la arcada de Colbert, y pusieron al momento manos á la obra, para marcharse después que su obra quedase terminada, y se les pagase en el mismo vehículo que les había traído, lo cual me garantizaba una discreción completa, por la ignorancia de personas y lugares de los ejecutores de aquel trabajo.

• Y he aquí la obra maestra que resultó de aquella colaboración.

• Abrióse en la pared medianera un boquete de la misma magnitud que la chimenea del gabinete de estudio de la señora de la Popelinière, donde tenía su clavicordio y los muebles que más la gustaban, y con mucha frecuencia se retiraba á aquel

estudio artístico objeto de su predilección.

• Despegóse con mucho cuidado la plancha de la chimenea, y se fijó al marco de hierro que la sujetaba por medio de pernios maravillosamente disimulados, que permitían girar sobre sí misma y dar paso libre al visitante furtivo por quien se había hecho toda aquella maniobra.

• Por esta abertura se penetraba en el *buen retiro* de la señora después de atravesar una puerta formada por un tablero de madera que cubría la placa por completo.

• Este tablero se hallaba disimulado á su vez, en la habitación contigua á la de la señora dicha, y del cual yo sólo tenía la llave, por un armario de luna que hubiese ocultado á los ojos más expertos el paso aquel, sobre todo por el lado más expuesto á sospechas y pesquisas, y del cual nadie podía figurarse que existía.

»Era preciso ser invisible testigo de él para creer en ese cómodo medio de entrar, pasando por un armario, y atravesando una pared, en una habitación en la que los celos del señor de la Popelinière habían hecho poner espías en todas las puertas y ventanas, pero á quien jamás se le hubiese ocurrido acusar á la chimenea de cómplice de su esposa.

»No había, pues, y con razón, nada que temer por tan extraordinario cúmulo de obstáculos ordinarios. Y adormecido por el éxito, en la misma confianza que el marido, no pensábamos más que en gozar tranquilamente de una invención que parecía nos aseguraba la impunidad. Habíamos también tomado toda clase de precauciones para que no nos sorprendiese cualquier contratiempo. Todo lo habíamos tenido en cuenta, menos lo imprevisto.»

Lo imprevisto fué una traición de la criada de la señora de la Popelinière, á quien el intendente de Richelieu se había negado á concederla una pensión mensual que el duque la había prometido. Lo reveló todo al marido, que, escoltado por un comisario para recibir declaraciones, y de obreros para registrar las paredes del célebre Vaucanson, encargado de descubrir el mecanismo de la trampa, penetraron en aquel famoso cuarto, en el que la de la Popelinière, á pesar de sus súplicas y las de sus amigos, no volvió á entrar, renunciando de este modo á sus aventuras amorosas con el duque.

Esa aventura del siglo XVIII acababa de reproducirse exactamente, con corta diferencia, en el XIX. Era menos complicada, más práctica, más realista, eso era todo: las puertas habían reemplazado á la chimenea, los obreros aquí habían sido

sustituídos por las hábiles combinaciones de allí.

Los medios de descubrirlo diferían poco uno de otro; en uno lo descubrió una criada; ahora, una señorita de compañía.

Pero, ¿cómo podría hacerse del dominio público, produciendo escándalo, esta aventura? Carmen, para parecerse todo lo posible á la confidenta del siglo pasado, ¿iba á iniciar en el secreto al marqués?

Era fácil vender al marido el secreto de la mujer, como hizo la criada en la aventura antes referida; ¿pero qué ventaja sacaría de ello? Su antepasada no vaciló, porque había provecho para ella; pero la señorita Lelievre, por el contrario, hacía poco caso del dinero, trabajaba por vengarse.

Además, ¿qué podría decir, qué podría hacer aquel moribundo que se llamaba aún el marqués de Tourves? Si Carmen

quería concluir con él, no tenía más que revelárselo todo. Pero no quería de ninguna manera su muerte, que hubiera colmado los deseos de la marquesa y legitimado sus culpables amores.

¿Y si se impresionaba el señor de Tourves si le hacía esas confidencias de tal manera que fuesen ellas la causa de su muerte?

—¡Ah!—hubiese dicho tal vez,—¿mi mujer me engaña? Es un gran desengaño, me affige profundamente; pero ¿por qué diablos me he borrado yo del número de los vivos desde hace diez años? Eramos jóvenes y nos queríamos, y de repente yo no soy nada y ella se queda siendo lo que era. ¿Qué podía exigir? Que respetase mi nombre; y no sólo se ha contentado con respetarle, sino que le ha santificado. Si la historia de su tocador no se divulga, de seguro que á nosotros

nos hubiese sido reservado un sitio en el Santoral.

«¡Qué, cuando podía ser objeto de compasión y de burla, paso por ser el más mimado de los maridos! Dícese: el marqués ha dejado tal recuerdo en el corazón de su mujer, que diez años de abstinencia, de enfermedad, no han hecho que le olvide. Me admiran y me respetan retrospectivamente... ¿Iría yo á publicar las interioridades de mi casa, á hacer saber á la sociedad que si mi querida esposa no me olvida, no se olvida tampoco de ella, que si me consagra el día, se reserva para sí las noches? ¡La echaré abajo de su pedestal y yo caeré del mío al propio tiempo! ¡Sería ridículo, insensato, hasta injusto; y los más rígidos en materias de honor conyugal me acusarían de ser ingrato con mi mujer!...»

Admitiendo que el marqués no hubiese tenido este lenguaje de filósofo, que hu-

biese pensado solamente en la perfidia de su mujer y se hubiese negado á admitir circunstancias atenuantes, ¿qué clase de escándalo sería el mejor? ¿Su primer deber era pedir explicaciones al conde de San-teteyre? No cabía duda. Pero en el estado en que él se encontraba, ¿no sería irrisoria esa petición por parte suya?

Era evidente que ante aquel enfermo, cuyo espíritu debilitado por sus sufrimientos conservaba aún alguna lucidez, se callaría por cálculo y hasta por compasión.

Todos estos razonamientos llevaban á Carmen á decirse que no podía hierirla con ese sistema. Para perder á la marquesa no debía ocuparse de su marido. Si le avisaba, podía servir de obstáculo á Carmen, estorbarla, no dejarla vengarse de ella. Los amigos de la marquesa, sus conocimientos, la sociedad, París entero, eran á los que debería hacer conocer di-

rectamente la conducta por ella seguida. Su reputación, tan asegurada, debía desaparecer de golpe; aquella gran virtud hundirse en un solo día y de una manera tan completa, que no quedase nada, absolutamente nada de ella.

Carmen se dió de término una hora para plantear su plan de campaña. Transcurrida la cual, empezó la acción. No era ya á la señora Vitel á quien iba á vengar; no era tampoco ella quien se vengaba; era *el Botador*, como la marquesa le había puesto por mote.

X

Si la señora de Tourves no llevaba jamás alhajas, como ya hemos dicho, no se olvidaba de ellas, y muchas veces se en-

tretenía en abrir sus cofrecitos y en ver brillar la pedrería en ellos contenida. Carmen se extrañaba de verla tomarse tanto cuidado con aquellas alhajas destinadas á permanecer retiradas é inactivas. Ahora ya no se asombraba de nada: los collares, los brazaletes y las sortijas debían servirle en las fiestas íntimas que la marquesa daba en su tocador. Del mismo modo que la gustaba quitar las fundas del diván y encender las bujías de las arañas y los candelabros, la gustaba también ataviarse para recrear la vista de su favorito. Imitando á muchas mujeres, que se adornan para un solo hombre, y no van á reuniones sino con el afán de encontrarle, la marquesa organizaba bailes, donde no era admitido más que un solo hombre: el elegido por ella.

Después de haber pasado revista de inspección á sus aderezos, al día siguiente

CARITA ALFONSO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

rectamente la conducta por ella seguida. Su reputación, tan asegurada, debía desaparecer de golpe; aquella gran virtud hundirse en un solo día y de una manera tan completa, que no quedase nada, absolutamente nada de ella.

Carmen se dió de término una hora para plantear su plan de campaña. Transecurrida la cual, empezó la acción. No era ya á la señora Vitel á quien iba á vengar; no era tampoco ella quien se vengaba; era *el Botador*, como la marquesa le había puesto por mote.

X

Si la señora de Tourves no llevaba jamás alhajas, como ya hemos dicho, no se olvidaba de ellas, y muchas veces se en-

tretenía en abrir sus cofrecitos y en ver brillar la pedrería en ellos contenida. Carmen se extrañaba de verla tomarse tanto cuidado con aquellas alhajas destinadas á permanecer retiradas é inactivas. Ahora ya no se asombraba de nada: los collares, los brazaletes y las sortijas debían servirle en las fiestas íntimas que la marquesa daba en su tocador. Del mismo modo que la gustaba quitar las fundas del diván y encender las bujías de las arañas y los candelabros, la gustaba también ataviarse para recrear la vista de su favorito. Imitando á muchas mujeres, que se adornan para un solo hombre, y no van á reuniones sino con el afán de encontrarle, la marquesa organizaba bailes, donde no era admitido más que un solo hombre: el elegido por ella.

Después de haber pasado revista de inspección á sus aderezos, al día siguiente

CARITA ALFONSO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

de servirse de ellos, la marquesa de Tourves los colocaba en el cofre de ébano con incrustaciones de marfil que tenía en su alcoba, y muchas veces dejaba la llave puesta en la cerradura de aquel mueble, en el que guardaba otros objetos de valor.

Carmen esperó por espacio de una semana á que su señora dejase puesta la llave. Un día, por fin, quedó abierto el cofre. Al momento, Carmen, sin vacilar, y deseando llevar á debido efecto el plan que se había trazado, cogió uno de los estuches y sacó de él un magnífico collar de perlas, le guardó en una caja de cartón, donde guardaba el gemelo de camisa que encontró en el tocador, puso el estuche vacío en su sitio y ocultó bien la caja depositaria de las alhajas en el sitio más oscuro del hueco que quedaba entre los muros del tocador y el maderamen que le hacía aparecer circular.

La marquesa no tardó mucho en dar una fiesta en obsequio de Sanneteyre. Quiso ponerse el collar de perlas, abrió el estuche y se encontró con que estaba vacío.

Sería la una de la madrugada cuando hizo ese deseubrimiento, y se vió obligada á callarse; pero al día siguiente se levantó á las nueve, contra su costumbre, tiró con fuerza de la campanilla, hizo aparecer á la servidumbre y les dijo que la habían robado.

Al momento todo el hotel se puso en conmoción. Avisaron á Carmen, que bajó despavorida. Mirábanse unos á otros con desconfianza. La criada de la marquesa echaba la culpa al cocinero, á quien odiaba; éste decía que habría sido el cochero, que era enemigo suyo. Nadie decía nada concreto, pero todos hablaban. La señorita Lelievre, á pesar del puesto de con-

fianza que ocupaba en la casa, era mirada de reojo por el ayuda de cámara del marqués, y le oyó decir estas palabras: «Ha sido la última que ha venido, no ha sido probada, y nosotros somos criados antiguos.»

La señora de Tourves hubiese podido librarse de los peligros que la amenazaban, si se la hubiese ocurrido en aquel momento tomar la defensa de Carmen y declarar en alta voz que respondía de ella. Pudiera haber sucedido que Carmen, olvidando sus penas, hubiese titubeado en hacer traición á la que la ponía bajo su protección.

Desgraciadamente, la marquesa no estuvo inspirada al no establecer una línea de separación entre los criados y la señorita de compañía, y mezclar en cierto modo á ésta en la especie de acusación general que pesaba sobre todos.

Al momento, Carmen sacó partido de la situación: hizo causa común con la servidumbre, y pidió y hasta lo exigió, que se diese parte al comisario de policía. Aquella petición fué acogida con interés por los criados del hotel, deseando todos y cada uno demostrar su inocencia. La marquesa dudó un momento. La pareció peligroso sin duda para ella y para Sanne-
teyre que entrase la policía en su casa. Pero, por otra parte, el collar de perlas era de un valor inmenso; además, el comisario no podía hacer otra cosa que preguntar á los criados y registrar sus cuartos. No era admisible que se le ocurriese la idea de dedicarse á hacer pesquisa ninguna en sus habitaciones, ni sospechar que ella fuese ladrona de sí misma.

Con autorización de la marquesa se dió parte al comisario de policía del barrio. Este paso es el que esperaba Carmen.

XI

El comisario de policía, acompañado de su secretario, se apresuró á presentarse en el hotel de los señores de Tourves.

Unos cuantos minutos de conversación con la señora, le pusieron al corriente de la situación: el robo no se había hecho con fractura: la llave debió haber quedado puesta en la cerradura, y una persona de la casa era la única que podía haberse apereibido de ese olvido y aprovecharse de él.

Dos días antes, la marquesa había abierto el estuche y vió en él el collar de perlas; no hacía más de cuarenta y ocho horas que había desaparecido aquella al-

haja. En ese corto tiempo no entró ninguna visita en sus habitaciones, y nadie, al parecer, penetró en el hotel. Siete criados entre hombres y mujeres había en él; cuatro de ellos, antes de entrar al servicio de los marqueses, estuvieron al de otros individuos de su familia; los otros tres estaban en la casa dos años el que menos, y nunca habían dado motivos para que se pudiese sospechar de su fidelidad. La señorita de compañía era la única que dejaba algo que desear con respecto á su antigüedad en la casa; pero hubiese sido cruel sospechar de aquella joven, divinamente educada, de honrada familia y que había sido calurosamente recomendada por un hombre de los más formales.

Después de haber adquirido estos primeros informes y tomado notas, el comisario de policía llamó uno por uno á los criados, y les interpeló: apropósito usamos

esta palabra interpelar: á un detenido, á un presunto reo de alguna falta se le puede dirigir un interrogatorio, pero á una persona de quien no se tienen sospechas y de quien se desea obtener algunos informes, no se puede hacer más que interpelarla, rogarla que diga cuanto sepa y quiera.

No produjo resultado: nadie sabía nada; ninguno había notado nada, y todos protestaban de su inocencia.

Interpelada Carmen á su vez, y con toda la cortesía posible, fingió asustarse de las preguntas que la hacían, se incomodó mucho, y para terminar, pidió que subiesen á registrar su cuarto, y que abriesen una información para poder probar que, no sólo no había salido del hotel desde hacía dos días, sino que tampoco había tenido ninguna visita personal.

Esta última declaración no produjo gran

efecto en el comisario. Hizo, con mucha política, á Carmen la observación de que, sin salir de una casa, y hasta sin recibir en ella á ningún extraño, se podía perfectamente, de noche, echar una alhaja á un cómplice, desde una ventana, que acechase el momento oportuno de llevarse el cuerpo del delito.

Con respecto á la proposición de una visita domiciliaria, se apresuró á aceptarla, para conseguir que los demás domésticos, anteriormente interpelados, pidiesen lo mismo que ella. Es esa una finura que emplea mucho la policía: como la ley no da el derecho de introducirse, para hacer pesquisas, en el domicilio de un individuo contra el cual no hay auto del juez que les autorice á hacerlo, y esquivada la dificultad, consiguiendo que ellos mismos propongan esa visita que muchas veces produce gran resultado.

Esa utilidad acaso parezca muy discutible al lector: no sin razón se dice que el ladrón no debe tener prisa en abrir su cuarto, sus baúles, ni los cajones de sus mesas. Pero es un error: si no hiciese ese ofrecimiento, despertaría sospechas, y eso originaría su detención preventiva y la visita legal de su domicilio. Tiene la esperanza de haber ocultado tan bien los objetos sustraídos, que no serían descubiertos. También creen que no se aceptaría su proposición, sólo porque la hacen ellos.

La policía, por el contrario, las acepta y hace bien. No queremos referir, para probarlo, más que el siguiente hecho que ocurrió el año pasado:

Una señora muy conocida fué en busca del comisario de su barrio para darle parte de varios robos de que era víctima, desde hacía algún tiempo.

—Señora— dijo el magistrado después

de oírla con atención,—una persona que esté á vuestro servicio es la única que puede haberlos hecho.

—Es imposible. No tengo más que una criada y respondo de ella.

—Entonces mandadla aquí: nos podrá dar informes y detalles que se nos han podido escapar á nosotros.

Llegó la criada, segura de su buena reputación y la confianza con que su señora la honraba. Como el comisario indicó alguna ligera duda acerca de su moralidad, para alejar toda sospecha, para afirmar su completa buena fe, no temió decir: «soy una mujer honrada, no he hecho daño á nadie, podéis venir á mi casa si queréis.»

Apenas había dicho esas palabras, cuando el comisario se aprovechó de la ocasión, hizo la visita pedida, revolió su cuarto de arriba á abajo, le registro todo,

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

y no sólo descubrió lo que se buscaba, sino otros objetos de valor que habían desaparecido de otras casas.

Esta criada tan segura de sí misma, tan convencida de que teniendo audacia no había nada que temer, fué condenada á cinco años de reclusión.

En el cuarto de Carmen ni en los de los otros criados del hotel no se encontró nada; no podía encontrarse.

El comisario de policía tuvo que marcharse de allí sin haber obtenido ningún resultado.

El asunto, sin embargo, era muy importante para que no se le siguiese la pista y para contentarse con enviar al juzgado un legajo de papeles con esta nota: acusación de robo; autor desconocido. No se hablaba en todas partes más que de ese crimen: en las antecámaras, en los salones, empezando por los de la se-

ñora de Tourves, y á pesar de sus esfuerzos, porque sentía ya no haber sabido dejarse robar sin protesta por su parte.

Al mismo tiempo, los periódicos no dejaban de hablar del asunto, simplificando el suceso, desnaturalizándole le hacían tomar proporciones colosales. Todos los días publicaban un nuevo artículo. A propósito de la marquesa y de sus perlas, se hablaba de la señora de la Molthe, del cardenal du Rohan y del collar de la reina. Los más discretos no se ocupaban más que del siglo XIX, y referían el robo de que fueron víctimas la señorita Mars, y más tarde el duque de Brunswick.

Hasta hubo un revistero que llegó á presentarse en el hotel para enterarse de boca de la marquesa de Tourves del suceso, como si estuviese provisto de algún mandamiento judicial ó de algún exhorto. Examinó el lugar del crimen sin que hu-

biese forma de verse libre de él; hizo que le enseñasen el estuche vacío, y al volver de allí á las oficinas del periódico dijo en un artículo furibundo, que si se le hubiese á él encargado ese asunto, ya estaría el autor del robo en la cárcel.

Este artículo, al que siguieron otros en el mismo sentido, disgustó al comisario, y como no podía tomar parte en la polémica, pidió con firmeza al revistero que se callara. Éste obedeció; pero ayudado por los demás compañeros, la emprendió contra el que se atrevía á imponerle silencio.

Todas las mañanas en la primera página de cinco ó seis periódicos, se leía esta frase, que parecía estereotipada: «Las alhajas robadas á la marquesa de Tourves no han sido encontradas aún; pero mañana, con seguridad, ya lo habrán sido. El comisario del barrio, señor X... está ha-

ciendo, desde hace tiempo, activas pesquisas.»

Los comisarios tienen su amor propio como los demás mortales, y ese de quien hablamos estaba exasperado y hubiese dado lo indecible por poderles obligar á que desapareciese aquel suelto. Sin embargo, á pesar de sus esfuerzos, de sus informes y de la especie de vigilancia oculta á que había sometido á todos los criados del hotel, no pudo descubrir nada. Entonces, Carmen, que había esperado paciente-mente á que las cosas llegasen al punto que ella quería, apareció en escena para precipitar el desenlace... que había sido concebido, preparado y puesto en sazón por ella.

XII

Diez días después de su primera visita á casa de la señora de Tourves, el comisario de policía, á quien había llamado dicha señora, recibió la siguiente carta:

«Señor:

»No sólo habéis reconocido la inocencia de los criados de los señores de Tourves, sino que habéis podido comprobar que ninguna persona extraña había entrado en el hotel á la hora en que pudo cometerse el robo. Sin embargo, el robo se ha hecho, eso es evidente, y tenéis gran interés en descubrir al autor. Sea, pues, permitido á una persona absolutamente desinteresada, pero deseosa de ayudar á la justicia, que emita su parecer.

»¿No podría entrarse al domicilio de la marquesa de algún modo distinto de las entradas ordinarias? ¿No podría haber algún camino que ella misma ignorase, que diese acceso á sus habitaciones particulares? Quien os escribe recuerda que antiguamente las casas que tienen los números 30 y 32 tenían comunicación entre sí. La del 32 fué demolida y ha sido reemplazada por el hotel de Tourves. Pero ¿ha sido bien tapiada la comunicación? ¿Hay algún muro que reemplace á la puerta que antes había?

»Creo que al hacerse el nuevo edificio que ocupan los marqueses, se dejó la puerta de comunicación, con objeto de unir con facilidad las habitaciones del primer piso con las de la casa contigua, si alguna vez á los dueños les hiciese falta.

»Esta puerta debe haber quedado oculta después con las maderas que cubren

las paredes del tocador de la marquesa, y ha sido olvidada de todo el mundo. Sin embargo, cualquier individuo que viviese en el número 30 puede haberlo recordado, aprovecharse de ello para penetrar en el hotel y entregarse al saqueo. Entrego esta idea á vuestra reflexión por si os sirve de algo.»

Por firma se leía:

«Un inquilino antiguo del núm. 32.»

La policía puede no hacer caso de cartas anónimas; pero no tiene el derecho de hacerlo así cuando se trata de la seguridad pública. La mayor parte de las denuncias dirigidas á la prefectura no están firmadas, y muchas veces una detención inesperada, se debe á cualquier amigo falso, cuyo apellido no se sabe nunca.

Los comisarios, sin embargo, obran con discreción: si la carta anónima les ha

sido enviada directamente por algún tribunal, la consideran como oficial, y aprovechan sin tardanza, para no dar el golpe en vano, los informes que contiene. Si, por el contrario, les es dirigida personalmente una carta sin firma, dan orden de hacer alguna pesquisa, y se ponen en campaña cuando por noticias que han adquirido, creen que contiene algo utilizable.

Al recibir las líneas copiadas más arriba, y á pesar del interés particular que tenía en el asunto, el comisario de policía no se creyó en el caso de salir de su reserva habitual. Se encargó él mismo de adquirir los informes necesarios y se dedicó á ello sin tardanza. La carta había sido echada al correo á hora conveniente para que llegase á sus manos en la primera repartición; al medio día sabía que los números 30 y 32 habían sido antes de un mismo dueño, como le decían, y que

podría haber entre éstos alguna comunicación.

A las dos, seguido de su secretario, se dirigió al número 30. Carmen, en acecho desde por la mañana, se felicitó de la prisa que se daban por causa de su carta y de la hora escogida para dedicarse á hacer las pesquisas indicadas. En efecto, había visto salir al conde de Sanneteyre, y la marquesa estaba de paseo con su marido en el Bosque, y no volvería á su casa hasta las cinco. Por un lado, el comisario tenía tiempo suficiente para hacer descubrimientos importantes, y, por otro, Carmen haría que la aventura se divulgase mucho.

Empezó por llamar á una criada, y después de haberle transmitido las órdenes que la marquesa la había dado al marcharse, añadió:

—¿Qué ocurre en la casa inmediata?

Se oye ruido de voces; parece que riñen. Me ha parecido también que ha pasado ahora mismo por delante del hotel el comisario de policía que vino aquí á interrogarnos. ¿Estará el ladrón en el número 30?

Como esperaba, antes de diez minutos de haber dicho estas palabras, repetidas inmediatamente de boca en boca, los criados, alerta siempre desde la desaparición del collar de perlas, dejaron sus ocupaciones y se dividieron en dos secciones; los unos fueron en busca de noticias al número 30, los otros se introdujeron en las habitaciones particulares de su señora, para tratar de oír el ruido de que hablaba la señorita Carmen.

Trabajo inútil; no se oía nada, absolutamente nada, pero no tardarían mucho en ver.

El comisario de policía llamó á la puer-

ta del conde de Sanneteyre; salió á abrir un criado. Era uno de esos antiguos sirvientes, cuya raza desaparece por momentos, que han nacido en la casa, que han conocido á sus amos siendo niños, que no se habían separado nunca de él, y que á él estaban entregados en cuerpo y alma, poseen sus secretos y no les hacen traición por nada del mundo.

—¿Está visible el señor conde?— preguntó el comisario de policía.

—No señor, ha salido.

—¿Vendrá pronto?

—No creo que venga hasta por la noche; pasará el día en el campo.

—Lo siento, porque no puedo esperar su vuelta y me veo obligado á proceder inmediatamente.

—¿Qué quiere decir el señor?— preguntó el doméstico con inquietud.

—Deseo que me conduzcáis á la pieza

medianera con el hotel de la marquesa de Tourves. Id delante y enseñadme el camino.

—No puedo introducir á ninguna persona extraña en casa de mi amo. No os conozco.

—Soy el comisario de policía; obedecedme.

En vez de hacerlo, empezó á temblar. Estaba al corriente, sin duda, de las relaciones del conde; adivinaba el peligro de que el conde y la marquesa se veían amenazados si la policía hacía algún registro en aquellas habitaciones y descubría la puerta de comunicación.

El comisario, preocupado tan sólo de encontrar al ladrón, por hallarse bajo la impresión de la hábil carta que había recibido, no sospechaba que hubiese nada entre el conde y la de Tourves; pero no pudo por menos que concebir sospechas

contra aquel doméstico rebelde á sus órdenes.

Quiso apartarle á un lado y pasar.

El criado hizo resistencia.

Entonces el comisario le enseñó sus insignias y le mandó que dejase el paso libre. El antiguo criado perdió la cabeza, olvidó el peligro á que su resistencia podía exponerle, y decidido á no dejar penetrar á nadie en el domicilio de su señor, se puso á la defensiva.

El comisario no quiso empeñar una lucha corporal; dijo una palabra al oído del secretario, que bajó los escalones de cuatro en cuatro.

Había recibido orden de que hiciese venir á los agentes, cosa tanto más fácil, cuanto que muchos habíanse ya colocado delante del número 30 atraídos por el grupo compacto de gentes que se había formado á la puerta de dicha casa.

Los agentes entraron al momento en la casa y fueron causa de que la atención pública aumentase.

Al mismo tiempo, algunas personas conocidas de la señora de Tourves, que pasaban por la calle, á pie ó en carruaje, vieron aquella muchedumbre parada delante de su hotel, se detuvieron y preguntaron noticias. Unas esperaban fuera para tener noticias exactas y prontas, otras entraron en casa de la marquesa á ofrecerla sus servicios. Como no estaba en su casa, Carmen las recibía y las hacía entrar al tocador de su señora.

De este modo les proporcionaba los mejores sitios en caso de que se alzase el telón y asistiesen á la representación de una escena altamente dramática.

Durante ese tiempo, los agentes llamados por el comisario habían imposibilitado al criado de Sanneteyre de hacer resis-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD ALFONSO X

tencia, y viendo delante de sí el camino libre, el comisario entró en la habitación que deseaba examinar.

XIII

El comisario de policía, después de atravesar varias habitaciones, se encontró bien pronto en un cuarto cuyo aspecto debiera haberle hecho reflexionar, si preocupándose menos del robo cuyo autor no podía encontrar, hubiese estudiado atentamente ciertos detalles del mueblaje. En cualquier otra situación hubiese dicho para su fuero interno que el cuarto del conde de Sanneteyre era demasiado elegante para un hombre; que debía servir de asilo á alguna linda pecadora que ocultase allí sus misteriosos amores.

Entonces se hubiesen disipado las tinieblas de su mente, se hubiese hecho la luz; hubiese vacilado en hacer que una profana mano tocase aquellas paredes, confidentes de dulces secretos y en ocuparse de un robo en aquel templo dedicado á Venus.

He aquí, según Carmen Lelievre, la descripción exacta de la pieza que en el cuarto que ocupaba el conde Sanneteyre estaba contigua al tocador de la marquesa de Tourves y estaba separada de él tan sólo por un estrecho corredor ó pasadizo y dos puertas, una abierta en el cuarto del conde, y la otra oculta en el maderamen que recubría las paredes del tocador de la marquesa.

Los muros y el techo de la pieza de que hablamos estaban cubiertos de raso de color rosa de China, con botones de raso negro. La cama, que no pertenecía á nin-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

tencia, y viendo delante de sí el camino libre, el comisario entró en la habitación que deseaba examinar.

XIII

El comisario de policía, después de atravesar varias habitaciones, se encontró bien pronto en un cuarto cuyo aspecto debiera haberle hecho reflexionar, si preocupándose menos del robo cuyo autor no podía encontrar, hubiese estudiado atentamente ciertos detalles del mueblaje. En cualquier otra situación hubiese dicho para su fuero interno que el cuarto del conde de Sanneteyre era demasiado elegante para un hombre; que debía servir de asilo á alguna linda pecadora que ocultase allí sus misteriosos amores.

Entonces se hubiesen disipado las tinieblas de su mente, se hubiese hecho la luz; hubiese vacilado en hacer que una profana mano tocase aquellas paredes, confidentes de dulces secretos y en ocuparse de un robo en aquel templo dedicado á Venus.

He aquí, según Carmen Lelievre, la descripción exacta de la pieza que en el cuarto que ocupaba el conde Sanneteyre estaba contigua al tocador de la marquesa de Tourves y estaba separada de él tan sólo por un estrecho corredor ó pasadizo y dos puertas, una abierta en el cuarto del conde, y la otra oculta en el maderamen que recubría las paredes del tocador de la marquesa.

Los muros y el techo de la pieza de que hablamos estaban cubiertos de raso de color rosa de China, con botones de raso negro. La cama, que no pertenecía á nin-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

guna época determinada, y no tenía estilo fijo, ancha y de poca altura, sin cortinas, desaparecía bajo una especie de colcha ó forro de plumazón de cisne, cosidas con tanto arte, que no se conocían las costuras. Una espesa alfombra de Aubusson, sembrada de violetas y margaritas, cubría el suelo. El mobiliario se componía de un espejo-tocador de la época de Luis XVI, de palo de rosa con adornos de cobre; de una butaca baja y ancha, tapizada de raso, igual á las paredes, y de uno de esos muebles de invención moderna llamados *vis á vis*. Un péndulo pequeño, de preciosa forma, y dos candelabros de tres brazos, de porcelana de Sajonia, adornan la chimenea; una lámpara, estilo de la Edad Media, de cobre, con piedras incrustadas, hábilmente combinadas, cuelga del techo y sirve para iluminar tenuamente la estancia. De tres jardineras de laca del Japón

se ven salir plantas verdes de anchas hojas y muy raras.

El comisario, entregado por completo á su deber, no tuvo respeto ninguno á aquel mueblaje. Aproximóse á la pared y procuró descubrir en la tapicería alguna solución de continuidad que indicase una puerta ó una abertura cualquiera. Un instante le bastó para encontrar lo que buscaba. Y se comprende; como en aquella habitación no entraba nadie más que el criado viejo que abrió la puerta y la sacerdotisa del santuario, no creyó que debía tomar por el lado de su casa tantas precauciones como la marquesa había tomado por su cuarto.

Esa falta de obstáculos y de misterio reveló la verdad. El ladrón no era ya, como en la carta anónima se insinuaba, un oscuro malhechor que, por una abertura secreta, se introducía en la casa ve-

cina. Tratábase de una verdadera puerta, apenas oculta, y cuya cerradura estaba imperfectamente disimulada con el respaldo de una butaca. El conde tenía evidentemente conocimiento de ella, y debía ser el ladrón ó su cómplice, á no ser que fuese... Esto fué lo que por el momento detenía al comisario, y no veía más allá.

Quitó la butaca, empujó la puerta y entró en el pasadizo. Después, viendo una segunda puerta enfrente de él, estudió el mecanismo de ella y, sin mucho trabajo, consiguió abrirla.

Y se encontró en casa de la marquesa, en su mismo tocador, ocupado por una docena de personas que la señorita Lelievre había reunido allí con mala intención.

Descubrió al momento el asombro pintado en todos los semblantes, las miradas curiosas dirigidas al pasadizo y á la pieza que seguía al tocador de la marquesa, las

sonrisas cambiadas, los cuchicheos, los murmullos significativos, y comprendió, demasiado tarde ya, que en vez de hallar al autor de un robo, había descubierto una intriga amorosa, entregando un secreto importante á la avidez de los curiosos.

Algo confuso por haber dado aquel mal paso, ó presa de remordimientos acaso, quiso volver sobre sus pasos; pero dos ó tres criados de la marquesa habían entrado desde la casa de ésta á la del conde, y un amigo de ella, para poner fin á aquel escándalo, empujó la puerta. No se podía abrir más que exteriormente. El comisario de policía, que había entrado por el número 30, se vió obligado á salir por el número 32, y los curiosos, que habían entrado en la casa del conde, tuvieron que salir por la escalera.

Aquella caza cruzada bastó por sí sola

para poner á los grupos de gente que se habían formado en la calle al corriente de la situación. Como se había propuesto Carmen, el secreto de la señora de Tourves había sido brutalmente entregado á la murmuración pública sin contemplación, sin reservas, de un solo golpe, á la luz del sol.

La marquesa entraba en el hotel en el momento mismo en que la policía salía de él. Ciertos movimientos, ciertos rumores inusitados al rededor de su morada, la habían asustado; pero estaba muy lejos de creer la inmensidad de la desgracia que acababa de caer sobre ella. Apenas vió al comisario, se dirigió á él, diciéndole:

—Vuestra presencia en mi casa me explica el movimiento que se notaba fuera. Habéis encontrado, sin duda, al ladrón, y lo han sabido los vecinos.

—¡Ah, señora!—replicó tristemente el

oficial de policía,—no habéis sido robada, os han hecho traición. Las alhajas se encontrarán, con seguridad, sin mi concurso. No las han robado, no han hecho más que ocultarlas para producir este escándalo. Siento haber comprendido, muy tarde ya, la intriga de que habéis sido víctima, y os suplico me dispenséis.

Y se alejó sin dar más explicaciones. La marquesa comprendió al momento el sentido de aquellas palabras: una caritativa amiga la esperaba para ponerla al corriente de los sucesos que habían ocurrido en una hora. Al mismo tiempo encontró sobre la chimenea la caja en que estaban guardados el collar de perlas y el botón de puño, causa primera de esta triste aventura. Carmen había conseguido su objeto y hacía restituciones.

La marquesa no trató de saber el nombre del enemigo que la había herido tan

cruelemente. ¿Qué la importaba? En el pasado pensaría después: el presente, el porvenir era lo único que le inquietaba. Su reputación, que tanto empeño había puesto en consolidar, acababa de hundirse. Admirada, envidiada ayer mismo, iba á ser desde hoy despreciada. La sociedad no podría perdonarla el haberle robado sus elogios, sus alabanzas, sus respetos, por espacio de diez años. Se mostraría tanto más severa con ella, cuanto más la había estimado.

No se sintió con fuerza para resistir la tempestad y oponer un semblante impasible á las sonrisas y á las miradas desdeñosas, defenderse, explicar su desgracia, llamarse víctima de una calumnia, y gritar tanto, que acaso hubiese convencido de su inocencia á las almas crédulas. Su raro aplomo la había abandonado; estaba anonadada bajo el peso de su desgracia.

Confesóse vencida, é inclinó la cabeza.

Por la noche permanecieron cerrados los salones. Precaución inútil: apenas si se presentaron dos ó tres visitantes, ignorantes aún de la aventura, y que la sabrían al día siguiente.

Hízose pública á la vez en una docena de periódicos, y como la noticia se daba en los mismos términos en todos ellos, es de presumir que una misma persona la habría enviado á muchas redacciones á la vez. Carmen no podía olvidar ningún detalle.

Veinticuatro horas después de estos sucesos, la marquesa se marchó de París y se retiró á una de sus posesiones. La acompañó su marido, que era el único que creía en su virtud como siempre. Por compasión sin duda, nadie le hizo sabedor del accidente desgraciado que á su mujer la había acaecido.

«Feliz marqués, decía la preciosa señora de X... jamás sabrá la brecha abierta en su honor y en su casa.»

Tal fué la primer empresa de Carmen Lelievre. No fué la última.

XIV

Antes de retirarse de la sociedad y refugiarse en el campo, la señora de Tourves despidió á toda su servidumbre. Era una medida prudente para el porvenir, puesto que en ella había un traidor y no se dignaba hacer pesquisa ninguna para dar con él.

La señorita de compañía había sido comprendida en esa medida general, ó más bien, sin esperar á que la despidie-

sen, se dió prisa á tomar la delantera y marcharse ruidosamente de una casa en que, según decía, no podía permanecer una joven honrada.

Por otra parte, á Carmen no la inquietaba el hallar nueva ocupación: Lucrecia Vitel debía estar satisfecha de la manera con que su querido ángel exterminador, como la llamaba, había llenado su primera misión, para que no tratase de confiarla otra. Carmen, es cierto, había obrado en casa de la marquesa por su propia cuenta, con el único objeto de satisfacer su venganza personal y sin ocuparse de Lucrecia. ¿Pero qué la importaba á ésta si se había vengado también?

¿No sabía que, susceptible, llena de envidia, celosa, su protegida hallaría siempre ocasión de odiar á las gentes y hacerlas daño? Carmen había tenido alguna vacilación en los primeros días de su

permanencia en el hotel de los señores de Tourves, en hacerle daño y tuvo sus veleidades indulgentes; esos nobles sentimientos no debían ocuparla eternamente: cuando los necesitaba, no era mujer que se paraba en la pendiente de la misericordia.

¡Misericordiosa! ¿Por qué serlo? ¿La conducta de Prades para con ella había de inspirarla un profundo amor al prójimo? No, ciertamente: esperaba en algunos momentos, á fuerza de perseverancia, llegar á commover aquel corazón rebelde; porque, aunque recordaba los desprecios que Didier la había hecho, y le perseguía con odio implacable, le amaba aún, le amaba siempre, con verdadero frenesí. Sus tentativas por volverle á ver y por hablarle, fueron inútiles: fiel al plan de conducta que se había trazado, á las resoluciones tomadas y formuladas delante de Lucrecia, se obstinó en no reanudar unas rela-

ciones que, á pesar de sus esfuerzos, no hubieran podido ser de larga duración.

Entonces fué cuando Carmen, ayudada de Lucrecia Vitel, organizó la cábala que debía romper la carrera de Didier, arruinar sus esperanzas y su porvenir. No quería tan sólo castigar á Prades y vengarse de sus desdenes; esperaba sobre todo que menos embriagado con sus triunfos, herido en su orgullo de artista, aleccionado sobre la inconstancia del público, renunciaría á una carrera que tantos sinsabores producía, y consentiría en convertirse de semidiós, en simple mortal, de tenor en amante.

No había sido así. La adversidad no producía los cambios soñados. Didier se negó á consolarla, y se replegó en sí mismo, esperando mejores días.

Perdidas sus esperanzas, haciéndose su carácter más agrio cada día, furiosa con-

tra Prades, y al mismo tiempo más enamorada de él que nunca, le hería de nuevo, sin compasión, llorando siempre el tener que verse obligada á hacerle daño. No podemos explicarnos las contradicciones, las extravagancias de aquel corazón gangrenado. Las hacemos constar y damos fe de ellas, puesto que se hallan consignadas en las Memorias donde están puestos esos detalles.

Cuando Carmen Lelievre podía sustraerse á sus deberes de señorita de compañía, alquilaba un asiento en el fondo de algún oscuro palco subsuelo de la Ópera Cómica; oculta por los demás que iban con ella, cubierta con su velo, según costumbre, presenciaba los desórdenes que se originaban en la sala, y de los cuales era instigadora; y veía estallar la tempestad que ella misma había preparado.

¡Qué injustas, qué odiosas, qué absur-

das le parecían aquellas gentes! En vez de aplaudir á ese gran artista llamado Didier, llamarle al palco escénico, arrojarle flores y llevarle en triunfo, se atrevían á chichear, á silbarle. ¡Qué miserables!

Y al mismo tiempo experimentaba una violenta voluptuosidad en oír aquellos murmullos, aquellos silbidos que, después de haber herido al actor, lastimaban el corazón del hombre que odiaba y quería al mismo tiempo, que era su execrable enemigo y su ídolo.

Había momentos en que, si se hubiese atrevido, se hubiera dado á conocer á los jefes de aquella cábala y les hubiera dicho: «Estoy aquí, yo que os pago; cumplid mejor vuestra obligación, ganad más á conciencia vuestro dinero. Silbad, silbad más, obligadle á que salga del escenario y cobraréis doble jornal.»

Pero cantaba otra vez,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

"ALFONSO REYES"

Adob. 1925 MONTERREY, MEXICO

men cerraba los ojos, se llevaba la mano al corazón, que parecía rompersele, se calmaba algo; y cuando callaba volvía á la vida, se salía fuera del palco, aplaudía frenéticamente, y mezclando su voz á la de los amigos de Didier, gritaba: «¡Abajo la intriga! ¡Fuera los perturbadores!»

Y mientras que pasaba del odio al amor, de la admiración más exaltada al más frenético furor, mientras agotaba toda clase de medios para hacer daño al objeto de su culto, Didier permanecía sereno, impasible, no se notaba ninguna alteración en su semblante. Parecía tan desdeñoso con el público como lo estaba con Carmen. Nada podía vencer aquella frialdad enervante, pero que tanto la gustaba á ella.

Volvió á ser lo que había sido antes, y hasta un día después de aquella célebre noche tempestuosa en que, contra su costumbre, había tenido un destello de pa-

sión. Aquella noche tan corta, que sin cesar se complacía en recordar, y aquel recuerdo que la atormentaba, le agradaba también. ¿Cómo Didier, á pesar de sus desdenes, de sus desprecios, de las razones que tenía para odiarle, podía haber dejado en la memoria de Carmen tan marcada huella?

¿No era, pues, á Didier de Prades á quien creía amar? ¿Acaso, no tenía á sus ojos su personalidad ni cualidades propias? Le amaba porque se había presentado á la hora propicia, á la hora fatal, á la hora de la crisis.

Si era así, ¿por qué ponía tanta obstinación en vencer la resistencia que se oponía á ella, en triunfar de la repugnancia que Prades no se tomaba ni aun la molestia de disimular? No era el único ejemplar, la única muestra que había en su sexo. Podía encontrar otros como él

y aun mejores. Tratábase sólo de no tener pretensiones muy elevadas y de dirigirse á corazones dispuestos en el momento, cansados de holgar; á corazones, en fin, que buscasen otro corazón.

¿La fealdad de Carmen debería ser un obstáculo á su felicidad? No. Hay hombres modestos, indulgentes; á esos era á los que podía conmovér. A otros les falta delicadeza, finura, gusto; el sentimiento de la forma no le poseen, y por ellos todas las mujeres padecen. A esos bárbaros, aunque Carmen les despreciaba, era á los únicos á quienes podría tener esperanza de serles agradable.

¿No había sabido hacer que Didier, por espacio de una hora estuviese gustoso á su lado? ¡Pero era tan fácil de contentar, se acomodaba tan pronto á todo! Artista en todas sus cosas, no ignoraba que nada se parecía menos al arte que ella, y con

crueledad inaudita había dado público testimonio, delante de Carmen, del culto que la tributaba.

Si él se había alejado de ella, era porque ésta había cometido graves imprudencias. Si hubiese tenido más experiencia le hubiese tenido á su lado. Con el que le sucediese sabría mostrarse hábil, reservada, reflexiva, y sus amores con él serían eternos.

Púsose, pues, en busca del mortal nacido para reconciliarse consigo misma y hacer que se olvidase de Prades. Encontró á Richard y le confió esa doble misión.

XV

El día en que por segunda vez tiró al suelo su pañuelo (expresión de que se servía Lucrecia Vitel), Carmen había permanecido fiel á sus ideas sobre la belleza: Richard, antes de la cruel enfermedad de que había de conservar eterna señal su cara, pasaba por ser un buen mozo, según pudo ver Jorge de Saire.

La señorita de Lelievre, decidida á no hacer concesión alguna bajo el punto de vista plástico, creyó que, con respecto al estado social, podía permitirse alguna y tener el derecho de dirigirse á un hombre de clase inferior á la suya, ó cuando menos con respecto á su educación y sus ma-

neras. Pensaba que de ese modo tendría más prestigio á sus ojos, y que, deslumbrado por ciertas apariencias, la miraría con cierto respeto.

No se engañó, y Richard había explicado perfectamente en su entrevista con Jorge, la impresión extraña producida en él por aquella fea tan deseosa de agradar y tan experta en el arte de amar.

Por su parte, Carmen pudo por un instante creerse verdaderamente enamorada de Richard, y que había olvidado á Prades. Este último, cansado de luchar contra el público, y de ser blanco de sus injusticias, había dejado el escenario de la Opera Cómica, y renunció por el momento al teatro. Carmen no tenía ocasión de verle ni de oír hablar de él, de reavivar en cierto modo su amor, y el fuego en que ardía iba á extinguirse falto de alimento, cuando la casualidad vino en su ayuda.

Eran las diez de la noche, y salía de casa de Richard, que entonces vivía en la calle de Richelieu. Aunque tenía todo el tiempo á su disposición, puesto que hacía tres meses que había salido de casa de la marquesa de Tourves, y no había aceptado ninguna ocupación, se guardaba muy bien de quedarse en casa de su amante. Su triste aventura con Didier la sirvió de lección para el resto de su vida.

Temía quedarse dormida al salir la aurora, tenía miedo al sol y á las indiscreciones de este astro. Sus citas amorosas las tenía de ocho á diez de la noche, á la claridad dudosa de una ó dos bujías que á veces, hasta por prudencia, apagaba.

La noche en cuestión, en vez de tomar un carruaje para irse á su casa, bajaba á pie por la calle de Richelieu. El tiempo era magnífico, el cielo lleno de estrellas, el piso seco; andaba sin preocuparse de

los transeuntes que, engañados por la amplitud de sus vestidos y el espesor de su velo, la dirigían galanterías y flores. Su paso era ligero, su humor alegre, su corazón tranquilo. Decíase que ese Richard, de quien acababa de separarse, era bueno; que parecía quererla; era en su género un buen mozo, y que valía tanto como el barón de Prades, tan desdeñoso y tan glacial. ¿Cómo había podido tener tanto empeño en entrar en relaciones con aquel rubio sofo, afeminado, y cuyo valor artístico era muy discutible, puesto que todas las noches le silbaban? Olvidaba á propósito, para dar más fuerza á su razonamiento, que los silbidos habían sido pagados por ella. ¡Cuánta razón tenía Lucrecia en desconfiar de los artistas y de los tenores! ¡Ah! Estaba ya curada de su amor, podía volver á ver impunemente á Didier, podía...

En esto, al llegar á la esquina del pa-

saje de los Príncipes, se sintió desfallecer. Para no caer, se vió obligada á apoyarse contra las vidrieras de una tienda. Acababa de ver en el pasaje, parado delante del escaparate del primer almacén que había á la derecha, dándole de lleno la luz del gas, á Didier de Prades.

Daba el brazo á una mujer cubierta con un velo, como Carmen, pero joven y bonita, por lo que se adivinaba.

Por la manera de apretarse contra él, de inclinar su cabeza para hablarle, se conocía fácilmente que era una querida ó una mujer enamorada. No parecía él deseoso de sustraerse á aquellos apretones; se prestaba á ello con complacencia, y su mirada, dirigida á su compañera, parecía llena de ternura, cargada de cálidos effluvios.

Carmen, pálida, jadeante, temblorosa, no separaba de él la vista.

Por segunda vez los celos venían á herir su corazón. Pero la herida era hoy profunda, mortal; á Lucrecia, Didier no la había amado, la había codiciado tan sólo por una hora. Carmen lo sabía bien. A ésta, á la que apretaba contra su corazón, la quería, la amaba con verdadero amor. Ella no se engañaba, no podía engañarse.

Y mientras les estudiaba y les espiaba de este modo, sentía, por las palpitaciones de su corazón, por el temblor de sus miembros, por los escalofríos que corrían por todo su cuerpo, que le amaba aún, que le quería con más ardor que nunca.

Había creído que sentía afecto á Richard, ¡pobre de ella! Al estar á su lado soñaba con Didier. ¡No había jamás cesado de adorarle, odiándole! Richard no era nada en la vida de ésta; Richard no existía.

¿Y dejaría á Didier que saborease en paz la dicha de amar y de ser amado?

¡No, imposible!

Didier podía desdeñarla, maltratarla, echarla de su lado; pero no tenía derecho á tener una querida. Ella sabría arrancársele, arrojarle á sus pies, aplastarle, apoderarse de su amante. ¡Ah! en eso no podía tardar mucho, y en aquel mismo momento iba...

Fué á dar un paso, pero inmediatamente se detuvo.

¡Qué falta iba á cometer! ¡qué escándalo iba á provocar! Didier de Prades, cuando la conociese, la rechazaría; la haría detener tal vez... y entonces su compañera se marcharía triunfante, riéndose de la torpeza de Carmen.

No, no quería exponerse á tal afrenta, á tal suplicio; se callaría y dejaría que se marchasen. Pero les seguiría y sabría

quién era aquella mujer; adquiriría noticias de su vida.

La enamorada pareja se alejó del almacén, delante de cuyo escaparate habían sido vistos por Carmen, y, atravesando el pasaje, desembocaron en el boulevard.

Carmen no les perdía de vista, siguiéndoles á diez pasos de distancia.

Subieron por la izquierda, hacia la Magdalena, parándose delante de las tiendas que había aún abiertas, mirando los cuadros, las alhajas, las telas. Parecían dos colegiales escapados del colegio, felices con respirar el aire libre, y se creían perdidos, porque eran las diez de la noche, los paseantes eran escasos y ella iba cubierta con un velo.

¡Sí, oculta con un velo! ¡No lo estaba para su rival! ¡Olvidados! Carmen no podía olvidarlos nunca.

Habían atravesado los *boulevards* por la

calle de Sèze y de Tronchet y recorrían ahora la calle del Havre, haciendo paradas á cada momento, no ya delante de los comercios, sino en medio de la acera, para hablar mejor, mirarse bien y prolongar el mayor tiempo posible su paseo.

Ella les seguía sin perder ninguno de sus movimientos, y entregados por completo á su amor, sumidos en su poético entusiasmo, no la veían.

En medio de la calle de Amsterdam se detuvieron delante de una puerta grande, y antes de que les abrieran hablaron largo tiempo, cogidos de la mano y sin separar la vista el uno del otro.

Por fin cambiaron el último apretón de manos, se cerró la puerta detrás de la joven, y Didier de Prades se alejó.

Al día siguiente muy temprano, Carmen sabía el nombre y apellido de su rival; se llamaba Marcela de Baud, era bre-

tona y viuda de un diputado por el departamento de las Côtes-du-Nord; vivía en la calle de Amsterdam hacía seis meses nada más, y recibía diariamente al barón de Prades, que según se decía, sería su marido dentro de poco tiempo.

Estos informes fueron suficientes para Carmen y la permitieron vengarse.

XVI

¡Vengarse! Carmen no tenía otra palabra en su boca; pero del dicho al hecho, es infranqueable muchas veces la distancia que los separa.

¿Cómo hacer daño á Didier de Prades, ahora que no pertenecía al público, que se había retirado á la vida privada? Era

invulnerable, sus enemigos no podían hacer presa en él.

Y respecto á Marcela de Baud, su posición parecía ser demasiado modesta para permitirse el lujo de tener señoritas de compañía. Y aunque pensase en ello, Prades la hubiese hecho que no eligiese á Carmen. Esta, pues, no podía tener esperanzas de vivir en intimidad con Marcela y aprovecharse de su situación para perderla, como había perdido á la marquesa de Tourves.

No había medios de turbar su alegría, su infinita felicidad. Les vería dichosos, y con un esfuerzo de su imaginación sería testigo presencial de su felicidad. Les encontraría yendo del brazo, juntos sus corazones. Les vería pasar tranquilos, sonrientes, con los ojos anegados en lágrimas, tocando apenas la tierra, volando por el espacio.

¡Y esa Marcela, esa bretona la conocía Carmen hacía mucho tiempo! Era aquella de quien Didier la habló cierta noche, la noche de la tempestad. La había contado con todos sus detalles sus amores terrestres y marítimos, sus correrías con ella por el valle, sus baños en el Océano. Y Carmen, entonces, le escuchaba tranquilamente, suponiendo que pudiese, porque aseguraba que se había separado para siempre de su compañera de la infancia; pero él la había encontrado viuda, libre y...

¡Cuánto era preciso que la amase para inmolar de ese modo su orgullo! ¡Cómo! se habían jurado fidelidad, y apenas habían pactado entre sí ese juramento, Marcela falta á él para casarse con un desconocido. Por el contrario, él tenía de la infiel un recuerdo sagrado, repetía su nombre á los ecos que le rodeaban, recreaba con

sus amores á todos los oídos, y el día en que, rotos sus lazos, se dignaba ella hacerle una señal, se apresuraba él á acudir para arrojarse á sus pies y pedirla perdón de que ella le hubiese hecho traición!

Pero Carmen, que le amaba con locura, que le amaba hasta el punto de odiarle y de procurar perderle, esa Carmen que el había perdido, que había envilecido, ¿qué hacía?

A aquélla sus besos, á ésta sus insultos. De un lado una vida entre dos alegrías continuas, persistentes, inefables; del otro, el aislamiento, la soledad, crueles recuerdos y el espectáculo de la dicha de ellos. ¿Y por qué la primera goza de ese modo? ¡Porque es guapa! ¿Por qué todos esos sufrimientos y esas humillaciones á la segunda? ¡Porque es fea!

¿Esa fealdad la perseguirá siempre?

¡Pero, desgraciada, qué quieres! ¡Tienes lo que mereces! ¡Tú no estimas más que la belleza de las facciones, la perfección de las formas! ¿Qué te importan á ti la belleza moral, la honradez, la rectitud, la generosidad, el amor al bien, el agradecimiento, el perdón de las injurias? Nada. Esas grandes cosas que por sí solas nos elevan y nos engrandecen, nos purifican y nos divinizan, no las tienes en cuenta para nada; te ries de ellas, ó más bien, ni siquiera te ries, ignoras que existan. Para ti, el cuerpo, la materia, lo es todo. Si la materia es de buena calidad, si se la ha sabido moldear bien, estás satisfecha. Pues bien, el molde en que has sido fundida es deforme, la materia empleada en tu construcción es abyecta; tanto peor para ti, padece y muere, vuelve á ser polvo, á ser humo, ¡miserable! ya que si hubieses tú querido podías ha-

ber sido luz, pureza, radiación, amor y gloria.

Pero Carmen no tenía conciencia del castigo que sufría. No se dijo he sido castigada por donde había pecado, es muy justo; no, sino que murmuró: es una injusticia de la suerte; pero yo haré que esa suerte cambie. ¿Cómo podrá hacerlo? Antes no podía por menos de admirar y respetar la belleza en todas sus manifestaciones. Hoy piensa herirla, hacerla daño. Es que hoy la envidia la incita, los celos la torturan. No obedece sino á malos sentimientos. La vista de la dicha de los demás, ha acabado de pervertirla por completo, de precipitarla en el abismo. Los vicios, que gruñían sordamente en ella, han entrado en erupción; estallan, corren, se desbordan, llevan consigo á todas partes la devastación y la ruina.

La educación que ha recibido, los fu-

nestos ejemplos que ha tenido á la vista, la llevaron, á medias no más, al camino de su perdición. Ella hizo por sí misma la otra mitad del camino.

Burlábase antes de las enemistades, de los sordos rencores, del genio de su padre y de su madre; á fuerza de burlarse de ellos, los había hecho suyos, los había incrustado á su ser.

Los tiene también para su uso particular, completos, perfeccionados; los rencores se han convertido en odios, las vivacidades pueriles ó grotescas de su padre se han trocado, en su hija, en terribles accesos de cólera. Los señores de Lelievre odiaban al vecino, tenían envidia de él; su digna hija ha querido sobresalir por encima de ellos, y odia al género humano.

A no tratarse de naturalezas excepcionales, si inculcáis un defecto en un hijo vuestro, hará de él un vicio; enseñadle á

cometer delitos, y será un criminal. Imbuído en esa idea axiomática, en fuerza de ser cierta, hemos puesto todo nuestro ahinco, en el volumen que ha precedido á este, en definir el carácter de los señores de Lelievre, porque preparábamos así la explosión del carácter de su hija Carmen.

Y así ha sucedido. Cuando Lucrecia Vitel propuso vengarla y hacer daño á quien no se le había hecho nunca á Carmen, ésta no pidió ya, como otras veces, tiempo para reflexionar. Para hacer daño á la señora de Roizel, no esperará á que la humille ó la ofenda á ella. Lo hará sencillamente, porque la baronesa es rica, es hermosa, y sobre todo, porque es amada de su marido.

Declara la guerra á todos y á todas: á todo lo que está alegre, á todo lo que brilla, á todo lo que canta, á todo lo que goza. Guerra encarnizada, implacable, sin

cuartel. Nada la detendrá: ni la benevolencia que puedan otorgarla, ni los favores que la hagan, ni el cariño que por ella sientan, porque su fealdad ha hecho gracia á Richard. Se ha enamorado de una criatura tan extraña, que le causa asombro, y por consiguiente, conmueve su alma.

La maternidad misma no ha enternecido ese corazón endurecido, que ignora toda clase de goces honrados y tranquilos. Ha sido madre, como si mereciese serlo, y se ha guardado de olvidar á Didier de Prades para consagrarse al padre de su hija.

No había hecho callar sus odios, por amar exclusivamente á aquel pequeño é inocente ser, que en su misericordia le enviaba el cielo para llevarla al camino del bien.

No: á su hija no la contempló sino para

encontrarla fea, como amargamente se había quejado de ello Richard á Jorge.

Pero lo que no le había dicho, lo que no sabía, es que la había encontrado fea, porque por aquella época había visto á la niña de Didier y de Marcela y se había quedado extasiada ante su belleza.

No seguiremos á Carmen Lelievre durante estos tres años; no referiremos todos sus crímenes. Dedicaremos tan sólo unas páginas á su permanencia en casa de la baronesa de Roizel, donde Lucrecia Vitel, que no había desistido del empeño de vengarse de ella, consiguió hacerla entrar.

XVII

A pesar de sus malos sentimientos para con el prójimo, Carmen no pudo hacer nada por algún tiempo, por ser imposible; para perjudicar á la señora de Roizel, ni encontrar mancha alguna en su vida.

Despechada y abatida, se dirigió á casa de la señora Vitel, y la dijo:

—No hay nada que hacer en esa casa; la virtud que hay allí ahoga.

—¿Estáis segura de ello?—preguntó Lucrecia con su aire calmoso y su voz tranquila.

—Completamente segura. La baronesa adora á su marido, no comprende á nadie más que á él, no ve sino por sus ojos. ¿Qué

encontrarla fea, como amargamente se había quejado de ello Richard á Jorge.

Pero lo que no le había dicho, lo que no sabía, es que la había encontrado fea, porque por aquella época había visto á la niña de Didier y de Marcela y se había quedado extasiada ante su belleza.

No seguiremos á Carmen Lelievre durante estos tres años; no referiremos todos sus crímenes. Dedicaremos tan sólo unas páginas á su permanencia en casa de la baronesa de Roizel, donde Lucrecia Vitel, que no había desistido del empeño de vengarse de ella, consiguió hacerla entrar.

XVII

A pesar de sus malos sentimientos para con el prójimo, Carmen no pudo hacer nada por algún tiempo, por ser imposible; para perjudicar á la señora de Roizel, ni encontrar mancha alguna en su vida.

Despechada y abatida, se dirigió á casa de la señora Vitel, y la dijo:

—No hay nada que hacer en esa casa; la virtud que hay allí ahoga.

—¿Estáis segura de ello?—preguntó Lucrecia con su aire calmoso y su voz tranquila.

—Completamente segura. La baronesa adora á su marido, no comprende á nadie más que á él, no ve sino por sus ojos. ¿Qué

secreto puede sorprenderse, qué misterio descubrirse en una vida tan tranquila, tan pura, límpida y clara como el agua de una fuente? Voy á perder en esa casa un tiempo precioso, que podría emplearse mejor en otra parte. Y en último resultado, la de Roizel no os ha hecho un daño grande...

—Habláis así, porque os parece bien,— dijo Lucrecia interrumpiéndola;—¿no fué ella quien se marchó del hotel de las Rocas Negras el día en que yo entré en él? ¿No fué quien exigió que me despidiesen de otros hoteles donde estaba yo? ¿No es bastante eso? ¿Tenía razones más serias para aborrecer á la marquesa de Tourves?

—¡Bien! Pero la marquesa había hecho eso con vos por motivos muy distintos. Os sacrificaba á vos, os inmolaba sin compasión para hacer alarde de su virtud á los ojos del mundo. Quería hacer ver á todos

la distancia que separaba á una mujer como ella de una mujer como vos. A fuerza de ser severa con los demás, pregonaba en cierto modo la rigidez de sus costumbres. La de Roizel, por el contrario, no ha hecho nada de eso. Se ha marchado al acerearos vos donde ella estaba y ha hecho que os despidan de donde estabais porque tenía miedo de vos.

—¿De mí? No sé por qué.

—Pues sí, ¡estaba celosa! He estudiado de tal manera los celos en mí misma, que los conozco y los saludo al paso cuando los encuentro en mi camino. Se conoce que el esposo de la baronesa se ha fijado en vos al encontraros en algún sitio público, y os habrá mirado con insistencia. Inmediatamente la baronesa ha sentido celos, y por prudencia se ha alejado de vos y ha hecho que os separen de ella. No hay en eso verdaderamente motivo para odiarla. Si yo

estuviese en vuestro lugar, me halagaría mucho. ¡Figuráos cuál sería mi alegría si me hiciéseis el honor de no dejarme sola con vuestro esposo!

—No os haría ese honor, no por celos, sino por amistad hacia vos.

Carmen se sonrió á su vez y replicó al poco tiempo:

—Queda convenido, ¿no es eso? No insistiréis, pues, en que continúe dando lecciones de portugués y español á la señora Roizel. Es muy virtuosa, y eso me fastidia.

—Habláis muy bien—replicó la señora Vitel,—me habéis convencido por completo, y si no se tratase más que de mí, os diría que dejaseis hoy mismo á vuestra discípula. Pero os olvidáis de mi querido esposo.

—¿Qué tiene que ver en eso?

—Os presentará su lista y veréis... ¿No os acordáis de ella?

—No.

—Pues fijáos un poquito. El día que llegué á Trouville se quejó de dos personas que no le habían saludado en el vestíbulo del hotel, y para consolarle, le dije: «¡Apúntalos en la lista!» Al momento volvió la sonrisa á sus labios... Esa lista está siempre abierta; todos los que le han ofendido ó humillado están inscritos en ella. Lleva los libros con una regularidad perfecta. «Haber del señor X... una falta de atención.» «Debe el señor X... una reparación.» La reparación consiste en un disgusto, en un pesar que sufre dicho señor X, por mediación de mi esposo.

¡Ah! no dejamos pasar nada ni mi marido ni yo! Si yo no tengo lista como él, es porque mi memoria no me es infiel nunca. Nuestros amigos saben que pueden contar con nosotros en todas circunstancias; nuestros enemigos, por el contra-

rio, pueden temernos. Jamás hacemos daño á nadie... no queremos más que una cosa: gozar en santa paz de nuestra fortuna y hacer que se aproveche de ella la mayor gente posible. ¡Nos niegan esa paz, no se nos quiere á causa de esa fortuna, nos ultrajan, nos ofenden! ¡Muy bien! Pero nosotros devolvemos los daños á razón de ciento por uno; y estoy segura de que no opinaréis vos que hacemos mal.

—Seguramente que no.

—La casualidad quiere que el señor de Roizel se encuentre en la lista de mi marido. Desempeña un gran empleo en un ministerio, y en el ejercicio de sus funciones, ha tenido la desgracia de ofender cruelmente á mi marido, que acudió á su amabilidad. Por eso mi querido señor y dueño me le ha recomendado especialmente. Y en ese punto es intransigente. Es muy acomodaticio en muchos asun-

tos, pero que no se toque á su lista, esa es sagrada. Ha sabido que habíais entrado en casa de la baronesa, y al momento exclamó frotándose las manos: «Con Carmen marchará bien el asunto. Espero que cuidará de mis enemigos tan bien como de los vuestros.» Le causaríais un profundo disgusto si fueseis á tomar cariño á los señores de Roizel.

—No temáis eso; lo más me será indiferente. No digo más sino que á ese matrimonio le creo invulnerable.

—¡Bah!

—Sí... á no ser que os mezcléis vos en el asunto.

—¿Qué queréis decir?

—¿Por qué me habéis de dejar que obre sola?—siguió diciendo Carmen, riéndose.—Ayudadme, prestadme vuestro inteligente concurso. Bien podéis hacerlo por vuestro esposo.

—¡He hecho tanto por él!—dijo con su sonrisa glacial.—Sin embargo, veamos que género de concurso me pedís.

—¿No lo adivináis?

—No, os lo aseguro.

—Puesto que la señora de Roizel os tiene miedo, que huye de vuestra presencia por causa del barón, acercáos á él. Hacedos ver, hacedos admirar, hacedos amar de él. Ella sufrirá todas las torturas de los celos; son atroces, puedo asegurarlo; y os vengaréis.

—Olvidáis que no tengo nada personalmente que vengar. Trátase del mal proceder del barón con mi marido, y vuestro plan no puede convenirle. Produciría su efecto en la mujer; pero el marido quedaría libre. Porque, francamente, y sin orgullo, no sabría quejarme de él si tenía que buscar su sociedad y había de empeñarme en serle agradable.

—¿Lo creéis así?

—Por completo.

—Entonces, según vos, Didier de Prades ha sido el más afortunado de los hombres la noche en que, después de haberle puesto de manifiesto todas vuestras seducciones, de haberle embriagado y vuelto loco, le disteis con la puerta en las narices...

—Sin duda, puesto que al marcharse se encontró con vos.

—No os burléis de mí, os lo ruego, y responded á mi pregunta.

—No comprendo su utilidad. ¿Por qué hemos de hablar de Prades á propósito del barón de Roizel?

—Porque como vos agradáis á este último, os será fácil hacer que se enamore de vos, como llegasteis á conseguir que Didier lo estuviese, y porque se puede hacer sufrir cruelmente á un hombre que se

enamora seriamente. Vamos, tened un buen sentimiento en favor de vuestro esposo; es preciso de cuando en cuando hacer algo por él, aunque sea poco.

La señora Vitel se levantó, se acercó á Carmen, y la dijo sonriendo:

—¡Sois el ángel del mal!

—¡Querida hermana!—respondió Carmen, sonriendo también.

XVIII

Después de haber cambiado entre sí estos sarcasmos, que parecían cumplimientos, las dos amigas, ó más bien las dos aliadas, volvieron á reanudar la conversación.

—Y al menos, ¿es agradable ese barón,

á quien, según vos, es preciso conquistar?—preguntó Lucrecia.

—¿No le conocéis?—preguntó Carmen.

—Ni poco ni mucho. Puede ser que me le hayan enseñado y no habré puesto atención.

—Es fácil. No creo que tenga ningún fluido magnético. Es un hombre pequeño, seco, nervioso, bilioso, linfático-nervioso, como dicen los médicos. Su mirada ordinariamente es fugaz, poco sostenida, pero muy viva cuando se digna fijarla sobre cualquiera persona ú objeto. Su nariz afilada se parece á la mía. No trato de hacerle favor, ya lo comprenderéis, y creo también que el barón se me parece por más de un concepto, y tiene mis defectos, mis vicios, si queréis. Acaso soy algo severa con él; pero la indulgencia y yo no hemos podido entendernos nunca. Sus labios son delgados y pálidos; los dientes

pequeños, blancos, finos, acerados: los dientes de un perrillo joven; son bonitos, pero muerden. La mano es blanca, el pie delicado. En una palabra, á pesar de tener algunos detalles agradables, el conjunto no agrada, y no me explico la pasión de la baronesa por él.

—Muy sencillo: ella le ama porque es su marido.

—¿Y basta eso?

—A ciertas mujeres sí. Hay tres clases de mujeres casadas: las que no sienten afecto á su marido por serlo; las que le aman aunque sea su marido, y, en fin, las últimas, las que aman con confianza, sin mirar, porque para ellas un marido personifica por sí solo el sexo masculino, pues el mundo comienza y acaba con él. Las mujeres de esta última clase son raras, convengo en ello; pero no se puede negar su existencia bajo el pretexto de que nos-

otras las conocemos tan sólo de oídas.

—Parecéis una arrepentida predicando; no he venido yo á veros para hablar de la virtud de la señora de Roizel, y de mi impotencia en dar principio á las hostilidades.

—Sí, sí, ya lo sé; pero queréis que entre en fuego; me echáis á mí el mochuelo... y no tengo muchas ganas de aceptarle. Para hacer la conquista de un hombre, aun cuando no esté una decidida á enterrecerse, si cae vencido á nuestros pies, es preciso estar una... ¿cómo diré yo?... á punto de caramelo, y el retrato que habéis hecho de él me ha descorazonado. Y os confieso también mi inquietud: temo no triunfar del linfatismo que padece ese sujeto.

—No, os he dicho linfático-nervioso, especie peligrosa, ardiente en frío, tenaz, dispuesto á todo por conseguir su objeto.

De un sanguíneo puede una verse libre con un derivativo: si ama á una rubia, ponedle enfrente una morena ú otra rubia; no se fija en el color. Un linfático ya es otra cosa: se pega á las desgraciadas que le han seducido, como la hiedra al árbol, hasta que se enlaza á ella. Los que obedecen tan sólo á su sangre y á sus nervios, no conocen, en general, la pasión; no practican más que su capricho. Pero mezclad un poco de linfa en los nervios y obtendréis Lecenaires en el crimen, en amor Otelos.

—Me causáis asombro—exclamó la señora Vitel,—con vuestros razonamientos y vuestras observaciones. ¡Qué progresos habéis hecho desde que estabais en Trouville!

—He tenido buena maestra—replicó Carmen mirando á Lucrecia.

—¡Oh! no puedo yo aceptar todo el mé-

rito de vuestros progresos. La marquesa de Tourves, ¿no ha tenido alguna parte en ellos?

—No; la marquesa hablaba muy poco, no desarrollaba ninguna teoría. Era una mujer práctica.

Cambiaron entre sí una sonrisa, y poco después Carmen se despidió de Lucrecia.

Después de haber reproducido esta conversación en sus Memorias, Carmen se limitó á poner algunas notas muy concisas respecto á la intriga que iba á entablarse entre Lucrecia Vitel y el barón de Roizel.

Ella le encontró por primera vez en el baile de la Ópera, donde había logrado hacerle asistir á una cita misteriosa.

El barón volvió del baile, aturdido, em-

briagado, fascinado por aquel dominó de raso, no sólo enmascarado, sino eubierto por oleadas de blondas negras.

No había visto más que la puntita de una oreja rosada, preciosa, en la cual estaba encajado un brillante de gran precio, y una boca adorable que tuvo la indiscreción de poner al descubierto levantando un poco la careta. Gracias también á ciertos privilegios permitidos en un baile de máscaras, y al deseo legítimo de proteger á la mujer con quien se habla de las brutalidades de la muchedumbre, de pie, cerca de los pilares de un pasillo y del palco núm. 25, tuvo, apretado contra el suyo, un pecho voluminoso y duro á la vez, sintiendo palpar bajo sus dedos un talle flexible y ondulante.

A las dos de la mañana, el dominó desapareció, dándole otra cita para el baile siguiente, y encargándole que se pro-

curase un palco en donde se reuniría con él en cuanto le viese. Carmen estaba al corriente de esta intriga por Lucrecia, y la dijo: ¿habéis observado que el barón esperaba con viva impaciencia la noche del sábado al domingo, y después de cada nueva *soirée* parece más pensativo, más inquieto de lo que estaba la semana anterior?

Es que Lucrecia despliega para seducirle sus coqueterías más refinadas. Ya se la vió cuando se ocupó de Prades, lo que era capaz de hacer en ese asunto. Aún es más hábil con su nueva víctima. Hácese conocer de él y ser admirada por porciones, por partículas; un día deja ver la barba, otro el pie; se entrega á sus ojos en detalle y sin pasar ciertos límites; es preciso un sitio en regla para conseguir que se quite el guante y que Roizel pueda tocarla con los labios.

Excita sin contemplación las pasiones de aquel hombre, acostumbrado á los éxitos, mimado por la fortuna, difícil de contentar, ardiente en la lucha, y capaz de todo, antes que quedarse á la mitad del camino de su objeto.

La manera de ir conociendo á Lucrecia irrita aún más sus deseos. Apenas si ha vislumbrado su cara, si sabe que es bonita, y la curiosidad entra por mucho en su malestar amoroso. La adivina tan sólo; ¿qué dirá, qué pensará, qué sufrirá el día en que le sea permitido contemplar aquella preciosa cabeza admirada de todo París?

Es de presumir que Lucrecia Vitel hará la conquista del barón. A una señal suya se echará á sus pies, y como es probable que no se levante de ellos, sufrirá las torturas que le tiene preparadas. Después, satisfecha, vengada, el señor Vitel

le borrará de su lista, de su libro mayor, y al lado de su nombre y de la injuria consignada, al margen escribirá esta palabra: «pagó».

¡Ah, no! El asunto no terminó así.

XIX

En la penúltima semana del Carnaval, que el barón de Roizel pasaba bastante alegremente, la baronesa hablaba de los bailes de la Ópera con una amiga:

—Os aseguro, querida—decía la señora de B.—que una mujer honrada puede una vez ó dos, por curiosidad, ir á ese sitio. Se pinta con colores más negros de lo que es en realidad. No hablo, es claro, del vestíbulo y de los pasillos, que se pueden atravesar para formarse idea de ellos,

Excita sin contemplación las pasiones de aquel hombre, acostumbrado á los éxitos, mimado por la fortuna, difícil de contentar, ardiente en la lucha, y capaz de todo, antes que quedarse á la mitad del camino de su objeto.

La manera de ir conociendo á Lucrecia irrita aún más sus deseos. Apenas si ha vislumbrado su cara, si sabe que es bonita, y la curiosidad entra por mucho en su malestar amoroso. La adivina tan sólo; ¿qué dirá, qué pensará, qué sufrirá el día en que le sea permitido contemplar aquella preciosa cabeza admirada de todo París?

Es de presumir que Lucrecia Vitel hará la conquista del barón. A una señal suya se echará á sus pies, y como es probable que no se levante de ellos, sufrirá las torturas que le tiene preparadas. Después, satisfecha, vengada, el señor Vitel

le borrará de su lista, de su libro mayor, y al lado de su nombre y de la injuria consignada, al margen escribirá esta palabra: «pagó».

¡Ah, no! El asunto no terminó así.

XIX

En la penúltima semana del Carnaval, que el barón de Roizel pasaba bastante alegremente, la baronesa hablaba de los bailes de la Ópera con una amiga:

—Os aseguro, querida—decía la señora de B.—que una mujer honrada puede una vez ó dos, por curiosidad, ir á ese sitio. Se pinta con colores más negros de lo que es en realidad. No hablo, es claro, del vestíbulo y de los pasillos, que se pueden atravesar para formarse idea de ellos,

y que, según los aficionados, presentan á veces un aspecto algo... accidentado. Hablo de los patios donde está uno como en su casa, lejos del bullicio, de las frases obscenas y de los brazos demasiado dispuestos á enlazarse con cualquiera. Desde esos sitios reservados se oye la orquesta, que es de las más atractivas, se goza un golpe de vista mágico y se abraza el conjunto sin que el pudor tenga que sufrir nada por algún detalle escabroso.

—Pero, querida—dijo sonriéndose la señora de Roizel,—parece que no habláis de eso tan sólo de oídas por lo que insinuáis. Estáis al corriente hasta de los detalles... escabrosos, según decís. Vamos, confesadlo con franqueza, ¿habéis estado alguna vez en ese antro?

—Sí, tres veces seguidas en este invierno, con mi marido. ¿Estáis satisfecha?

—Seguramente; y vos lo estáis?

—Yo he quedado encantada, y volvería si me acompañaseis.

—¡Oh, no!—exclamó la baronesa asustada.

—Después de lo que he dicho, esa negativa y esa indignación me ofenden.

—No es indignación, es temor. Estoy convencida de que me moriría de miedo entre aquellas máscaras y aquellos dominós.

—¡Vos, que sois tan resuelta, tan valiente!

—Soy valiente para ciertas cosas, pero para eso no.

—Pues no veo—siguió diciendo la señora B...—qué puede temer una mujer que vaya del brazo de su marido.

—¿Qué decís?—exclamó la señora de Roizel.

—He dicho del brazo de su marido—añadió la señora B...

—¿Y creéis que el barón me llevaría al baile de la Ópera?

—¿Y por qué no?

—Execra ese... establecimiento; dice de él lo peor que hay, no ha puesto nunca los pies en él antes de conocerme á mí.

—¿Y después?

—Después, mucho menos. Y queréis que...

—No quiero nada.

La señora de B... se dijo que era prudente no insistir, y trató de cambiar de conversación. No pudo conseguirlo. Fué más fuerte que ella. No había pasado un segundo y volvía á empezarla en estos términos:

—¿Estáis segura de que vuestro esposo no ha puesto los pies en el baile de la Ópera en este invierno?

—¿Que si estoy segura? Segurísima. ¿Por qué me preguntáis eso?—añadió con

una ligera inquietud de que no se daba cuenta.

—Por nada—dijo la señora B... con cierta turbación.

—Además—replicó la baronesa, que trataba de saber más,—admitiendo que mi marido no experimentase un santo horror por los bailes en cuestión, no tendría materialmente tiempo de ir á ellos en este Carnaval. ¿No se verifican los sábados?

—Sí, según creo; mañana habrá uno, hoy es viernes.

—Pues el nuevo cargo que desempeña le ocupa tanto tiempo, que todos los sábados se ve obligado á pasar parte de la noche en la oficina para examinar y poner al corriente los asuntos de la semana. Me deja á las diez y no vuelve hasta las dos ó las tres de la mañana.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la señora de B...

—La semana anterior le hice notar que trabajaba mucho. Estaba pálido, tenía algo de fiebre, y el pulso agitado.

La sonrisa de la señora B... se dibujó más claramente; se llevó á la boca el pañuelo con el objeto de disimular la risa, que se empeñaba en hacerse ruidosa. La Ópera la había corrompido, encontraba á la baronesa un poco tonta.

Esta, por inocente que fuese, había sorprendido la sonrisa y quería explicaciones.

Como vacilaba en dárselas, su naturaleza meridional, algo violenta y muy viva, recobró sus fuerzas y la hizo olvidar la reserva que la sociedad impone. Amenazó á su amiga con su enfado, si después de haber despertado sus sospechas se negaba á hablarla con el corazón abierto, con toda franqueza.

La señora de B... declaró que le violentaba mucho; protestó contra la tortura

á que se sometía su discreción, y satisfecha con esas reservas, se entregó de buen grado. Acaso no hubiese ido á visitar á la señora Roizel con más objeto que hacerla esas confidencias.

La baronesa estuvo poco después al corriente de lo que hacía su marido, desde que había empezado el Carnaval. No sólo iba á la Ópera todos los sábados, sino que se encerraba en un palco en compañía de un dominó, y siempre con el mismo, lo cual era más grave.

La señora de Roizel preguntó naturalmente si conocían al dominó que se acusaba. La señora de B... confesó su ignorancia y la de sus amigos acerca de ese punto, entregándose inútilmente á toda clase de comentarios y á pesquisas muy activas acerca de la persona en cuestión.

Pálida, agitada, con las facciones descompuestas, la baronesa dió gracias á su

amiga por haberse violentado á vencer los escrúpulos de su discreción, para darle un golpe tan terrible. Después, cuando se quedó sola, llamó á su doncella, hizo que la vistiese, pidió un coche y dió orden de que la llevasen al Ministerio. Quería dar al barón un escándalo terrible, á solas en su despacho, ó delante de sus subordinados, poco la importaba. Hasta si fuese preciso, estaba dispuesta á arrancarle los ojos, y aguzaba las uñas.

Elaire libre, en el trayecto que mediaba desde su casa al Ministerio, hizo que la calma venciese su espíritu. Ella se decía, que obedeciendo á la cólera, que dejándose dominar por su carácter irascible, iba á dar un mal paso.

¿Qué podría saber, si empezaba por enseñar su juego á su esposo y si desde el primer momento le hacía ponerse en guardia contra ella? No se atrevería evidente-

mente á volver á la Ópera y darla allí sus citas; pero seguiría teniéndolas en otra parte, en un sitio que no pudiese descubrir ella. En cuanto á su rival, no la conocería nunca si obraba de ese modo; y deseaba mucho conocerla para... matarla, si no podía hallar otro suplicio; porque la muerte no hace padecer todo lo que ella quisiese! Fué alguna mujer celosa, sin duda, la que inventó el tormento.

Si el barón protestaba de su inocencia afirmaba ser víctima de parecerse á algún otro que iba al baile, pero que no era él; y si decía que le calumniaban, ¿cómo podía sostener su acusación? ¿Qué testigos podía invocar? ¿La señora de B... se atrevería á sostener lo que había dicho delante del culpable? Daría cualquier pretexto, saldría por una puerta falsa y quedaría ella sola frente á su marido, cuya cólera veía, fría, silenciosa, implacable, horrible.

¿No era más derecho callarse, hacerse la tonta, y al día siguiente, sábado, ir á la Ópera, buscar al barón y sorprenderle en flagrante delito de perfidia y de traición? No podría entonces decir que era una calumnia, ni incomodarse bajo pretexto de que era injusta con él. Además, una mujer celosa no vacila en arrancar la máscara con que se cubre una rival: la baronesa conocería por este medio á alguna amiga que la hacía traición á ella, ó recordando los rasgos de su fisonomía, sabría encontrarla para vengarse de ella.

Unos cuantos minutos antes de llegar al Ministerio, su resolución estaba tomada, y sus proyectos en suspenso: hizo al cochero desandar el camino, y entró en su casa.

Aquella mujer tímida, que cuando la hablaban de ir á la Ópera, aun del brazo de su marido, se indignaba, no pensaba

ya en asustarse, sino en ir ella sola. Los celos hacen ser valientes á los más tímidos.

XX

Al día siguiente, después de haber comido los dos esposos solos, y durante cuya comida, á fuerza de voluntad, llegó á aparentar una tranquilidad completa, la señora Roizel dijo á su marido:

—¿Y esta noche me dejáis sola también?

—Del todo no; estaré contigo hasta las once ó hasta las doce, si quieres.

—¿Y después?

—¡Ah! después, tengo que trabajar gran parte de la noche.

¿No era más derecho callarse, hacerse la tonta, y al día siguiente, sábado, ir á la Ópera, buscar al barón y sorprenderle en flagrante delito de perfidia y de traición? No podría entonces decir que era una calumnia, ni incomodarse bajo pretexto de que era injusta con él. Además, una mujer celosa no vacila en arrancar la máscara con que se cubre una rival: la baronesa conocería por este medio á alguna amiga que la hacía traición á ella, ó recordando los rasgos de su fisonomía, sabría encontrarla para vengarse de ella.

Unos cuantos minutos antes de llegar al Ministerio, su resolución estaba tomada, y sus proyectos en suspenso: hizo al cochero desandar el camino, y entró en su casa.

Aquella mujer tímida, que cuando la hablaban de ir á la Ópera, aun del brazo de su marido, se indignaba, no pensaba

ya en asustarse, sino en ir ella sola. Los celos hacen ser valientes á los más tímidos.

XX

Al día siguiente, después de haber comido los dos esposos solos, y durante cuya comida, á fuerza de voluntad, llegó á aparentar una tranquilidad completa, la señora Roizel dijo á su marido:

—¿Y esta noche me dejáis sola también?

—Del todo no; estaré contigo hasta las once ó hasta las doce, si quieres.

—¿Y después?

—¡Ah! después, tengo que trabajar gran parte de la noche.

—Acabarás por caer malo. ¿Por qué en vez de estar aquí las primeras horas de la noche, no te vas á hacer tus asuntos y vienes á buena hora á descansar?

—Es imposible, querida. El colega mío con quien redacto el importante dictamen de que he hablado, lleva á su mujer á una reunión todos los sábados, y no queda libre hasta muy tarde. Tiene más edad que yo, es más antiguo en el Ministerio, y me veo obligado á guardarle ciertas consideraciones, que no puedes por menos de aprobar tú también.

—Entonces no tengo nada que decir—dijo hipócritamente la baronesa, mientras se mordía los labios hasta hacerse sangre para no gritar: «Tu Ministerio se ha transportado á la Ópera, tu despacho es un palco, tu compañera una perdida, y tú eres un infame».

A las once, la señora Roizel, que tenía

que hacer algún preparativo, dió libertad á su marido, diciéndole:

—Vete ya, ponte á trabajar cuanto antes, para que veles lo menos posible. Haz por venir más pronto que el sábado último.

—Haré lo posible—dijo Roizel, que abrazó á su mujer con efusión, tan dichoso se creía al dejarla sola.

En vez de salir inmediatamente, pasó á su cuarto de vestir, se puso un frac, se echó encima el pardesús, para que á la baronesa no la extrañase el traje aquel en un hombre que iba á trabajar. Después salió sin ruido, con el paso tranquilo y el corazón libre de un peso.

Apenas cerró la puerta, la señora Roizel llamó á su doncella, cuyo silencio y discreción había comprado desde la víspera, se puso un traje de raso negro, se arropó en un mar de blondas, bajó la escalera y se metió en un coche de alquiler

que su cómplice tenía ya preparado. Los demás criados estaban ya encerrados en sus cuartos desde las diez de la noche, y al conserje no se le podía ocurrir que fuese la baronesa quien salía á aquellas horas; creyó que era alguna otra inquilina de quien sospechaba.

Cuando pagó y despidió al cochero en la calle Le Peletier, la baronesa se vió muy embarazada, puesto que ni ella ni su doncella estaban muy al corriente de lo que eran los bailes de máscaras. La señora Roizel pensó por un momento en tener por compañera á la indiscreta señora de B... pero no quiso dar mucha importancia á lo que la había dicho, ni dar á una amiga el placer de hacerla testigo de sus sufrimientos.

Temía también poner en ridículo á su marido á la vista del mundo, y convertir en asunto grave una simple aventura.

Sentíase capaz de todo á solas con él; pero no quería exponerle á las rechiflas de la multitud. Algunas mujeres, aun en el mayor acceso de celos, no dejan de usar ciertas delicadezas, y saben conservar su dignidad aun en sus arrebatos.

Felizmente para la baronesa, á su poco experimentada compañera no la faltó la presencia de ánimo, y supo sacar partido de la señora, que temblaba como la hoja en el árbol. Es un error creer que las más tímidas se hacen valientes cuando llevan careta. Hemos visto á muchas mujeres cubiertas por completo, que habían ido á un baile para entregarse al placer de dar bromas, no atreverse en toda la noche, no ya á colgarse del brazo de un hombre, sino ni á dirigirle la palabra. Casi estamos tentados á creer que la careta hace perder la seguridad y la gracia, si pensamos en algunas mujeres de mun-

do, preciosísimas en una reunión, y casi todas en un baile de máscaras. Las mujeres, para brillar, tienen necesidad de terreno conocido: cambiad sus costumbres, arrancadlas del medio en que viven, y pierden todas sus ventajas.

Gracias á su cómplice, que se había provisto de billetes, la señora de Roizel entró bien pronto en el templo de la calle Le Peletier.

Estaba lejos de sospechar el riesgo que la amenazaba. Como la señora de B... se lo había asegurado... el baile de la Ópera no exponía á ningún peligro á una mujer protegida por un hombre y decidida á atravesar los pasillos, sino al irse á esconder en un palco. Pero dos mujeres solas, asustadas, ignorantes de la actitud que deberían tomar en caso de ataque, no pueden aventurarse en un baile sin que sus oídos y sus talles corran algún riesgo.

Después de haber subido la gran escalera de la Ópera y desembocado en el salón que hay delante de los palcos entre-suelos, erraban de aquí para allá, empujadas á derecha é izquierda, atropelladas, detenidas por máscaras que las decían galanterías de muy mal gusto, ó por cualquiera otros que las decían cosas peores que las máscaras.

Buscaron refugio en el vestíbulo, donde no penetraban al menos más que gentes de frac y dominós. Diez jóvenes en busca de conquistas ó sencillamente de cualquiera que quisiese cenar con ellos, las asaltaron y quisieron apoderarse de ellas, y faltó poco para que hiciesen perder la cabeza á la señora Roizel.

Sus celos la sostenían, impidiendo huir de aquella baraúnda, de aquel horno, de aquel infierno.

Pero, ¿dónde encontrar á su marido?

Estaba en un palco según la habían dicho. ¿Desde dónde podría ver los palcos y sobre todo las personas que en ellos hubiese?

Quiso salir por la primer puerta que encontró á mano; pero el acomodador que se hallaba en ella no la dejó pasar y la dijo que tenía que ir por otra.

Engañóse de nuevo, pero esta vez encontró un municipal encargado de hacerla desandar el camino que había recorrido, y después de sufrir mil sofiones, empleó un cuarto de hora lo menos en salir del vestíbulo.

Por fin, la baronesa y su doncella llegaron al pasillo, vieron una gran abertura por donde la multitud pasaba, se confundieron entre ella, y después de bajar unos cuantos escalones penetraron en el salón.

Allí, la señora de Roizel sufrió un vahído. Aquel ruido de voces, de gritos, de

instrumentos de aire, esa baraúnda infernal que forman las muchedumbres, y sobre todo la que se reúne en un baile de máscaras, las luces de las arañas, la confusión de tantos colorines, el polvillo esparcido en el salón que parecía estar cubierto por una nube que flotaba en el aire, las mujeres muy descotadas, medio desnudas, que levantaban descaradamente la pierna á una altura increíble, pierrots, salvajes, polichinelas, arlequines habladores, gesticulando, saltando, cayendo, levantándose, empujando, dando gritos; en fin, según la frase usual que se ha hecho clásica, á esos inmensos *enguelements* que había de un extremo á otro del salón, hicieron que perdiere la razón la pobre baronesa, acostumbrada á fiestas más tranquilas y á vivir en un mundo más reposado.

Pero los celos, que la habían salvado

en el vestíbulo, la hicieron recobrar los sentidos en el salón de baile. Dirigióse agarrada á su doncella hacia los palcos, se paró delante de todos ellos, y haciendo uso de los gemelos de teatro, trató de ver si conocía á los que en ellos estaban.

La baronesa debió perder el color bajo la careta que la cubría: acababa de ver á su esposo. Estaba en pie, apoyado en la pared, y tenía cogidas las manos de una máscara eubierta con un dominó, á quien parecía suplicar le mirase.

XXI

El espectáculo que la baronesa presenciaba disipó su timidez, la libró del temor que se había apoderado de ella desde que entró en la Ópera. Iba á ser muy audaz.

No estaba ya en un baile de máscaras, en medio de un hormiguero humano, ó más bien, que no tenía nada de humano; no oía ya ni los sonidos de la orquesta ni la gritería de la muchedumbre delirante; no la desvanecía ya la luz de las arañas, la mezcolanza de los trajes, ni la sofocaba el calor, ni la hacían desfallecer las emanaciones malsanas.

Todo el salón se resumía para ella en un solo punto: en un palco entresuelo, y en aquél un grupo, un montón de trajes de raso y de blondas, una mirada ardiente, fija en una careta de terciopelo, como si tratase de penetrar á través de la tela, dos manos que cogían otras y unos labios que se abrían para dirigir una súplica ó mendigar un beso.

Huyó de allí, de aquella vergüenza, de aquella infamia. ¡Cómo, era el hombre que ella amaba, á quien había confiado su

porvenir, que ella creía suyo en absoluto como ella lo era de él!

Había mentido descaradamente. ¡La engañaba desde hacía dos meses; acaso la hubiese engañado siempre!

Y ella había sido tan tonta; que se inquietaba por el exceso de trabajo que tenía, sentía verle condenado á tan improba tarea y se preocupaba de su salud.

¡Era en la Ópera donde pasaba las noches, y en brazos de una mujer!

¡Y su vida estaba ligada á la de ese perjuro, de ese traidor, de ese cobarde!

No, no, no quería que la hablase más, que se acercase á ella, que le mintiese más tiempo. Se separarían, pero debería antes darle pruebas de su falta, dárselas á todos, á la sociedad, á sus amigos, á su familia, á los jueces.

En el palco habíase notado algún movimiento: las manos se habían desunido: el

enlace del grupo aquel no era tan íntimo, los dos amantes no se confundían ya en uno solo. La mujer dió un paso hacia la puerta del fondo.

La señora Roizel tuvo miedo: iban á separarse antes de que ella pudiese alcanzarles, antes de que hubiese conocido á su rival, antes de que le arrancase la careta... y la abofetease tal vez. Sí, abofetearla, ¿por qué no? ¿Por qué se debía respetar á sí misma? ¡Bonita razón! ¿Y él se respetaba lo bastante para que mereciese que ella le respetase? No era en aquellos momentos la baronesa de Roizel, era una mujer ardiente, apasionada, celosa, que acababan de herirla en medio del corazón.

¿Cómo había de llegar hasta el palco, ni siquiera al pasillo en el que se abría la puerta?

Preguntaría el camino, bueno. No se detenía ésta por tan poca cosa. Pero de-

lante de las vidrieras de los palcos había cortinas: ¿cómo desde el pasillo vería á los que buscaba?

Entonces se puso á contar los palcos que había, á partir desde el proscenio de la izquierda, que era el del Emperador. Su marido ocupaba el dieciseis; este dato la era suficiente.

Salió del salón. Tres jóvenes, dependientes del comercio, que la seguían desde hacía un rato y habían olfateado, si no una mujer preciosa, puesto que acerca de ello no podían saber nada, al menos una mujer de gallardas formas, murmuraron á su oído algunas palabras. No les oyó siquiera, y se alejó de ellos sin volver la cabeza, deslizándose entre la multitud con la facilidad de quien estuviese acostumbrada á hacerlo muchas veces.

Vió esta palabra escrita con gruesos caracteres sobre un tarjetón; *Salida*.

¿Salida de qué? ¿salida de dónde? ¿salida del salón del baile ó salida del teatro? Esa indicación podía ser muy útil á otros, á la baronesa no la servía de nada. Sin embargo, como para ir á los pasillos era preciso empezar por salir del salón, no vaciló, y emprendió el camino tan mal indicado.

Tuvo primero que bajar, después subió. Su cuerpo era presa de un temblor. ¿Sería la fiebre? No; todavía no. Sentía frío por haber pasado sin transición de un horno á una nevera.

Aquellos corredores, aquellos pasadizos, aquellos pasillos, aquellos desagües de un chiribitil en otro chiribitil, aquellos escapes de un burdel á otro burdel, han abrigado por espacio de veinte años, en los días de baile, lo que había en la Ópera de más abyecto: mujeres públicas que acechaban á inocentes provincianos en quie-

nes querían hacer presa, y máscaras repugnantes que ocultaban sus borracheras en los rincones más retirados, por temor, si entraban en el salón, de que les echasen de él los encargados del buen orden.

Una de estas máscaras, disfrazada de mozo de cuerda (acaso no fuese disfraz lo que llevaba, sino el traje que indicaba su ocupación ordinaria), vió á las dos mujeres, le parecieron bien, y de repente abrió los brazos y cogió á la baronesa.

Era lo menos que necesitaba para volverla á la realidad y arrancarla de sus pensamientos y de los proyectos que iba formando en su cabeza. Al contacto de aquellos brazos enormes, cubiertos de vello rojizo; al ver aquellos labios repugnantes que se abrían para besarla, al sentir cerca de su cara aquel aliento vinoso, su corazón se sublevó de disgusto y dió un grito.

Fué oído. Un municipal acudió y dió un empujón al mozo de cuerda, que, perdidas sus esperanzas, cayó sobre una banquetta á dormir la mona.

La baronesa, temblando aún al recordar el peligro que acababa de pasar, continuó su camino y se encontró bien pronto en la escalera principal, que reconoció, por haber subido por ella cuando entró en el baile. Un instante después entraba en el pasillo de los palcos principales, se escurría por entre los grupos hasta el proscenio imperial, y desandando el camino, contaba los palcos para detenerse delante del número 16.

Como había previsto, una cortina de seda encarnada cerraba herméticamente el hueco de la puerta.

Prestó atención y no oyó ningún ruido. El gran tumulto del salón ahogaba los demás.

Sufría horriblemente. ¿Qué pasaría detrás de aquella puerta? El grupo que acababa de deshacerse, ¿no se habría formado de nuevo? A las palabras que se decían antes al oído, ¿no habrían sucedido besos?

Dominada por la cólera, con las manos nerviosamente crispadas, llamó á la puerta del palco.

Nadie respondió.

Iba á llamar de nuevo, cuando la acomodadora, que acababa de notarlo, se dirigió á ella:

—¿Qué queríais, señora?—la preguntó.

—Quiero entrar.

—No se puede, está ocupado.

—Han salido ya.

—Os digo que no. Tengo guardados los abrigos del señor y la señora que le ocupan.

—Abrid, que me esperan.

—No aguardan á nadie y no quieren que nadie les incomode.

—Tomad un napoleón y abridme.

—Me han ofrecido más porque no entre nadie.

La baronesa sacó su portamonedas para comprar á la acomodadora; pero tenía en él una cantidad insignificante.

Entonces se apoyó en una columna, frente al palco, y esperó á que se abriese.

Trancurrió una hora; pero por fin la puerta se abrió.

XXII

La baronesa comprendió entonces que ciertas mujeres, á pesar de la vivacidad de su carácter, no se olvidarían de sí mismas hasta el punto de pasar á vías de hecho.

Sufría horriblemente. ¿Qué pasaría detrás de aquella puerta? El grupo que acababa de deshacerse, ¿no se habría formado de nuevo? A las palabras que se decían antes al oído, ¿no habrían sucedido besos?

Dominada por la cólera, con las manos nerviosamente crispadas, llamó á la puerta del palco.

Nadie respondió.

Iba á llamar de nuevo, cuando la acomodadora, que acababa de notarlo, se dirigió á ella:

—¿Qué queríais, señora?—la preguntó.

—Quiero entrar.

—No se puede, está ocupado.

—Han salido ya.

—Os digo que no. Tengo guardados los abrigo del señor y la señora que le ocupan.

—Abrid, que me esperan.

—No aguardan á nadie y no quieren que nadie les incomode.

—Tomad un napoleón y abridme.

—Me han ofrecido más porque no entre nadie.

La baronesa sacó su portamonedas para comprar á la acomodadora; pero tenía en él una cantidad insignificante.

Entonces se apoyó en una columna, frente al palco, y esperó á que se abriese.

Trancurrió una hora; pero por fin la puerta se abrió.

XXII

La baronesa comprendió entonces que ciertas mujeres, á pesar de la vivacidad de su carácter, no se olvidarían de sí mismas hasta el punto de pasar á vías de hecho.

Una hora antes alimentó el proyecto de arrancar la máscara á su rival. Ahora no se atrevería á llevar á cabo ese acto de violencia; en cierto modo se hallaba paralizada.

—¿Decididamente no queréis que os acompañe—decía con voz enternecida el barón, que tenía cogida una mano del dominó é intentaba detenerla.

—No, no... ya os lo he dicho, es imposible—respondía la desconocida, mientras la acomodadora del paleo echaba sobre sus hombros una salida de teatro.

—¿Me dejaréis que os acompañe hasta el carruaje?

—Tampoco. Cumplamos las cláusulas del convenio que hemos hecho. Yo dejaré esta severidad como os he prometido, cuando los bailes de la Ópera hayan terminado. No tenéis que esperar más que un sábado y el miércoles de ceniza. Vos,

por vuestra parte, no trataréis de saber mi nombre; me habéis dado vuestra palabra de honor. Si por descuido faltáis á ella, no me volveréis á ver nunca. Adiós y hasta el sábado próximo.

—¡Qué largo es eso!

—Convengo en ello; pero acaso á mí me parezca tan largo como á vos.

Y se alejó después de decir estas palabras, destinadas á sumir al barón en un dulce desvarío.

Sin preocuparse de su marido, que tarde ó temprano había de encontrar en su domicilio conyugal, la baronesa se apresuró á seguir á su rival, á quien deseaba á todo trance conocer, y con la cual, al menos ella, no tenía hecho ningún contrato.

La máscara del dominó, al atravesar el pasillo de los palcos principales, se vió detenida por muchas personas, de quienes

supo desembarazarse con una destreza y una desenvoltura de que sólo una mujer de costumbres algo libres sería capaz. Al mismo tiempo se acercó á dos jóvenes para darles broma.

—Te conozco—la dijo el primero.

—Te equivocas. ¿Quién soy?

No sabemos lo que él diría; pero á ella la oímos:

—¡Insolente! No quiero chanzas contigo.

Se escapó de sus manos, y cogiendo el brazo de un buen mozo, hombre de sociedad y pintor de talento, le dijo:

—Y tú, que eres más fino que tu amigo, ¿me conoces?

—Vente conmigo y te lo diré.

—Tengo prisa.

—¿Qué me importa? No era necesario que me hablastes. Te cojo y no te suelto. El baile está muy aburrido, y tú me distraerás.

La había conducido junto á una columna, y en pie, estrechándola de cerca, paseaba una investigadora mirada sobre toda su persona.

—¡Tomá! ¡toma! no eres una *cocotte*—la decía él.

—Así lo creo.

—¡Oh! no te hagas la orgullosa. Tampoco perteneces á la alta sociedad.

—¿De veras? ¿Quién soy pues?

—No eres de clase conocida... Eres rica, eso se huele; y bonita, eso trasciende más aún.

—Pues qué, ¿la belleza tiene olor?

—¡Ya lo creo! y de los más acres—dijo inclinándose hacia ella.

Enderezóse al momento, y cambiando de tono y llevándose la mano al sombrero que, según se acostumbra en los bailes de máscaras, tenía puesto, la dijo:

—Dispensadme que os haya tuteado,

señora. Hasta ahora no os había conocido.

—¿En qué?

—En vuestro talle, que no había medido: no hay ninguno en todo París que se parezca al vuestro.

—¡Artista al fin!—dijo riendo.

—Y artista en activo servicio. Si queréis ir algún día á mi estudio...

—¿Para qué?

—Para todo... lo que queráis.

—¿Y cómo?

—De veneciana.

—Me has conocido, en efecto, y como no puedo ya darte broma, te dejo.

—Pero ¿y la súplica que acabo de haceros?

—Pensaré en ello. Tú has dicho que no era de la alta sociedad, y necesito vengarme de ese insulto.

—No lo es. Sostengo lo dicho. Vos sois una personalidad; vos sois vos...

—¡Bueno, bueno! Tratas de arreglarlo, pero ya me vengaré.

—Ahora mismo si quieres. Salgamos.

—¡Presumido!

Y le tendió su mano, que él cubrió de besos; y después se escapó en dirección á la escalera que conduce á los palcos segundos.

La baronesa de Roizel había escuchado aquella nueva entrevista y se puso colorada debajo de su careta, diciendo que su marido había caído en las garras de una coqueta refinada.

Al llegar al segundo piso, el dominó parecía buscar á alguien, se acercó á muchas mujeres, se inclinaba para examinarlas atentamente sus vestidos, y bien pronto, tocó en el brazo á otro dominó de pequeña estatura, que llevaba en el hombro izquierdo un lazo de seda de color morado, prendido con un alfiler. Es sabido que

en los bailes de máscaras, las amigas, para conocerse, tienen que recurrir á esas señales.

La que se unió á Lucrecia estaba asomada á la barandilla del anfiteatro, desde donde se dominaba el pasillo de los palcos principales y el vestíbulo.

Volvióse con presteza, miró y dijo esta palabra sola:

—¡Venecia!

—¡Trouville! —la contestaron.

Los dos dominós no tenían duda acerca de su identidad. Y se encaminaron las dos hacia la puerta de salida.

—¿Y qué? —dijo la más baja á la otra, — ¿estáis contenta del baile? ¿Va en buenas el barón?

—Cada día mejor. Está loco rematado por mí.

—No me extraña. Siempre habéis conseguido eso de todos.

—Y vos, ¿no estabais harta ya de esperar?

—¡Aburrirse aquí es imposible! Los bailes de máscaras han debido ser inventados por una fea. ¡Fijáos bien! Tapadas con la careta se nos puede creer bonitas y hacernos la corte, como si lo fuésemos realmente. Yo hace poco que me he hecho esas ilusiones; tres imbéciles han murmurado á mi oído, sorprendidos y encantados, palabras de amor, y uno de ellos se ha dignado ofrecerme una cena. He estado á punto de aceptar para reirme de su sorpresa cuando me hubiese quitado la careta.

—Os olvidáis siempre de vuestro talento, que de seguro le habría retenido á vuestro lado.

—¡Oh! el talento, á las cuatro de la mañana, después de una noche de baile, es un manjar poco apetitoso.

Y hablando de este modo, habían bajado la escalera principal de la izquierda, pasado por delante del guardarropa y esperaban en el vestíbulo á que las trajesen un coche que habían dicho á un empleado del teatro les buscarse.

La señora de Roizel había también pedido otro, decidida á seguir á su rival.

Vinieron á decirles que estaban ya esperándolas.

Los dos dominós subieron en uno y dieron las señas donde les habían de conducir. La doncella de la baronesa, mientras su señora ocupaba el segundo, dijo á su vez algunas palabras al oído del cochero.

Y los dos coches partieron, en seguimiento uno de otro.

XXIII

Al llegar á la plaza de la Magdalena, el primer carruaje tomó la calle Real y los Campos Eliseos. El que conducía á la señora de Roizel se dirigió por el mismo sitio, conservando una distancia respetable para no despertar sospechas.

Entregada por completo á la persecución de su rival, no se acordaba siquiera de lo que sería de su marido desde que su misteriosa compañera le había dejado en el baile de la Ópera. Si se había vuelto al momento á su casa, y le había dado la idea de entrar en la habitación de su esposa, ¡qué sorpresa no sería la suya al encontrarla vacía á las cuatro

de la madrugada! ¿Creería que la causa de aquella escapatoria nocturna eran los celos?

¿Qué la importaba? En aquellos momentos deseaba ella una separación eterna, un escándalo. No creía que debía perdonar á su marido su engaño, su doblez y su traición; veía un abismo infranqueable entre ella y él y se consideraba libre de todo compromiso. ¡Era tener ideas muy equivocadas acerca del matrimonio! El hombre puede faltar á sus deberes, pero no permite que la mujer falte á los suyos. Atraviesa el corazón de la que ha jurado amar y proteger; pero no se cree obligado, al mismo tiempo, á las condenas de su compañera. Moralmente todo les separa; materialmente todo les une. La ley puede á veces, no romper las cadenas, sino aflojarlas un poco y hasta rehuye casi siempre ese compromiso.

Los dos coches recorrieron los Campos Elíseos, pasaron por junto al Arco de Triunfo y entraron en la avenida de la Emperatriz.

A la mitad de ella, el primer coche se paró de repente delante de una magnífica morada que la baronesa conoció; era el hotel, tan admirado por todos los parisien- ses que iban al Bosque, el de los señores de Vitel.

Era su rival aquella mujer de quien huía con tanto cuidado, porque su marido la pareció en otra ocasión que se había fijado en ella.

—¡Qué, todo su trabajo, su ingenio, sus precauciones no habían servido para otra cosa que para hacer que se juntasen más!

¡Sí, era ella! La baronesa debía haberla conocido por sus maneras, por su voz atractiva y dulce, por el ligero acento ita-

liano que á los hombres les parecía en ella tan encañador.

No cabía engañarse: era el ama de la casa. La traía á ella un coche de alquiler, porque no quería, al haber ido en su coche, que todo París supiese que había estado en el baile de máscaras de la Ópera. Pero el gas estaba aún encendido en el patio del hotel, y el suizo, después de abrir la verja, tiró del timbre para avisar á los criados.

La de Roizel tenía que entrar en el domicilio conyugal clandestinamente, sin ruido, como una delincuente; mientras que la que acababa de dar tan rudo golpe á su tranquilidad, y de robarla su bienestar, su dicha, entraba triunfalmente en su domicilio.

Media hora después llegaba á su habitación, y vió que su marido no había hecho uso aún de la bujía que tenía pre-

parada para cuando volviese. El barón, llena su imaginación de los recuerdos que le había dejado su larga entrevista con Lucrecia Vitel, no había querido alejarse de aquellos lugares que habían sido testigos de sus amores. Acaso hubiese ido á cenar y, con la ayuda del champagne, tratar de estar con el pensamiento en compañía de la que se había separado tan pronto de su lado para lo que él hubiese deseado que estuviese.

La baronesa se retiró á su cuarto, sin saber qué es lo que haría. ¿Esperaría á su marido para afearle su conducta, tratarle como merecía y desahogar la cólera que desde hacía dos días abrigaba en su interior? ¿O sería mejor retrasar hasta el día siguiente sus explicaciones y el escándalo que podría resultar de ellas?

Tendida en una *chaise-longue* cerca de la chimenea, que estaba apagada, se hizo

estas preguntas cuando se iba adormeciendo.

Desde que su amiga B... había hecho nacer en su espíritu las primeras sospechas y despertaron sus celos, tenía los nervios de tal manera excitados, que no pudo dormir. Pero las emociones del día y de la noche anteriores habían quebrantado su cuerpo; la naturaleza recobraba sus derechos.

Aquel reposo de unas cuantas horas, aquel aniquilamiento de todo su ser, calmaron su fiebre, aplacando la intranquilidad de su alma. Al despertar vió más claramente los hechos que acababan de alterar su vida, juzgó con más serenidad de su situación.

Bajo el golpe de una emoción vivísima, ofendida en su más legítima susceptibilidad, cruelmente herida, era capaz de hacer toda clase de atrocidades, podía dejarse

llevar á las más extremas resoluciones. Pero pasado ese peligroso momento, con la cabeza más reposada y con más sangre fría, volvía á ser lo que siempre había sido: una mujer de corazón, una mujer de juicio, y sobre todo, de buen sentido.

¿Qué iba á decir á su esposo? ¿Que se había rebajado hasta seguirle, hasta espiarle, hasta ir con su doncella á un sitio donde apenas si se puede entrar yendo del brazo de un marido? ¿Y por qué se había puesto en contacto con aquella muchedumbre, se había codeado con todos los vicios, respirado aquel aire infecto y manchádose con sus impudicias? ¿Para sorprender á su marido en flagrante delito de engaño? ¡Pero si hubiese ido al Ministerio, donde había dicho que tenía que pasar la noche, hubiera podido confundirle también!

Le había visto, es cierto, en el baile de

máscaras, en un palco, cerca de una mujer á quien parecía querer. Pues bien; si buscaba á esa mujer en la Opera, era porque ella no le permitía que la viese en otra parte. Si les veía en público, era porque aún no tenían sitio alguno donde citarse.

Era evidente que sus amores no habían dicho aún su última palabra, que se trataba más bien de una aventura de máscaras que de unas relaciones serias. ¿No sería imprudente dar demasiada importancia al asunto?

Al contrariar los deseos de su esposo, ¿no los irritaría y haría que se acercase más á aquella de quien parecía estar lejos aún? ¿No corría el riesgo de enajenarse para siempre el cariño de aquel corazón que tal vez podría ser suyo de nuevo?

Sin embargo, ella no podía engañarse, la hacía traición su esposo, si no de hecho, con el pensamiento, y para ciertas almas

delicadas, la intención vale tanto como la ejecución.

Su marido habría consumado el engaño que había empezado á hacerla si ella se lo permitía. La resistencia fingida y calculada de Lucrecia Vitel era lo único que podía hacer creer en la inocencia relativa del barón. El no era fiel, ni por principios, ni por virtud, ni por amor á su mujer; lo era por órdenes recibidas, por necesidad, por fuerza mayor. Con la mejor voluntad del mundo, la baronesa no podía enorgullecerse de los rigores con que su marido era tratado ni tener en cuenta su reserva.

Bien calculado todo, y para evitar mayores peligros, para no tener nada que reprocharse, para pensar en el porvenir, era mejor callarse y hacer creer al barón que ignoraba su mala conducta. Pero, al guardar silencio, era preciso separar al barón

de aquella mujer peligrosa, de la cual había conseguido su esposa alejarle, y que había vuelto á encontrar en aquella máscara desconocida.

XXIV

La señora de Roizel se vió obligada á confesarse luégo, que entregada á sus propias fuerzas, la sería muy difícil alejar á Lucrecia de su esposo, y combatir victoriosamente con ella. Recordó al mismo tiempo que tenía un poderoso protector que la tenía mucho cariño, y que en la situación grave en que se encontraba no la negaría su concurso. Era el señor de L..., ministro que había sido y entonces senador, y de los influyentes, si es permitido

expresarse así, muy atendido por el gabinete, y que gozaba en las Tullerías de una influencia incontestable. Había sido tutor de la baronesa, que se quedó huérfana á los doce años, y más tarde testigo de su boda.

Olvidábase hacía tiempo de aquel antiguo amigo de su familia, no por ingratitude, no por olvido, sino por delicadeza y por honradez. El hijo del señor de L..., auditor en el Consejo de Estado, tendría de veintiocho á treinta años de edad, y la había hecho el amor cuando era soltera. Prefirió al barón á él, y creyó desde entonces era deber suyo evitar toda ocasión de encontrarse con el compañero de su primera juventud. Hoy ya podía volverle á ver sin peligro: ya se había olvidado de ella. Además, no iba á su casa, sino á la de su padre, y á éste era á quien pediría consejos y apoyo.

de aquella mujer peligrosa, de la cual había conseguido su esposa alejarle, y que había vuelto á encontrar en aquella máscara desconocida.

XXIV

La señora de Roizel se vió obligada á confesarse luégo, que entregada á sus propias fuerzas, la sería muy difícil alejar á Lucrecia de su esposo, y combatir victoriosamente con ella. Recordó al mismo tiempo que tenía un poderoso protector que la tenía mucho cariño, y que en la situación grave en que se encontraba no la negaría su concurso. Era el señor de L..., ministro que había sido y entonces senador, y de los influyentes, si es permitido

expresarse así, muy atendido por el gabinete, y que gozaba en las Tullerías de una influencia incontestable. Había sido tutor de la baronesa, que se quedó huérfana á los doce años, y más tarde testigo de su boda.

Olvidábase hacía tiempo de aquel antiguo amigo de su familia, no por ingratitude, no por olvido, sino por delicadeza y por honradez. El hijo del señor de L..., auditor en el Consejo de Estado, tendría de veintiocho á treinta años de edad, y la había hecho el amor cuando era soltera. Prefirió al barón á él, y creyó desde entonces era deber suyo evitar toda ocasión de encontrarse con el compañero de su primera juventud. Hoy ya podía volverle á ver sin peligro: ya se había olvidado de ella. Además, no iba á su casa, sino á la de su padre, y á éste era á quien pediría consejos y apoyo.

A las diez de la mañana, cuando el barón, cansado por causa de aquella noche que había pasado en blanco, dormía aún, su esposa se dirigió á casa de su antiguo tutor, á quien había anunciado su deseo en unas cuantas líneas escritas apresuradamente.

Después de haber prestado la atención debida á las confidencias de su pupila, su tutor la felicitó por haberse abstenido de hacer saber al barón que se hallaba al corriente de su conducta.

—Hubiese tenido derecho—le dijo—á haceros los más vivos reproches sobre el espionaje á que os habéis dedicado. Si lo hubieseis hecho á la luz del día, en vuestra casa, en una reunión, no podría decir nada; pero de noche, en mala compañía, en un sitio de tan mala fama, es muy diferente. Aprovecharía la falta que habíais cometido para dar otro giro á la cuestión

y echar sobre vos la responsabilidad y los cargos. De fiscal os convertiríais en reo; sería preciso defenderos, cuando no erais vos la culpable. Conozco hace tiempo á vuestro marido; he tenido asuntos con él á causa de los empleos que ha desempeñado en estos últimos tiempos. Es hombre muy fino, muy hábil y algo vengativo. Perdonadme que os dé mi opinión de un modo tan franco, pero puede serviros alguna vez. Además, que no digo nada malo de vuestro esposo: la finura y la habilidad no son defectos.

—En fin, ¿qué me aconsejáis?—preguntó bruscamente la baronesa, demasiado nerviosa para oír con tranquilidad al señor de L...

—Que continuéis fingiendo la más completa ignorancia.

—¿Y qué más?

—¿Cómo?

—Si la vuelve á ver, si se hace su amante, ¿he de continuar callando?

—Haremos que no la vea.

—¿Y cómo lo impediremos? Si no digo nada, si no me quejo, si hago como que lo ignoro todo, la impunidad de que goza le hará que se atreva á todo.

—A no ser que desaparezca la señora Vitel, como á vos se os ha ocurrido; una gran idea por cierto, la única verdaderamente práctica.

—¿Y creéis posible esa desaparición?

—Por completo.

—Y os encargaríais vos...

—Sin duda. ¿No era el favor que queríais pedirme?

—Venía en busca de un consejo.

—Sí... pero esperábais esto—respondió el hombre de Estado sonriendo.—Y si yo no os lo hubiese dado, vos me lo habríais pedido, y eso es lo que he querido

evitar. No tenéis que ocuparos de eso. Nadie debe saber que habéis estado esta noche en el baile de la Ópera, ni que habéis venido á visitarme. Volveos á casa lo más pronto posible; tratad de estar con vuestro marido amable como siempre, y yo me encargo de lo demás.

—¡Os doy las gracias de todo corazón!—dijo.—Mi dicha depende de vos, ¡si es que puedo volver á ser feliz!

—¿Por qué no lo habéis de ser?

—¿Cómo tener confianza en él? ¿Cómo quererle ya?

—De seguro. Una mujer honrada no rompe tan fácilmente su ídolo. Olvidaréis pronto la pasada noche y no os acordaréis más que de los largos y hermosos días que la han precedido.

Gastón de L... entró de improviso en casa de su padre, que creía encontrar solo en su gabinete, é interrumpió su en-

trevista. El joven auditor se puso pálido al encontrarse frente á frente de la que había amado, y aún amaba tal vez. La baronesa también sintió ruborizarse, y algún dulce recuerdo del pasado vino á refrescar su corazón, turbado y ulcerado desde la víspera.

Cuando se quedó solo el señor de L... se ocupó sin más tardar de su pupila, á la que tenía mucho cariño. Se dirigió á las Tullerías á casa de un íntimo amigo, muy conocido en París, y á quien las delicadas funciones que desempeñaba cerca de su soberano daban inmenso poder. Era, seguramente, el personaje que estaba en mejores condiciones de ser útil á la baronesa y de desembarazarla, sin ruido y en un decir Jesús, de su rival.

El ex-ministro y su amigo, que era tan influyente, en su género, como la mayor parte de los ministros, se entendieron

para hacer que desterrasen momentáneamente de París á los señores de Vitel. La conducta de esos dos ricos de repente, los rumores, más ó menos calumniosos, esparcidos acerca de ellos, el estado civil de Lucrecia Vitel, nacida en Venecia, de padre y madre italianos, animaban á atreverse á cometer con ellos un abuso de autoridad. Sabido es que la opinión pública no era favorable á los dos esposos, y que la prensa no se atrevería á defenderles.

Dióse, pues, á la señora Vitel, el lunes por la mañana, el consejo semi-gubernativo de salir de París en el más breve tiempo posible, atravesar la frontera, lo cual tenía costumbre de hacer con frecuencia, y no volver á Francia hasta nuevo aviso.

El asombro de Lucrecia fué inmenso; su cólera, ó más bien su rabia, corría parejas con su extrañeza. ¿Qué significaba

aquel rigor? ¿Con qué derecho se atrevían á tratarla con tal severidad? ¿Estaba fuera de la ley? ¿Había perdido sus derechos de ciudadana? Había nacido en Venecia, es cierto, pero estaba casada con un francés y debía ser protegida por las leyes francesas. La trataban como á las mujeres públicas, á las cuales se les aplica, en nombre de la moralidad, reglamentos especiales. ¿Qué ofensa había ella hecho á la moral? Protestaría por medio de los periódicos contra aquella violación de derecho; se dirigiría á sus amigos, bastante poderosos é influyentes para defenderla.

Aquellas quejas conmovieron muy poco á la persona delante de la cual las formulaba. Era un agente de segunda clase, encargado de dar una orden verbal, porque cuando un funcionario del Estado comete alguna arbitrariedad, no escribe, da órdenes de palabra. Al que habían

dado el encargo de ir á casa de la señora Vitel no tenía comunicación por escrito con la cual pudiera combatir las protestas de la persona objeto de las órdenes de que era portador.

Debía transmitir las sencillamente, y, en caso necesario, ejecutarlas. Pero el lujo, la distinción, la belleza de Lucrecia, le causaron efecto. Con su olfato de policía, comprendió que sus jefes se excedían de sus deberes: vendría, tarde ó temprano, la reacción en favor de la que se sacrificaba á alguna influencia elevada, y era bueno ponerla de su parte, y si fuese preciso, tener en ella una protectora.

Permitióse, pues, hablar con ella amistosa, fraternalmente; la aconsejó que dejase pasar el chubasco, que saliese de París sin ruido, como si se tratase de un viaje de recreo, y que se valiese de sus relaciones para volver con la cabeza le-

vantada y con todos los honores de la guerra.

El consejo produjo saludable impresión en la señora Vitel. La entrevista que tuvo pocos momentos después con Carmen acabó de convencerla y decidirla á seguir los consejos que la había dado el empleado de la Prefectura.

XXV

—¿No sabéis lo que me ocurre?—dijo Lucrecia al ver á Carmen;—que mis enemigos, ó más bien, los nuestros, puesto que hacéis causa común conmigo, triunfan en toda la línea, han pedido y obtenido mi destierro; acaban de darme orden de salir de Francia.

—No me extraña—dijo Carmen sin

inmutarse;—presentía algo de eso, y si me veis tan temprano en vuestra casa, contra mi costumbre, es porque había adivinado el peligro.

—¿Qué habéis sabido por vuestra parte?

—¿Qué queréis decir?

—¿No sabéis de dónde procede el golpe que he recibido?

—De algún enemigo.

—Evidentemente. ¿Pero de cuál de ellos?

—No lo sé. ¡Tenemos tantos!

—Pues buscad.

—Quizás de la marquesa de Tourves, que ha vuelto de los baños.

—No, la marquesa está anonadada, no tenéis que temer nada de ella. Es un asunto terminado; el otro, el que está en vías de ejecución.

—¿Cuál otro?

—El de la baronesa de Roizel. Me pa-

rece que os habéis ocupado de ella la noche anterior para que os hayáis olvidado de ella tan por completo.

—No puede desconfiar de nada ella...

Su mismo marido no sabe quién soy yo.

—Acaso la mujer esté más instruída.

—¿Habéis notado que desde que salimos del baile nos han seguido?

—No, ¿quién?

—Dos dominós.

—No los he visto.

—Pues yo lo noté desde que subisteis á buscarme. Os seguían, sin duda, hacía largo rato.

—¿Por qué no me lo habéis advertido?

—No estaba completamente segura de ello. Salimos del baile, y los dominós han seguido nuestros pasos con mucha destreza, les hago esa justicia. Subimos al coche y ellos tomaron otro, y el suyo ha seguido el mismo camino que nosotras. Cuando

hicimos alto, se detuvo también. Os dejé al pie de la escalera y me marché en el mismo coche que nos conducía. Entonces se invirtieron los papeles, ya no era mi coche el seguido, era el de los dominós, que me había tomado bastante delantera, y á quien alcancé al momento. ¿Sabéis dónde ha dejado á sus parroquianas? Delante de la casa del barón de Roizel. Era ella misma, acompañada de alguna amiga ó de su doncella, quien desde que entrasteis en el teatro había estado observando todas vuestras acciones.

—¿Estáis segura de lo que decís?

—Por completo.

—¿Por qué no habéis venido antes á decírmelo?

—Por ser ayer domingo—respondió con gran descaro Carmen.—Richard, de quien ya os he hablado, estaba libre, y le he dedicado todo el tiempo. Qué queréis,

de día en día me hace olvidar más á Didier de Prades, y yo... no busco más que ese olvido.

—Creía—dijo Lucrecia—que por coquetería tendríais con ese joven las citas de noche.

—Exceptuando los domingos, en invierno, cuando anochece á las cinco. Entonces puedo verle sin peligro para mí, y sin que él pierda las ilusiones.

—Deberíais haberme dado noticias por la mañana temprano de tan importante descubrimiento.

—Pudiera contestar que, cansada de la noche del baile, no me he despertado hasta la hora afortunada de mi cita. ¿Os figuráis que voy á dar lecciones toda la semana para ganarme la vida y el domingo ha de ser lo mismo?... Pero esa respuesta sería falsa, faltaría á la verdad. Después de descansar cuatro ó cinco horas lo más,

me presenté á las diez en casa de la señora de Roizel, donde, en calidad de profesora, tengo entrada á todas horas. Había pensado proponerle dar su lección el domingo en vez del lunes. Me lo concedió sin vacilar, como yo esperaba, y tuve ocasión de estudiar su fisonomía, alterada por los sucesos ocurridos el día antes. Era evidente que la pobre baronesa había dormido menos que yo, y que los celos y la cólera habían hecho en su cara el estrago natural.

No sólo me dejaba marchar por no estar en disposición de dar lecciones de español ni de portugués, sino porque según me dijo, iba á salir... ¡Un domingo de invierno, á las diez de la mañana, salir una mujer rica, elegante! Apenas yo me permitiría salir tan temprano. Algo oculto había en ella. Saludé, bajé, me metí en un coche... ¡Cuánto dinero, Dios mío,

me cuesta ser curiosa!... y esperé. Francamente, la baronesa no podía quejarse: ya que me siguió el día anterior, tenía yo derecho á seguirla... Al cabo de un cuarto de hora subió, delante de mí, en un coche de alquiler, que se detuvo al poco rato... ¿á que no adivináis dónde?... A la puerta del hotel del señor L... ¿Comprendéis ya?...

—Perfectamente—respondió Lucrecia, que no había perdido ni una palabra de la narración;—siempre el mismo sistema: una vez hace que me despidan del hotel en que vivía en Niza, porque tenía miedo que la quitase el amor de su marido. En el teatro Italiano, y por su influencia, no me quisieron dar el palco inmediato al que ella tenía. En Trouville, en casa de vuestro padre, quiso también que no me admitiesen, y como me puse en guardia, se tuvo ella que marchar de allí. Ahora

mismo, porque está celosa, es de mi propia morada de París, de Francia, de donde me hace desterrar, valiéndose para ello de la policía. ¡Porque ella se queja, me tratan como á una mujer pública! ¿Es que acaso he muerto? ¿No soy nada en el mundo? ¡Conque no se tiene en cuenta mi estado civil! Por más que estoy casada, no se tiene en cuenta; se rasgan todos los contratos; se me juzga y se me condena; se me castiga sin oírme, ¡porque la señora de Roizel, que está bien relacionada con la corte, porque la protegen de arriba, me hace el honor de temerme!

La cólera de Lucrecia se parecía á la que sintió Carmen en Trouville, al verse despreciada por Didier de Prades. Se manifestaba por los mismos gestos, idénticas voces, y muchas veces, hasta por iguales palabras. Pálida, agitada, convulsa, recorría su estancia á grandes pasos, y diri-

giéndose á Carmen, la dijo cara á cara estas frases incorrectas:

—¡Ah! ¡había emprendido el asunto del barón sin otro objeto que vengar á mi marido!... Creía que en cuanto acabase el Carnaval, no iría más allá, y me contentaría con la turbación que produciría en su corazón, bastante estúpido para enamorarse de mí... Pero su mujer se mezcla en ello... á quien yo no quería mal... me ataca y me ofende empleando las armas peores... Pues sí, lo juro, que no descansaré hasta que me vengue de ella, y la devuelva centuplicado el daño que me hace... No sólo la causaré perjuicio á ella, sino á ese señor L..., que es cómplice suyo. Yo haré ver á esos poderosos de hoy, que no se juega impunemente con una mujer como yo, que soy más hábil, más fuerte y más poderosa que ellos.

Detúvose entonces, y uniéndose con

Carmen, la dijo con voz que se había hecho dulce y tranquila como por encanto:

—Ahora me veréis hacer mis preparativos de viaje; esta noche á las ocho tomo el tren expreso de Marsella, y estaré en Venecia dentro de cinco días; pero... estad segura de ello... no me tendrá mi patria mucho tiempo en su seno.

XXVI

Como había dicho Lucrecia al marcharse de París, no tardó mucho en volver. Obedeció sin protesta de ninguna especie las órdenes de la policía. Creyóse que emprendía de repente uno de esos viajes suyos que tanto daban que hacer á todos, porque no habían podido comprender la causa que los motivaba. En el Bos-

giéndose á Carmen, la dijo cara á cara estas frases incorrectas:

—¡Ah! ¡había emprendido el asunto del barón sin otro objeto que vengar á mi marido!... Creía que en cuanto acabase el Carnaval, no iría más allá, y me contentaría con la turbación que produciría en su corazón, bastante estúpido para enamorarse de mí... Pero su mujer se mezcla en ello... á quien yo no quería mal... me ataca y me ofende empleando las armas peores... Pues sí, lo juro, que no descansaré hasta que me vengue de ella, y la devuelva centuplicado el daño que me hace... No sólo la causaré perjuicio á ella, sino á ese señor L..., que es cómplice suyo. Yo haré ver á esos poderosos de hoy, que no se juega impunemente con una mujer como yo, que soy más hábil, más fuerte y más poderosa que ellos.

Detúvose entonces, y uniéndose con

Carmen, la dijo con voz que se había hecho dulce y tranquila como por encanto:

—Ahora me veréis hacer mis preparativos de viaje; esta noche á las ocho tomo el tren expreso de Marsella, y estaré en Venecia dentro de cinco días; pero... estad segura de ello... no me tendrá mi patria mucho tiempo en su seno.

XXVI

Como había dicho Lucrecia al marcharse de París, no tardó mucho en volver. Obedeció sin protesta de ninguna especie las órdenes de la policía. Creyóse que emprendía de repente uno de esos viajes suyos que tanto daban que hacer á todos, porque no habían podido comprender la causa que los motivaba. En el Bos-

que se decía: «¡Calla! ¡la señora Vitel no ha salido hoy! ¿Cómo será eso?» A nadie se le ocurrió creer en un destierro involuntario, ni en un viaje á la fuerza.

Pero antes de ponerse en camino, llamó á su amigo más antiguo, y el más interesado en hacerse agradable, y le confió, en secreto, el verdadero motivo de su marcha precipitada. Al mismo tiempo le encargó que estudiase el asunto con prudencia, elevara sus quejas á lo más alto, de la gran injusticia con ella cometida, para intimidar, por medio de hábiles amenazas, á las personas que habían incurrido en un abuso de los más grandes; en fin, hacer desautorizar la conducta del señor de L... hiriendo virtualmente la del señor X... y conseguir, que no sólo se le diera la libertad de volver de nuevo á Francia, sino que la diesen las satisfacciones debidas.

Todo sucedió como ella deseaba. En

menos de tres semanas obtuvo la reparación más completa, gracias á las influencias ocultas de que disponen siempre los millonarios y las mujeres hermosas.

Aunque entró en París con todos los honores de la guerra, Lucrecia no había dejado de recibir una afrenta sangrienta y no estaba dispuesta á olvidar á las personas que se la habían hecho sufrir. Ahora tendría el placer de ocuparse de ellos, y hacerles sentir sus garras, aguzadas durante el destierro.

Llegó á su buena ciudad de París el jueves de la tercera semana de Cuaresma, á las seis de la mañana. Había venido directamente de Venecia por Turín, el monte Cenís y la línea de Lyon, sin detenerse en el camino. El cansancio hubiese quebrantado á cualquier otra mujer; pero la esperanza de una venganza próxima es lo que sostenía á Lucrecia. Antes de pensar

siquiera en descansar, y eso que tan necesario le era, escribió dos cartas, una á Carmen anunciándola su vuelta y rogándola que viniese á verla por la tarde, y la otra al barón de Roizel citándole para el baile de la Ópera á la una de la madrugada. Continuaba guardando el incógnito con el barón y se contentaba con firmar: *El dominó negro*. Un criado de confianza llevó esta carta al Ministerio; temía que si la mandaba á su domicilio la recogiera la baronesa.

Tomadas estas disposiciones, Lucrecia se desnudó y se metió en la cama. Aunque estaba muy cansada á causa del viaje, podía haber pasado sin dormir; pero prefería que por la noche tendría que darse á conocer al barón y quería tener buena cara para deslumbrarle con su hermosura.

Cuando se levantó, que eran las cinco de la tarde, la dijeron que Carmen la es-

peraba hacía largo rato. Al momento la recibió en su tocador.

—¿Y qué os parece? ¡Ya estoy aquí!

—¡Estoy asombrada! ¿Pero os han permitido venir?

—¡Claro! Hasta podría decir que me han pedido que vuelva... ¿Se han ocupado mucho de mí durante esta ausencia?

—Muy poco, que yo sepa.

—¿Habéis leído con atención los periódicos, como os dije?

—Sí, todas las mañanas he leído cinco ó seis antes de almorzar.

—¿Y os han quitado el apetito?

—Al revés, me le han abierto, y la malicia también.

—No tenéis necesidad de eso.

—Si volvéis para hacerme elogios, sed bien venida.

—Gracias. Otros no saludarán tan alegremente mi venida. Y qué, en los pe-

riódicos que eran vuestro alimento ordinario, ¿habéis notado alusiones á mi marcha precipitada?

—En uno de estos últimos días, cuando el hecho se divulgó por causa de los pasos que se daban en vuestro favor, vi algunas líneas poco transparentes é ininteligibles, para la mayor parte de los lectores. Tan sólo dos periódicos de oposición han sido más explícitos que los demás; han abogado elocuentemente por vuestra causa, á fin de tener algún pretexto, para censurar los actos arbitrarios del Gobierno y el abuso del poder á que se entregan ciertos favoritos que creen que en su posición les es permitido todo.

—Conozco esos artículos, inspirados por un amigo íntimo. Han contribuído y no poco á mi vuelta. Han tenido miedo en las Tullerías á que se siguiesen contra ellos otros ataques más violentos; he es-

tado á punto de convertirme en un personaje político.

—Mejor llenaríais vuestro cometido que muchos de nuestros diplomáticos.

—¡Si estuviésetis vos de secretaria mía!... Pero ocupémonos, si queréis, de esa excelente baronesa, tan pronta en desembarazarse de las gentes. ¿La dais aún lección?

—Con más ahínco que antes... se engolfa en el trabajo para... olvidar, sin duda.

—Pero su marido, ¿por qué no se ha separado de ella?

—Porque no tiene con quien ir; pero no por eso parece estar más enamorado de ella.

—Me parece que sus amores están heridos en un ala; no les queda libre más que la otra.

—Apenas si tienen una pluma.

—¡Y aun es demasiado!—replicó con sequedad Lucrecia;—pero yo les quitaré todas ellas.

—¡Qué feliz va á ser el barón!

—¡Sí, muy feliz! Espero no verme obligada á hacerle que lo sea. Pero desde ahora podéis decir: ¡desgraciada baronesa!

—¿Vais á quitarla por completo el esposo?

—Eso desde luego. Pero comprenderéis que no puede bastarme eso solo; tenemos que saldar cuentas atrasadas. En invierno Venecia es muy triste, y he tenido que pasar allí tres semanas por culpa suya, sin contar con la humillación de la partida y la vergüenza de haber tenido que ceder el paso á esa mujer otra vez más. No olvido tampoco á ese señor de L... á quien ha pedido protección contra mí; ¿le ha vuelto á ver?

—Muchas veces: en su casa, donde la casualidad me ha permitido ver entrar á la baronesa, y en casa de ella, donde le he encontrado la última vez que le vi. Parecían bastante tristes. Indudablemente debió ir ese señor á anunciarla vuestra próxima vuelta y su derrota.

—¿Qué edad creéis que tendrá? Yo no le conozco más que de nombre.

—Cincuenta y cinco años. Es de buena estatura y de maneras distinguidas, facciones finas y regulares, y una mano y un pie admirables.

—¿Aún os fijáis en esas cualidades?

—Y las admiraré hasta que exhale el último aliento; pero de lejos: ¡eso es lo malo!

—¡De lejos! Pues á vuestro señor Richard no le tenéis á cierta distancia... y según el retrato que me habéis hecho de él...

—Sin duda, es un buen mozo; pero—
añadió suspirando—no tiene á mis ojos
bastante distinción.

—Prades siempre hará mucho daño
en vuestro recuerdo.

—Siempre.

Quedóse pensativa; Lucrecia la obligó
á volverse á fijar en la conversación.

—Ese señor de L... ¿no tiene un hi-
jo?—la preguntó.

—Sí. He visto su tarjeta en la portería
de la baronesa: había ella salido en el
momento en que fué á visitarla.

—Por prudencia acaso—dijo la señora
de Vitel, y después, volviéndose á Car-
men, añadió:—Mil gracias por vuestras
noticias, y dispensadme que no os haga la
visita. Tengo que dedicarme ya á ataviar-
me. Si esta noche estáis libre nos podemos
ver en la Ópera.

—¿Qué echan hoy?

—No lo sé; pero yo no hablaba de la
función, sino del baile.

—¿Del baile? Pues qué ¿no han con-
cluído ya?

—Pero ¡qué inocente sois! ¿no sabéis que
es el jueves de la tercer semana de Cua-
resma? Y yo me he acordado, yo que he
tenido que recorrer trescientas leguas sin
parar para hacer los honores á esa festi-
vidad puramente parisién.

—¡Ya lo comprendo! El barón irá al
baile. Le habréis dado noticias durante
vuestra ausencia.

—Me hubiese guardado muy bien de
hacerlo. Un enamorado se ocupa una hora
de la que le escribe: el tiempo preciso para
leer la carta, volverla á leer otra vez, co-
mentarla más ó menos tiempo. Pero de-
dica todo el día á la que sea bastante lista
ó bastante dueña de sí para hacerse de-
sear, esperando una carta suya. Extraña-

se, se inquieta, siente impaciencia, la acusa de todo y sufre. El amor correspondido muere por falta de alimento; el amor que aún no ha tenido correspondencia, crece á medida que aumentan las torturas á que se le sujeta.

—Lo sé demasiado—dijo Carmen.

—El barón—replicó Lucrecia,—se ha creído abandonado por completo. Me habrá maldecido, habrá llorado. Mi ausencia y mi largo silencio le han dado motivo para experimentar la fijeza de los lazos que le unen á mí. Comprende que no se trata ya de una simple conquista de un baile, sino de una pasión naciente. Conoce mi poder y mi debilidad. Ahora ya puedo verle: está en su punto.

XXVII

A la una y media de la madrugada, el barón de Roizel y Lucrecia Vitel se encontraron en la Ópera, en el pasillo de los palcos principales.

—¡Por fin os encuentro!—exclamó Roizel apoderándose de las manos de Lucrecia, que retuvo entre las suyas, sin que hiciese por retirarlas.

—Esperaba con impaciencia este instante—dijo Lucrecia con emoción muy bien fingida.

—¿Pues por qué habéis tardado tanto?

—Por razones de fuerza mayor. Ya os las diré después. Ahora lo que debemos hacer es salir cuanto antes de este burdel. ¿Tenéis el palco?

se, se inquieta, siente impaciencia, la acusa de todo y sufre. El amor correspondido muere por falta de alimento; el amor que aún no ha tenido correspondencia, crece á medida que aumentan las torturas á que se le sujeta.

—Lo sé demasiado—dijo Carmen.

—El barón—replicó Lucrecia,—se ha creído abandonado por completo. Me habrá maldecido, habrá llorado. Mi ausencia y mi largo silencio le han dado motivo para experimentar la fijeza de los lazos que le unen á mí. Comprende que no se trata ya de una simple conquista de un baile, sino de una pasión naciente. Conoce mi poder y mi debilidad. Ahora ya puedo verle: está en su punto.

XXVII

A la una y media de la madrugada, el barón de Roizel y Lucrecia Vitel se encontraron en la Ópera, en el pasillo de los palcos principales.

—¡Por fin os encuentro!—exclamó Roizel apoderándose de las manos de Lucrecia, que retuvo entre las suyas, sin que hiciese por retirarlas.

—Esperaba con impaciencia este instante—dijo Lucrecia con emoción muy bien fingida.

—¿Pues por qué habéis tardado tanto?

—Por razones de fuerza mayor. Ya os las diré después. Ahora lo que debemos hacer es salir cuanto antes de este burdel. ¿Tenéis el palco?

—¡No! Así que recibí vuestra esquila corrí á buscarle en las agencias; todos los palcos principales estaban alquilados. No me atrevo á proponeros que tomemos uno entresuelo porque se está muy á la vista.

—Es verdad. Entonces nos separaremos.

—¡Pero cómo! ¿Ya pensáis en eso, sin haber cambiado más que unas palabras?

—No tardaremos mucho en reunirnos de nuevo.

—¡Esperar más aún!—dijo Roizel asustado.—¿Y cuánto tiempo?

—Un cuarto de hora.

—¿Qué habéis dicho?—exclamó el barón con alegría.

—He dicho un cuarto de hora; el tiempo necesario para marcharnos de aquí y llegar al café Inglés, donde podemos hablar á nuestro placer, en un gabinete particular.

—Me dejáis encantado—dijo Roizel apretando con más ardor que antes las manos de Lucrecia, en señal de agradecimiento por el favor que le otorgaba.

Iba por fin á ver aquella cara que hasta entonces sólo había adivinado. Decididamente ella le amaba, puesto que había ido á buscarle, y consentía al fin, en darse á conocer, proponiéndole ella misma la entrevista á solas, que tan inútilmente había solicitado.

—Salid vos delante—decía dulcemente Lucrecia.—Llegaré cinco minutos después que vos. No os olvidéis de mandar que haya á la puerta un mozo para que me conduzca al gabinete donde estáis.

El barón, tropezando al pasar con todo el mundo, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, bajó de cuatro en cuatro los escalones de la Ópera, y por no esperar un carruaje, atravesó corriendo la

calle de Le Peletier, atravesó de un salto el boulevard, y en cuanto llegó al café Inglés pidió una cena de las mejores, en que dominaran los vinos de precio; porque el señor de Roizel, como todos los enamorados á quienes se les sujeta, no podría dejar de tener en cuenta los vapores de la embriaguez para vencer los últimos resquicios de una virtud espirante.

Lucrecia, así que se reunió con él, se apresuró á disponer á su modo el *menú* de aquel festín, digno de Sardanápalo. Suprimió de un golpe todas las viandas pedidas por el barón, y dijo que no tomaría más que un *consommé*, ostras y pollo asado. Los vinos de gran precio tuvieron que ceder el puesto á un Burdeos muy bueno, pero inofensivo. Como mujer experta, se ponía á la defensiva y paraba el primer botonazo de su adversario. En cuanto á éste, le dejó en libertad de que comiese lo

que quisiese y se bebiese la bodega entera del café Inglés, si así le parecía. Acaso ella hubiese querido ser su copero. De este modo trastornó los cálculos y los manejos del barón: si alguien debía perder la cabeza durante la cena, era el conquistador, no su presunta víctima.

Después de servida la mesa y de marcharse el camarero, Lucrecia, mientras se quitaba poco á poco los guantes, dijo al barón:

—¿Ha llegado ya el momento de quitarme la careta?

—¡Oh, sí!—exclamó.—Ardo en deseos de admiraros.

—¡Admirarme! ¿Qué sabéis vos? ¡Acaso sea muy fea!

—¡Oh! No—dijo el barón con convicción,—debéis ser indudablemente más hermosa aún de lo que mi imaginación se figura que sois.

—Vuestra imaginación os extravía, amiguito. Apenas si soy pasadera.

—No lo creo—replicó con un tono en que, á pesar suyo, se dejaba ver algo de miedo.—Pero, aunque hablaseis en serio, os desaffio á no tener una expresión, un encanto superiores á la belleza. Yo me contento con esta mano admirable, con ese pie de eriolla, y esa mirada que me ha hecho esclavo vuestro.

—¡Dios mío!—dijo empezando á echar hacia atrás el capuchón y las blondas que la tapaban la cabeza,—tengo miedo de que mi pie, mi mano y mi mirada no os basten. Prometen mucho y no cumplen sus promesas. Por favor, preparáos á ser indulgente.

Había quebrantado las creencias del barón. Si sería verdad que desde principio del Carnaval, y por causa de alguna fea con gracia había hecho gran consumo

de paciéncia, de esperanzas, de elocuencia, de traiciones á su mujer, de noches de baile, de palcos que le habían costado un dineral, y terminaría todo aquel amor con la cena que se preparaba.

Gracias á la duda que había hecho nacer en su mente el preámbulo de Lucrecia, se quedó deslumbrado.

Más que nunca, esta vez se mostró hábil é inteligente; otra mujer hubiese creído que debía continuar aún el juego que había empezado dos meses antes, hacer que la fuese admirando por partículas, en detalle, y lentamente se hubiese quitado la careta para dejar que la viesen las cejas, los ojos, la nariz, la boca y la barba. No lo hizo así. Levantó la tela de una vez, dió orden á las nubes de encaje que la envolvían que desapareciesen, y la luz se hizo y el sol brilló.

En un decir Jesús dejó caer el capu-

chón, las blondas y la careta y apareció radiante, soberbia, en traje de baile y con los cabellos adornados con flores. En su garganta se veía brillar un magnífico collar, cuyas tres vueltas de perlas hacían resaltar más la blancura de sus hombros que, enteramente desnudos, lucían mejor en el cuerpo del vestido, que era de terciopelo negro.

La conoció.

—¡Sois vos, vos, Lucrecia Vitel!— exclamó atónito, cohibido, hechizado.

—Sí, soy yo—respondió ella sonriéndose con ternura,—yo en quien os fijasteis algún tiempo, de quien os olvidasteis más tarde, como yo me temía... Pero yo tenía memoria por los dos, y después de esperaros muchos años, vengo á vos.

El barón la miraba siempre y no dejaba de decir:

—¡Dios mío! ¡Qué hermosa sois!

Por fin se tranquilizó, avanzó hacia ella y cogiéndola las manos, que cubrió de besos, la dijo:

—¡Oh! sí, me había fijado en vos, me parecisteis la mujer más hermosa de París, pero sin atreverme á haceros saber mis impresiones... ¡Tales obstáculos se levantaban entre nosotros! ¡Cuánto os agradeceré siempre haber franqueado vos la distancia que nos separaba! ¡Ah! Comprendo ahora la emoción que sentía al estar junto á vos, sin saber quién erais. Mi corazón me guiaba, os había adivinado. ¿Por qué haberme hecho esperar vuestra venida tanto tiempo? ¿Por qué, después de haber estado á mi lado, os habéis alejado?

—¡Oh! pues de eso no me echéis á mí la culpa, la tiene alguien á quien queréis mucho.

—¿Quién?

—Vuestra esposa.

—¡Mi mujer!

—Ella misma. Pero ya hablaremos de eso mientras cenamos.

XXVIII

La alegría del barón se vió turbada por las últimas palabras de la señora de Vitel. Pensaba menos entonces en admirarla que en pedirle explicaciones. Desaparecía por un instante el amor, ante la curiosidad, la extrañeza y el temor.

Como Lucrecia se había puesto tranquilamente á cenar, sin que pareciese tener prisa en continuar la conversación, el barón no pudo contenerse más y la dijo:

—No me explico lo que empezabais á decirme. Mi mujer no puede ser causante de vuestra repentina salida.

—Dispensadme—respondió la de Vitel sin interrumpir su ocupación gastronómica,—no he podido encontraros en la Ópera, porque no estaba en París, y no estaba, sencillamente porque vuestra esposa me había hecho desterrar de aquí.

—¿Desterrar? ¡No lo comprendo!... ¿Qué, en nuestros tiempos se destierra?

—El tiempo es lo de menos. Todo depende del régimen político bajo el que se vive. Tenemos un Gobierno absoluto que no da cuenta de sus actos y no admite que se discutan. La baronesa, aprovechando ese estado de cosas, se ha dirigido á una persona influyente del día, y como no se atreven á negarle nada, ha obtenido fácilmente... mi supresión.

—¿Quién es ese poderoso con quien mi mujer se halla en tan buenas relaciones?

—preguntó el barón, contrariado.—¿Por qué quería vuestra supresión? Cada vez lo

—¡Mi mujer!

—Ella misma. Pero ya hablaremos de eso mientras cenamos.

XXVIII

La alegría del barón se vió turbada por las últimas palabras de la señora de Vitel. Pensaba menos entonces en admirarla que en pedirle explicaciones. Desaparecía por un instante el amor, ante la curiosidad, la extrañeza y el temor.

Como Lucrecia se había puesto tranquilamente á cenar, sin que pareciese tener prisa en continuar la conversación, el barón no pudo contenerse más y la dijo:

—No me explico lo que empezabais á decirme. Mi mujer no puede ser causante de vuestra repentina salida.

—Dispensadme—respondió la de Vitel sin interrumpir su ocupación gastronómica,—no he podido encontraros en la Ópera, porque no estaba en París, y no estaba, sencillamente porque vuestra esposa me había hecho desterrar de aquí.

—¿Desterrar? ¡No lo comprendo!... ¿Qué, en nuestros tiempos se destierra?

—El tiempo es lo de menos. Todo depende del régimen político bajo el que se vive. Tenemos un Gobierno absoluto que no da cuenta de sus actos y no admite que se discutan. La baronesa, aprovechando ese estado de cosas, se ha dirigido á una persona influyente del día, y como no se atreven á negarle nada, ha obtenido fácilmente... mi supresión.

—¿Quién es ese poderoso con quien mi mujer se halla en tan buenas relaciones?

—preguntó el barón, contrariado.—¿Por qué quería vuestra supresión? Cada vez lo

comprendo menos... ¿Ella sabía, pues?...

—Sabe perfectamente que habéis pasado las noches del sábado al domingo, por espacio de dos meses, en la Ópera acompañándome. Ella estuvo en el baile el día en que nos encontramos en él por última vez. Nos ha espiado desde la una hasta las tres de la madrugada. Después me siguió, primero por los pasillos, y por las calles después. Me vió entrar en mi casa, en la avenida de la Emperatriz, y al día siguiente, domingo, obtenía del señor de L..., ó más bien de su hijo, ese elegante joven, que conoceréis, la promesa de mi salida inmediata.

El lunes mismo me dieron la orden de salir de aquí, y obedecí sin protestar ni permitir á mis amigos hacer que revocasen la inicua sentencia de que era yo víctima, por no turbar vuestro reposo ni producir un escándalo que hubiese po

recaer sobre vos. Me he inmolido á nuestro amor, me he sacrificado á vuestros intereses. Esperaba olvidaros, no volver á Francia hasta que me hubiese curado por completo de mi locura. ¡Ay! que en cuanto he llegado, mi primer cuidado ha sido escribiros. ¡Perdonadme, amigo mío!

—¡Que os perdone!—exclamó el barón cubriendo de besos la mano que ella le tendió.

Cumplido ese deber de agradecimiento y después de quedarse extasiado por algún tiempo bajo el encanto de las dulcísimas confidencias que acababan de serle hechas, el barón no pudo menos de reflexionar sobre lo primero que le había dicho Lucrecia.

¡Cómo! ¡Una mujer tan reservada y tan casta, iba al baile de la Ópera, pasaba las noches fuera del domicilio conyugal sin que él supiese nada! ¡Su mujer, cuyo ca-

rácter arrebatado y violento le había alarmado muchas veces, era bastante dueña de sí misma, para ocultarle sus salidas misteriosas y ponerle buena cara un mes seguidos!

Si la baronesa no era un monstruo de disimulo y de hipocresía, preciso era que estuviese dirigida por alguna persona muy hábil y en quien ella tuviese absoluta confianza.

Ese guía, ese consejero prudente, le acababan de decir quién era; se llamaba el señor de L... hombre político, pero galanteador, con quien debía evitar tener trato íntimo toda mujer celosa de su reputación.

Al lado del señor de L... se hallaba su hijo, con quien se debía haber casado la baronesa, y era á esos dos personajes que tanto la podían comprometer, á quien ella se había atrevido á pedir protección contra su marido.

Roizel olvidaba su mal proceder y no se preocupaba más que de la audacia de la baronesa. Además, es preciso hacerle justicia, no quería creerla.

—¿Cómo habéis sabido lo que me contáis? —decía á Lucrecia. —Y ante todo, ¿cómo habéis conocido á mi mujer en el baile?

—Tengo —respondió Lucrecia,— una amiga íntima, llamada Carmen Lelievre. La habréis visto muchas veces en vuestra casa. Como no está bien de fortuna, da lecciones de lenguas extranjeras, y por mediación mía ha conseguido que vuestra esposa sea una de sus discípulas. Por este medio me aproximaba indirectamente á vos, tenía noticias vuestras, vivía algo de vuestra vida. Esa señorita me acompañó al baile la última noche que nos vimos. Al separarme de vos me reuní con ella. Al poco rato notó que nos seguían, y no me dijo nada por temor de distrarme de mis

venturosos recuerdos y turbar la dicha que conmigo llevaba. Salimos juntas del baile. Carmen me acompañó hasta mi hotel, y entonces solamente fué cuando se ocupó de nuestro espía, que se volvió después de haber llegado hasta la puerta de mi casa y haber comprobado la identidad de mi persona sin duda. Carmen la siguió hasta su domicilio. Era el vuestro; quedamos satisfechas. Al día siguiente, mi amiga encontró á la baronesa en el momento en que entraba en casa del señor de L... y al lunes siguiente recibía yo orden de salir de París.

—¿Estáis bien segura que se ha hecho eso á petición de mi mujer?—balbuceó el barón anonadado por aquellas inesperadas revelaciones.

—¿Quién podía tener interés en desbarazarse de mí? Además, he sabido después á instancias de quién era debida

mi salida. Todo esto os explica, amigo mío, porqué he tenido tanto empeño en marchar del baile, donde podíamos ser conocidos. ¡Ah! Me veo obligada á estar muy en guardia. No es nada divertido, en pleno invierno, abandonar á París y... sus afecciones—añadió con ternura.

—Estad tranquila—dijo Roizel,—no corréis riesgo alguno, pondré orden en eso. No se ocupará más el señor de L... de mis asuntos, y en cuanto á mi mujer...

—¡Cielos! ¿Qué vais á hacer?—exclamó Lucrecia fingiendo asustarse.—La baronesa no debe saber que nos hemos vuelto á ver. La temo; ¡su influencia es muy grande! ¡Tiene junto á sí personas tan adictas! El hijo del señor L... decía el otro día, según me han referido: «Sería capaz de arrojarme al fuego por esa mujer.» Con mayor razón me arrojará al fuego á mí... No, no; no quiero luchar contra ella. Jurad

que os callaréis, ó mejor aún, separémonos para siempre. Es preferible, por interés nuestro, no vernos más, no...

—¡Eso es imposible!—exclamó Roizel, que cuando Lucrecia le decía «separémonos» se había acercado más á ella.

Le había cogido una de sus manos, y teniéndola entre las suyas, le miraba con ojos lánguidos, le sonreía con ternura, le embriagaba con sus poderosas seducciones y adulaba su vanidad excesiva, su orgullo necio, haciéndole creer que le amaba, que le adoraba.

Conviniéron, después de hacerse mutuas concesiones, que se verían una vez á la semana en alguna habitación escondida, donde nadie pudiese sospechar que se veían.

En cambio de las promesas arrancadas á Lucrecia, y de los peligros á que se iba á exponer por amarle, el barón juró no di-

rigir ningún reproche á su esposa, y no haría traición al legítimo descontento que tenía por su proceder.

Nada más hábil que haberle exigido aquel juramento: si el barón, de vuelta á su hogar, hubiera podido dar un escándalo á su mujer, afearla su espionaje, su doblez, su complicidad con el señor de L... y hubiese podido calmarse la cólera que dentro de él sentía. Pero iba á verse obligado, por no faltar á su palabra, y sobre todo, por temor de perder á Lucrecia, á callarse y decir palabras tiernas á quien hubiese querido anonadar bajo el peso de su indignación.

El resentimiento contra la baronesa debía, de este modo, ir aumentándose en su alma celosa, y conducir al esposo á producir un ruidoso escándalo. Esperaba Lucrecia poderle mantener en tan buenas disposiciones, y al mismo tiempo desarro-

llaría los celos que empezaba á sentir del señor L... y su hijo.

¿Seguía entonces un plan largo tiempo meditado y perfectamente trazado? ¿Sabía con precisión lo que quería y hasta dónde iría, ó contaría con la casualidad para que la ayudase en sus designios? No lo sabemos. En sus Memorias, Carmen Lelievre no da ningún detalle, no hace confidencia alguna acerca de este punto. Pasa bruscamente de la cena del café Inglés, donde Lucrecia se mantuvo á la defensiva, á la narración del suceso que ocurrió poco después, y que sirvió de pasto á la murmuración en la alta sociedad de aquella época.

XXIX

Durante el verano que siguió á la vuelta de Lucrecia á París, se leyó una mañana, en uno de los periódicos de más circulación de París, entre los sucesos del día, lo siguiente:

«El día de ayer ha sido desastroso para los maridos, las esposas y los amantes; pero muy interesante para las crónicas escandalosas. Promete también una causa en que no dejará de haber curiosas revelaciones.

»A las tres de la tarde, un caballero de la buena sociedad, alto empleado en uno de los Ministerios, el señor... fué en busca del comisario de policía del noveno

llaría los celos que empezaba á sentir del señor L... y su hijo.

¿Seguía entonces un plan largo tiempo meditado y perfectamente trazado? ¿Sabía con precisión lo que quería y hasta dónde iría, ó contaría con la casualidad para que la ayudase en sus designios? No lo sabemos. En sus Memorias, Carmen Lelievre no da ningún detalle, no hace confidencia alguna acerca de este punto. Pasa bruscamente de la cena del café Inglés, donde Lucrecia se mantuvo á la defensiva, á la narración del suceso que ocurrió poco después, y que sirvió de pasto á la murmuración en la alta sociedad de aquella época.

XXIX

Durante el verano que siguió á la vuelta de Lucrecia á París, se leyó una mañana, en uno de los periódicos de más circulación de París, entre los sucesos del día, lo siguiente:

«El día de ayer ha sido desastroso para los maridos, las esposas y los amantes; pero muy interesante para las crónicas escandalosas. Promete también una causa en que no dejará de haber curiosas revelaciones.

»A las tres de la tarde, un caballero de la buena sociedad, alto empleado en uno de los Ministerios, el señor... fué en busca del comisario de policía del noveno

distrito, para que, sin perder un momento, fuese á un cuarto amueblado de la calle de Provenza, donde pretendía que su mujer se hallaba encerrada con un amante. Deseaba poder probar que había sido cogida *infraganti*.

» Los comisarios de policía no tienen gran prisa en prestar su concurso en asuntos de este género. Aquel á quien el caballero en cuestión se dirigió, hizo algunas observaciones, pero el señor... no las tuvo en cuenta, y como había hecho la delación á quien en derecho debía, y seguía sus trámites legales, no tuvo más remedio que acceder á su petición.

» El desgraciado marido no se había engañado: el magistrado, después de hacer con gran dificultad que le abriesen la puerta de la habitación citada, halló á la señora de... en conversación con un joven de veintiocho años, hijo de un personaje

conocido en política y muy en boga entre la alta sociedad parisién.

» Se ha incoado causa contra ellos, y esta aventura, que empezó en una habitación amueblada, se desenlazará pronto en el Palacio de Justicia, á no ser que el esposo retire la demanda, por compasión hacia los culpables ó por temor á un escándalo, que esta vez sería de los más completos. Hemos podido callar por hoy los nombres y los títulos, y suprimir hasta las iniciales; pero nuestros compañeros de la *Gaceta de los Tribunales* y de *El Derecho* no serán tan discretos como nosotros, si tienen que ocuparse de una demanda de adulterio.»

.....
La demanda se presentó: el barón de Roizel, podemos ya dar su nombre, puesto que sin duda habrá sido reconocido, fué inaccesible al temor del escándalo y al goce que el placer de perdonar propor-

ciona á las almas generosas. Es probable también que no fuese dueño de sí mismo, obedeciendo á gestiones extrañas ó á órdenes explícitas, de que hablaremos después.

En cuanto al juez de guardia y el instructor, á pesar de las poderosas influencias que se pusieron en juego, tuvieron que seguir el asunto, que personas muy importantes y hasta el Gobierno mismo tenían interés en ahogar. Si se trata de un delito de derecho común y la opinión pública no se ha preocupado mucho con él, la Magistratura puede en rigor (y eso lo hace pocas veces) tener en cuenta ciertas consideraciones y mostrarse indulgente ú olvidadiza en interés de las familias ó del Estado. Pero en las cuestiones de adulterio, la justicia obra á instancias del marido, se cree obligada á perseguir al delincuente cuando el actor suministra pruebas im-

portantes en apoyo de su demanda, y la mantiene, á pesar de las súplicas que se le hacen.

En presencia de los jueces, la señora de Roizel y su joven cómplice, el señor de L... sostuvieron enérgicamente que eran víctimas de una odiosa maquinación, y que algún enemigo oculto les había tendido un infame lazo. La baronesa, demasiado conmovida para defenderse á sí propia, negó, por medio de su abogado, tener relaciones íntimas de ninguna especie con la persona que le atribuían ser amante suyo. Olvidada y casi abandonada por su marido, había recibido algunas veces al señor de L... cuyas atenciones y sus sanos consejos, prestaban algún consuelo á sus pesares. Le había encontrado dos ó tres veces en casa de su padre, donde se creía con derecho á ir, porque había sido tutor suyo y amigo de su familia.

Si esas visitas no eran del agrado del barón y creía que podían lastimar su honor, podía haberlas prohibido; la baronesa hubiese obedecido sus órdenes. Lejos de hacerla observación alguna sobre ese particular, parecía, por el contrario, ignorar las relaciones de su mujer con el señor de L... hasta el día en que se decidió á presentar una demanda contra ellos. A ese propósito, el defensor dejaba oír vagamente, sin formular ninguna acusación precisa, sin explicar con claridad su pensamiento, que Roizel, en vez de preocuparle aquellas visitas, se alegraba de ellas, porque servían para que tuviese más valor la demanda que pensaba incoar y crear de esta manera una especie de pasado amoroso entre las personas á quienes quería perder.

En cuanto al hecho principal, la presencia de la baronesa de Roizel y del se-

ñor de L... en una habitación amueblada, donde el comisario de policía les había sorprendido, afirmaba la señora que había recibido una carta en la que se la suplicaba fuese á la calle de Provenza, lo más pronto posible, para salvar una vida que se hallaba en peligro. La carta era tan apremiante, los detalles que contenía tan afflictivos, que la baronesa, no dejándose guiar más que por su corazón, se creyó en el caso de atender á aquel llamamiento desesperado. Al llegar á la habitación indicada, se encontró en presencia del señor de L...

Este, por su parte, había recibido una esquela sin firma, pero que parecía escrita por la baronesa, en la cual se le pedía que fuese inmediatamente á la calle de Provenza para un asunto gravísimo. El señor de L... se había extrañado de que la baronesa le hubiese dado una especie de

cita clandestina; pero creyó que debía atender á sus ruegos.

Al encontrarse frente á frente, en el momento en que menos se lo figuraban, se pidieron explicaciones, trataron de adivinar las intenciones de los que tuviesen interés en que se reuniesen, cuando el comisario de policía se presentó de repente. Si no habían abierto la puerta al oír su primera intención, retraso que era causa de graves indicios contra ellos, fué porque, asustados con justo motivo del misterioso aspecto de su aventura, tenían miedo de haber caído en una emboscada.

Desgraciadamente para la señora de Roizel, después de haberse comprometido á enseñar la carta que la citaba á la calle de Provenza y que hubiese servido para probar su inocencia, tuvo que declarar que no encontraba aquella carta, que decía se la habían sustraído. El señor de L...

presentó las líneas de que había hablado, pero los peritos declararon que eran de letra de la baronesa.

Quedó comprobado para el público y para los jueces que los dos acusados habían inventado una fábula para explicar su presencia, que tanto les comprometía, en la habitación de la calle de Provenza.

No entraremos en los detalles de estos debates. Réplicas vivísimas se cambiaron entre las partes contrarias, y el acusador público, que en nombre de la moral se mostró muy severo, pidió la aplicación de los artículos 337 y 338 del Código Penal, que dicen:

«Artículo 337. La mujer convicta de adulterio sufrirá la pena de tres meses á dos años de prisión.

»Art. 338 El cómplice de la mujer adúltera será castigado con la pena de prisión y multa de ciento á dos mil francos.»

Por consecuencia, la baronesa de Roizel y el señor de L... fueron condenados á tres meses de prisión cada uno. Los jueces habían sido indulgentes, puesto que aplicaron el *mínimum* de la pena. ¿Pero qué importaba eso á la infeliz señora? El castigo no tenía gravedad para ella, sino en razón á la mancha que sobre sí caía. Tres meses de prisión empañaban su honor, herían de muerte su vida, la causaban el mismo daño que una condena de dos años.

El señor de L... era el único que podía estar contento de la indulgencia de los magistrados. Al cabo de unas cuantas semanas habría pagado su deuda con la justicia, y podría presentarse en el mundo, sin que su posición moral hubiese perdido nada. Mientras que el adulterio, declarado legalmente y castigado, rebaja á la mujer, su cómplice, á quien se recono-

ce culpable como á ella, entra en el pleno goce de sus derechos civiles y sociales, sin sufrir ninguna humillación. Podríase probar, sin temor á ser desmentidos, que su personalidad se engrandece y afirma, que las conquistas que haga en los salones serán más ruidosas, después de una causa en que se condujo con gran discreción, asumiendo sobre sí toda la responsabilidad. Ella se hunde; él gana mucho. Es triste, y es muy injusto, porque en las cuestiones de adulterio sobre todo, el cómplice es casi siempre más culpable que la acusada.

XXX

En el asunto de que nos hemos ocupado, ni uno ni otra eran culpables. Pero, para probar la inocencia de la baronesa de Roizel y del señor de L... tenemos que razonar por probabilidades. Si Carmen Lillievre arroja á veces alguna luz sobre esta triste aventura, y se extiende en los preliminares, los detalles los deja adivinar nada más, sin pararse en ellos. Nos veremos, pues, obligados á relatar una á una la mayor parte de las escenas apenas indicadas.

Es sobre todo muy discreta al tratar del último período de los amores del barón y de Lucrecia Vitel. Explica también el motivo de esta reserva: la baronesa des-

cubrió que Carmen reunía en sí las funciones de profesora de idiomas y de intermediaria en amor, que daba á la mujer lecciones de español, y al marido noticias de Lucrecia. Inmediatamente, con su vivacidad habitual, y presa de una natural irritación, dirigió á Carmen los reproches más violentos, la trató como á la última de las miserables, y la arrojó vergonzosamente de su casa. Carmen se marchó con la rabia en el corazón; su cólera le quitó la sangre fría necesaria para estudiar más tiempo á Roizel y á Lucrecia, y seguirles en sus peregrinaciones amorosas. Espera con ansiedad el desenlace de su intriga, y se apresura á hacerlo conocer, sin decirnos de qué manera se condujo. Se parece á un autor dramático que, después de haber escrito los tres primeros actos de una obra, pasase al quinto, sin ocuparse del cuarto.

Felizmente es fácil recomponer, con ayuda de los restantes, el acto olvidado.

Después de la cena en el café Inglés, Lucrecia se ve todas las semanas y por espacio de muchos meses con Roizel. El amor del barón iba en aumento, su cabeza iba calentándose, la va perdiendo poco á poco, mientras que Lucrecia no se olvidaba ni un instante de sí misma, sabe hacerse respetar y promete sin cumplir jamás. Estas escenas se adivinan, se sienten, se ven. El barón suplica, implora, cae de rodillas; Lucrecia parece ablandarse, que está á punto de caer, y después, de improviso, como si despertase de un sueño, recobra la razón y rechaza al barón que, desanimado, vuelve á tener esperanzas en una palabra que le dice ó en un suspiro que la oye.

Las citas se suceden unas á otras sin interrupción, las semanas siguen á las se-

manas sin que Roizel adelante un solo paso.

Cuando no se oponen obstáculos materiales á sus transportes, cuando Lucrecia no se aleja bruscamente de él ó no le rechaza, se complace en levantar barreras morales entre ella y el barón. Emplea el plan de batalla de las coquetas, que parece están decididas á entregarse al que aman y desean hacer creer que no es culpa suya si no han podido saltar la última trinchera.

—No quiero—decía Lucrecia—sacrificarme por un hombre que no me pertenece por completo, que de mis brazos pasa á los de su mujer, que nos pertenecería á las dos, y no me daría más que una parte de su corazón.

—No tengáis ese temor—exclamaba Roizel en su embriaguez y en su locura,—no quiero en el mundo á nadie más que á

vos; la baronesa y yo vivimos eternamente separados.

—Lo creéis así—replicó,—y sois sincero. Pero no se vive impunemente al lado de una mujer hermosa, y la vuestra lo es. La hago justicia... La veréis á cada momento, mientras que yo estoy condenada á no concederos más que una hora ó dos por semana... Mi recuerdo no sería bastante poderoso para alejaros de ella... No, no, no tengo confianza en esas separaciones bajo un mismo techo.

Le persuadía así, poco á poco, de que el único obstáculo que entre ellos se levantaba era su esposa: si ese desaparecía, le pertenecería en cuerpo y alma.

—¡Ah!—decía otras veces Lucrecia en esos momentos de abandono, en que creía conveniente aparentar que lo decía todo,—no hay entre marido y mujer nada serio, sino las separaciones legales que se cum-

plen por sentencia judicial. Éstas ofrecen garantías á una querida celosa, apasionada, que desea ser sola... Pero yo no osaré jamás... ¡No, no, jamás!... Debería, dejando á un lado todo escrúpulo exagerado, toda falsa delicadeza, no pensar más que en vuestros intereses, en vuestro honor, que está en peligro... ¡Ah! doblemos la hoja, que ya he hablado demasiado. ¿Pero tengo yo la culpa? ¡Tomo tan gran participación en lo que os concierne, sufro tanto las afrentas y los disgustos que os han dado!

De este modo llegaba lentamente también, con hábiles reticencias y medias palabras, á empañar la reputación de la baronesa, á despertar sospechas en su marido, á persuadirle de que si aún no le engañaba, se preparaba para hacerlo.

Los íntimos de la señora de Roizel, las personas que en la época en que fué llevada á los tribunales creyeron que debían

absolverla aun cuando salió condenada; las gentes, en fin, á quienes esta desgraciada mujer fué siempre simpática, no tubearon en acusar al barón de haber preparado y conducido á buen término la cita de la calle de Provenza.

Evidentemente se engañaban: para nosotros, Roizel no fué el autor de tal escándalo. Creyó de buena fe en la infidelidad de su mujer; la llevó á los tribunales convencido de que le engañaba. Lucrecia Vitel y Carmen fueron las que prepararon y pusieron en ejecución el plan que tan buen resultado les dió.

Ellas fueron las que escribieron ó hicieron escribir las dos cartas que debían traer á un lazo á la baronesa y al que había de aparecer como cómplice suyo. Ellas al mismo tiempo fueron las que avisaron á Roizel esta entrevista que le había de comprometer. Estamos autorizados para

hacer que recaiga toda la responsabilidad de este acto y de esta infamia, que conocemos de larga fecha, sobre Carmen y su amiga.

Roizel, el día en que quedó separado para siempre de su mujer, ¿consiguió hacer la conquista de Lucrecia?... No tenemos ningún dato seguro acerca de ese particular. Pero todo induce á creer que lejos de recompensarle su constancia, su paciencia y sus sacrificios, Lucrecia, una vez satisfecha de su venganza, se dió prisa por suprimir hasta los favores á medias que le concedía y que cesasen toda clase de relaciones entre ellos. Lo que más nos hace creerlo, es que á los tres meses después de la causa, cuando la baronesa salió de la Casa de Salud, donde por gran favor había conseguido sufrir la pena, el barón, acompañado de dos amigos entraba en el mismo establecimiento.

Roizel, antes tan reservado en su lenguaje y sus maneras, había empezado á manifestar de repente ideas tan extrañas, había llevado á cabo actos tan raros, que sus compañeros de oficina, sus amigos y su familia empezaron á llamarle la atención y creyeron necesario someter al barón á la observación de médicos especialistas.

Esos señores no tardaron en encontrar en el barón una perturbación completa de las facultades intelectuales, comprobaron la existencia de desórdenes cerebrales gravísimos y determinaron que entrase inmediatamente en casa del doctor X...

La sociedad atribuyó la enfermedad á la desesperación en que le había sumido la mala conducta de su esposa. Pero es á Lucrecia Vitel á quien achacamos la responsabilidad de esa nueva desgracia. Las bruscas decepciones, la pérdida repentina

de sus esperanzas, concebidas hacía largo tiempo, una terrible realidad sucediendo á un sueño bellissimo, una pasión de las más exaltadas, siempre sin saciar, pueden ocasionar un desarreglo completo en las facultades del hombre que hasta entonces hubiese estado sano su espíritu.

Tal fué la última aventura en que se halló mezclada Carmen Lelievre. En algunas notas esparcidas en medio de sus Memorias, se encontraban aún diferentes anécdotas, donde juega un papel más ó menos importante. Sus relaciones se extienden, el número de sus alumnos se hace de día en día mayor, se aprovecha naturalmente de su situación para cometer algunas perfidias, porque la envidia la devora. Bien pronto este sentimiento no se divide tanto como antes, no se desparra: se concentra, se fija en un objeto; no tiene más que un objetivo. Carmen, en

esa época de su vida, parece no estar celosa de Marcela de Baud porque ésta sea amada por Didier de Prades, sino que la tiene envidia; la odia sobre todo, porque Marcela es madre de una niña preciosa.

Dejemos hablar por un instante á Carmen para que nos dé mejor cuenta de sus impresiones. Cuando nos pongamos en su persecución, nos será tanto más fácil encontrarla, cuanto más hayamos leído en el fondo de su alma.

XXXI

6 Mayo 187...

¿Quién se atreve á decir, escribiría Carmen Lelievre en la fecha que va puesta á la cabeza de este capítulo, que las

madres encuentran siempre que sus hijos son hermosos? Es un error. Mi hija es muy fea y muy mal formada; yo lo veo, lo conozco y lo digo.

En el año que siguió á su nacimiento podía hacerme ilusiones, esperar al porvenir. Hoy ya no tengo duda.

¡Y había muchas causas para que hubiese sido preciosa! Como ciertas enfermedades, la belleza salta, según dicen, muchas veces una generación, y en la cara de los niños se ve aparecer los rasgos de sus abuelos. Si Juana se hubiese parecido á mis padres llamaría grandemente la atención.

Nada tampoco impedía que se hubiese parecido á Richard. No me agrada por completo, porque mis recuerdos lo estorban y le dañan en mi mente; pero agrada á muchas, y lo merece. Me hubiese contentado, para Juana, con una pequeña par-

esa época de su vida, parece no estar celosa de Marcela de Baud porque ésta sea amada por Didier de Prades, sino que la tiene envidia; la odia sobre todo, porque Marcela es madre de una niña preciosa.

Dejemos hablar por un instante á Carmen para que nos dé mejor cuenta de sus impresiones. Cuando nos pongamos en su persecución, nos será tanto más fácil encontrarla, cuanto más hayamos leído en el fondo de su alma.

XXXI

6 Mayo 187...

¿Quién se atreve á decir, escribiría Carmen Lelievre en la fecha que va puesta á la cabeza de este capítulo, que las

madres encuentran siempre que sus hijos son hermosos? Es un error. Mi hija es muy fea y muy mal formada; yo lo veo, lo conozco y lo digo.

En el año que siguió á su nacimiento podía hacerme ilusiones, esperar al porvenir. Hoy ya no tengo duda.

¡Y había muchas causas para que hubiese sido preciosa! Como ciertas enfermedades, la belleza salta, según dicen, muchas veces una generación, y en la cara de los niños se ve aparecer los rasgos de sus abuelos. Si Juana se hubiese parecido á mis padres llamaría grandemente la atención.

Nada tampoco impedía que se hubiese parecido á Richard. No me agrada por completo, porque mis recuerdos lo estorban y le dañan en mi mente; pero agrada á muchas, y lo merece. Me hubiese contentado, para Juana, con una pequeña par-

te de las dotes que él posee; pero no tiene ninguna.

Las facciones de la pobrecilla están calcadas en las mías. Es mi nariz en pequeño, pero tan poco disminuída, que no puede vanagloriarse ni aun de eso. Tiene la barba hundida, mi frente estrecha, mi boca grande y mis labios delgados. La encuentro mi facha de vieja hasta el punto de figurarme haberla visto una arruga precoz.

Cuando la miro, me parece que estoy delante de un espejo. Su pequeña estatura se presta también á que la ilusión sea completa. Soy tan pequeña, que podrían tomarme por mi niña. Mi padre decía al hablar de mí, apenas hace cuatro años: «Tú no tienes edad ninguna.»

A propósito de mi padre: el negocio del hotel de las Rocas Negras, el año que yo serví de *factotum* y todo el siguiente, le

produjo treinta mil francos... de deudas. Volvió á marcharse como era natural, á Pernambuco, acompañado de mi madre. El nuevo negocio que emprendió, sin duda prosperó al principio, porque durante tres años no me han dado, ni una sola vez, noticias suyas. Ahora me escriben y me llaman á su lado. Por eso creo yo que han de estar arruinados de nuevo.

¿Iré á reunirme con ellos? La perspectiva de una larga travesía por mar no me es indiferente; ¡no he visto hace tanto tiempo á mi antiguo amigo el Océano!... ¡Y el cielo del Brasil, aquella vegetación exuberante, todas las magnificencias terrestres!

Bueno. Antes me ocupaba de la fealdad de Juana, y ahora... vuelvo á ella, quiero olvidarme del Brasil y sus seducciones. No me faltaba más sino que me dejase tentar y me reuniese á mi familia... ¡No,

no tengo derecho á llevarme conmigo á mi hija, á quitársela á su padre que la adora... y yo no debo separarme de ella. ¿Pero la quiero?... Sin duda. ¿Es posible no querer á un hijo? Basta de palabras inútiles. Sí, es posible, y esto se ve á cada momento, todos los días. No hay más que leer la *Gaceta de los Tribunales* para convencerse de ello.

¿Pero yo debo colocarme entre esas madres excepcionales? No lo sé, no me atrevo á decirlo.

Seguramente adoraría á mi hija si hubiese sido bonita. Hubiera adulado mi vanidad, mi orgullo, y me hubiese hecho quererla, si no por el corazón, por mis malos instintos. ¿Puedo yo, por ventura, dejar de querer lo que encanta mi vista... el árbol, la flor, las estrellas, los niños?

¡Ay! ¡es fea y no la basta herir mi vista, ofender mis ideas, oponerse á mis gustos,

sino que además me recuerda á cada instante mi propia fealdad, que me ha hecho tan desgraciada, me ha separado del único hombre que he amado y me ha hecho ser lo que soy... es decir, nada buena.

En fin, no sé, no sé, no me siento arrastrada hacia ella como la mayor parte de las madres lo son hacia sus hijos, pero no me es indiferente. Sufro por ella lo que sintió por Richard. De hecho, es mi amante, mi pensamiento no está con él. Juana es mi hija y sueño con otra hija, con otras facciones, con otros rasgos, con otra expresión... ¡Ah! ¡Cómo habría yo amado á esta última!

18 Mayo 187...

Mis lecciones no me dejan un instante de libertad. Apenas si puedo una ó dos veces al año, cuando mis alumnas están

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.

1875
SANTERREY, MEXICO

de vacaciones, correr por los campos, ver árboles, agua, verdura y un pedazo de cielo.

Los que estéis destinados á recorrer estas notas os asombraréis de mis aficiones bucólicas. Se preguntarán cómo hallan sitio en un alma ocupada ya por tan malos sentimientos, cómo el odio á mis semejantes y el amor á la Naturaleza pueden conciliarse. No trataré de explicar estas contradicciones.

Después de haber pasado cuatro años en París en plena corrupción y en plena hipocresía, después de una larga serie de malas acciones, he conservado intacto mi culto de otras veces á las maravillas terrestres cualquiera que sea su naturaleza.

Cuando no puedo salir en el verano de París, para perderme como yo quisiera en el campo, me ocurre atravesar á lo mejor, en mis correrías por la ciudad, algún

jardín público. Admiro las plantas, las flores raras, la espesa alfombra de césped. Cierro los ojos, aspiro los aromas que me rodean, y me creo por un momento transportada á mis sitios predilectos. Entre los jardines de París, el de las Tullerías es el que prefiero; me seduce aquel bosque de castaños seculares, floridos en la primavera, verdes todo el verano, cuyos troncos gigantescos y las ramas que un siglo ha ennegrecido, se destacan con tanto vigor en medio del follaje.

El 18 de Mayo me detuve en lo más espeso de él y me senté en una silla. Hacía una de esas bellas mañanas en que, la primavera, disponiéndose á huir al presentarse el estío que se acerca, se entrega á toda clase de coqueterías y prodiga sus más tiernas caricias.

Un grupo de cinco ó seis niños que jugaban por allí cerca se aproximó á mí, y

vino con sus gritos á turbarme en mi contemplación.

Iba á retirarme y á buscar un sitio más solitario, cuando me sorprendí al mirar á uno de ellos. Era una niña de cerca de tres años, rubia, de facciones delicadas, grandes ojos azules, una deliciosa cabeza de Greuze en un cuerpo adorable.

¡Qué feliz debía ser la madre de aquella niña!

¡Qué alegría vivir de nuevo en aquella encantadora criatura! ¡Qué voluptuosidad en poderla admirar sin cesar y cubrirla de besos!

Para mí un niño hermoso es la última palabra de la creación. Resume en sí todas las perfecciones. Sus ojos, sus cabellos, sus carnes, dan idea de los colores más delicados y más suaves. Los rasgos y las formas que después se encontrarán desarrollados y claramente delineados en

el hombre y en la mujer, están indicados en ellos, sin que la Naturaleza haya olvidado ni un detalle. Ese boceto firmado por el Maestro de los maestros vale tanto como un cuadro. La mirada, que dulcifican con frecuencia lágrimas prontas á salir por cualquiera causa, posee un encanto indefinible. Mirad la sonrisa, no la volveréis á encontrar más tarde; pierde su gracia y su pureza. La mano más cuidada y mejor hecha de una mujer de veinticinco años, la mejor edad de las manos, no valdrá jamás lo que esas manitas regordetas, llenas de hoyitos, con sus uñitas rosáceas que las tijeras no ha desflorado aún.

¡Y la pierna es divina! ¡Y el pie una maravilla! Y decir que yo comprendo tan bien todas esas bellezas y estoy condenada á admirarlas en los hijos de los demás. ¡Mi hija no tiene ninguna de esas gracias,

no tiene ninguna de esas dotes tan apreciáveis!

Pero me parece que la niña que tanto me ha llamado la atención, la he encontrado ya en alguna parte. Evoca en mí un recuerdo.

¡La llamé! Al cabo de un instante de vacilación, se acercó y la miré de cerca.

No, no la conozco, no la he visto nunca, pero esa frente, esa boca, el óvalo de ese rostro, están hace mucho tiempo grabados en mi mente.

¡Es á él á quien se parece en todo y por todo, á Didier de Prades! ¡Ah, no puede engañarme, todo me lo dice, todo en ella me lo recuerda!

—¿Cómo se llama tu papá?—la pregunté á la niña.

—Didier—respondió sin vacilar.

—¿Y tu mamá?

—Marcela—dijo al instante.

¡Y esta es la niña que ha tenido con esa mujer!

¡Es la maravilla que han creado entre los dos!

¡Es el fruto de sus amores!

No sólo se ha entregado á ella en cuerpo y alma, sino que además le ha hecho ese presente divino.

¡Desgraciado! yo te he pertenecido antes que esa mujer. Tú has sido mi primer amante, y ella no ha venido á entregarse á tí hasta que dejó de estar en los brazos de otro.

Yo soy quien debía poseer esa niña cuyas facciones me recuerdan las tuyas.

¡Qué injusta es la suerte!

.....
Aquí concluyen por completo las notas de Carmen Lelievre; pero este último fragmento de sus Memorias ha bastado para enterar por completo de todo á Didier de

Prades, á Marcela de Baud, á los esposos Saire y á Richard. Participan ahora, y de un modo absoluto, de la opinión del prefecto de policía: Carmen volvió á ver á Luisita en aquellos sitios que eran sus paseos favoritos, en las Tullerías y en los Campos Elíseos, y un día que había gran confusión de gente, un día de carreras de caballos, la robó, según ya hemos referido en la primera parte de esta obra, que se titula *Misterios Mundanos*.

No terminó la lectura de las Memorias de Carmen Lelievre hasta las nueve y media de la mañana. Marcela y Didier no tenían que perder ni un instante si querían llegar á la hora señalada á ver al prefecto de policía.

FIN

El episodio que sigue, lleva por título *La Cárcel de Clermont*.

ERRA

OTE
S